
3 1761 06677980 2

1600 ③
L-33

ANIBAL LATINO

La Heroina del Sud



José Eppi

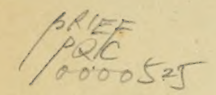
BUENOS AIRES

LIBRERÍA NACIONAL

J. LAJOUANE & C<u>ÍA</u>. — EDITORES

270 - Calle Bolívar - 270

1909



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Tipos y costumbres bonaerenses
Buenos Aires, 1885

Cuadros Sud-americanos
Buenos Aires, 1888

Gentes y Paisajes de Italia
Barcelona, 1901

Lejos del Terruño
Buenos Aires, 1901



La Heroina del Sud (*)

I

La niñez de la Heroína

Los escritores europeos, salvo raras excepciones, suelen representarse á la mujer de la América latina como indolente, apática, egoista, incapaz de energías y actividades saludables, solo preocupada del goce de la vida, de sus placeres y de su belleza. La mujer cubana tendida en su hamaca á la sombra de los cocoteros y de las palmeras, fu-

(*) Como en alguna de las novelas que figuran en este tomo se citan nombres de personas bien conocidas en la sociedad bonaerense, así como se designan casas y se nombran calles y lugares que existen realmente, debemos declarar aquí que no hay en todo lo que se refiere el menor asomo de alusión personal y que, por consiguiente, nadie tendrá derecho á quejas ni reclamaciones.—Nota del autor

mando, como las mujeres turcas, el cigarrillo perfumado del tabaco más suave de los trópicos, servida por negros que agitan grandes abanicos en rápidos y acompasados movimientos para alejar á los insectos y hacer agradable la temperatura en un ambiente de fuego, ha llegado á constituir para muchos el tipo clásico de la mujer en la América del Centro y del Sud, lo mismo en los valles insalubles de insoportable calor del Pará y del Orinoco en el Brasil y en Venezuela, que en las frías y saludables llanuras de la Pampa, del Río Negro y de los valles andinos en la República Argentina y en Chile.

Así se la ha representado no pocas veces en dramas y comedias, en novelas y relatos de viajes, á veces por escritores célebres, cuyas obras han alcanzado popularidad y difusión; así la siguen representando los que se atienen á la tradición, siempre difícil de desarraigar, sin dar al estudio de la historia y de la geografía la parte que les corresponde, sin penetrar los cambios étnicos de algunos pueblos americanos, sin conocer ni averiguar sus transformaciones y sus rápidos progresos.

Nada hay más erróneo, sin embargo, y bien podríamos decir más falso que el concepto que dejamos expresado. Hay entre el

tipo de mujer americana que se han forjado muchos escritores y el verdadero, mayor distancia que la que puede haber entre una mujer italiana y una alemana, entre una inglesa y una rusa. Basta saber, por ejemplo, que á la República Argentina han llegado millones de emigrantes y que la población de su grandiosa capital se ha formado, más que con el aumento vegetativo con la aglomeración sucesiva de hombres venidos de todos los puntos del planeta, pero especialmente de los países más adelantados, para darse cuenta de los cambios étnicos producidos y comprender cuan escasos deben ser los rastros que aún quedan de las costumbres y cualidades heredadas y que error crasísimo se cometería presentando á la mujer argentina bajo un tipo único, tradicional, plasmado sobre el modelo que forjára en otros tiempos la imaginación exaltada de los novelistas ó de los literatos viajeros.

Entre las mujeres argentinas, por consiguiente, pues de ellas queremos hablar unicamente, hay de todo en cuanto á dotes, temperamento y caracter, pues en cuanto á belleza la tienen bien acreditada; y es por esto que hemos encontrado entre ellas á una joven como Teresa Martinez, que si por sus

cualidades no responde á un tipo muy comun ni fácil de encontrar, no quiere decir que no haya otras igualmente impetuosas, activas, valientes y capaces de renovar las hazañas de que aquella ha sido protagonista. El nombre es tan vulgar como el apellido: hay en la República Argentina, como, por otra parte, en el Brasil, en el Uruguay, en Chile, en Bolivia, en el Perú, en todas las naciones de la América latina, como tambien en España, muchas Teresas y muchos Martinez; pero ni los nombres ni los apellidos tienen que ver con los méritos ó defectos de cada uno, puesto que adquiriéndose al nacer, nadie puede escogerlos por más que no falten escritores que han pretendido crear una filosofía de los nombres y se han esforzado en demostrar que existe cierta relación íntima entre el caracter de cada individuo y el nombre ó el apellido que lleva. Balzac, como Sterne, habla del poder oculto de los nombres, que unas veces escarnecen y otras revelan los caracteres.

Teresa era hija de un estanciero oriundo de la provincia de Córdoba que se había establecido desde joven en Buenos Aires. Su madre, aunque argentina, procedía de una familia inglesa que había llegado á Buenos

Aires á principios del siglo XIX y que después de labrarse una posición desahogada en el comercio había adquirido campos en la provincia de aquel nombre, no muy lejos de la capital. Claro está, por consiguiente, que Teresa, siendo hija de padres acaudalados, creció entre halagos y comodidades sin conocer de las miserias y privaciones de la niñez desvalida más que las referencias que pudo leer en los libros de primeras letras, en las explicaciones de las maestras ó en las conversaciones de las amigas ó de los parientes.

Se educó, como la mayor parte de las niñas ricas de Buenos Aires en los colegios de la Santa Unión y del Sagrado Corazón, pasando al segundo cuando sus padres abandonaron una vetusta vivienda de la calle Paraguay para ir á ocupar un hermoso palacete que había hecho construir en la Avenida Callao; y claro está que en el colegio y fuera de él contrajo relación y amistad con numerosas niñas coetáneas pertenecientes á las familias más distinguidas, ó por lo menos, más conocidas de Buenos Aires. Podemos citar entre otras, las de Figueroa Alcorta, Bustos Morón, Almada, Labougle, Alsina, Bengolea, Romero, Victorica, Quesada, Paz, Costa.

Podríamos pasar por alto los primeros quince años de Teresa si no fuese que mucho antes de llegar á cumplirlos había logrado llamar la atención en el colegio y en el círculo de sus relaciones por su caracter franco y expontáneo, por su firmeza y tambien por lo excepcional de su fuerza, de su vigor físico.

Un día, antes de cumplir los 11 años, vió á un mocito de 14 ó 15, regularmente vestido que echaba piropos á la joven italiana que la acompañaba.

—¡Tome, para que no tenga más gana de echar piropos!—Y al decir esto, le largó una tremenda bofetada.

Como le dolía, el joven se aproximó en actitud amenazadora, exclamando:

—¡Yo te voy á arreglar, mocosa!

La jóven acompañante quiso interponerse, pero antes de que tuviera tiempo de hacerlo, Teresa había agarrado al joven por el cuello y lo había hecho rodar por el suelo, más allá de la vereda. Después dijo á la camarera:

—Vámonos.

Y apretaron el paso para no dar mayor escándalo, aún que no había necesidad, porque al pisaverde no le habían quedado deseos de volver á la carga, apresurándose á ir á

esconder su verguenza en dirección opuesta á la que llevaban sus contricantes.

Otra vez se encaró con una niña de clase superior, más alta que ella y mayor tambien de cuatro á cinco años, á la que le molestaba la reputación que Teresa iba adquiriendo y que teniendola por presumida y descarada y sintiendose tambien fuerte, la zahería indirectamente con alusiones á las niñas que parecen varones, que se la echan de guapas y que estarían mejor en un circo que en un colegio y otras frases por el estilo.

Teresa sin poder contener la cólera y poniéndose tan pronto pálida como encarnada, preguntó un día:

—¿Lo dice Vd. por mí?

—Puede ser—contestó la más grande.

—Pues tenga cuidado, porque le puedo dar una lección.

—Oh ¡que miedo tengo!—exclamó la otra en tono irónico.—La lección se la voy á dar yo,—agregó aproximándose.

Pero sin esperar que la tocaran, Teresa le había saltado encima y derribado al suelo en un santiamen, entre el asombro y la admiración de las compañeras.

Cuando esto sucedía, se hallaban en un conocido conservatorio de música esperando

la hora de la lección. porque de haber ocurrido esto en el colegio. las dos litigantes habrían sido expulsadas.

Una prueba más seria de su vigor y de su arrojo la dió después de cumplidos los 14 años. Pasando en automóvil por una de las calles centrales de la ciudad. cerca de las calles de Lima é Independencia vió salir humo y llamas de una casa baja de aspecto pobre y en la que se iniciaba un incendio. Hizo detener el automóvil. bajó rápidamente, dijo á su hermana menor que iba con ella que la esperase sin moverse y sin hacer caso de las reconvenciones de la intitutriz que la acompañaba. se metió en la casa incendiada. preguntó si había gente que salvar en las piezas y como se la contestara negativamente. se apoderó de un balde que vió en manos de un niño. fué á llenarlo de agua en una de las canillas del patio y ayudó á combatir el incendio Los inquilinos y demás personas que habían concurrido al ver el fuego la miraban estupefactos, pero atareados como estaban. guardaban silencio y llenaban como ella sus recipientes.

Al cabo de un rato llegaron los bomberos y entonces Teresa, dejando el balde, salió apresuradamente y se dirigió hácia el punto

en que había dejado el automóvil, alejándose en el momento mismo en que el público, apercibido de su acción iniciaba los primeros aplausos que á tardar algunos minutos, habrían sido unánimes y ruidosos.

Cuando su madre la vió llegar con el sombrero deshecho, la cara tiznada, el pelo medio suelto y el vestido mojado y echado á perder, exclamó:

—¿Que es esto? ¿Que ha sucedido? ¿A donde te has puesto de esa manera?

Teresa explicó brevemente lo que había pasado.

—¡Muy bien! Esto es lo que faltaba,—gritó su madre.—De seguir así nos matarás á disgustos. ¿Te parece bien que una señorita de tu condición se meta á hacer el bombero sin pensar en las consecuencias, ni en la figura que hace, ni en los hábitos que lleva?

Teresa pidió humildemente disculpa. Al ver las llamas no había podido dominarse, había sentido una tentación irresistible de hacer algo. Otra vez sería más prudente, no volvería á comprometerse.

Su madre la abrazó llorando, sin saber con precisión si lloraba de alegría ó de emoción. Cuando llegó su padre y se enteró del suceso reprendió también á Teresa, pero acabó

por abrazarla y por disimular como pudo las lágrimas que pugnaban por brotar en sus ojos y humedecer sus mejillas.

Como el incendio se apagó en seguida, sin consecuencias graves y con pérdidas insignificantes, el hecho no tuvo resonancia; pero la tuvo y muy grande entre las niñas de la buena sociedad y en el vasto círculo de las relaciones de la familia Martinez.

Sus padres la idolatraban. Su hermano Carlos, aunque tuviese tres años más que ella, la profesaba respeto y cariño, se sentía dominado por su voluntad y su caracter imperioso. Los demás la querían por su bondad y su sencillez. La querían y la temían, porque rechazaba toda clase de hipocresías, no toleraba la menor prepotencia, y casi impulsivamente afrontaba los peligros y ejecutaba los actos mas temerarios.

Nadie habría dicho, sin embargo, á simple vista que ese era su temperamento, esas las dotes que poseía. De mirada indolente y suave, de aspecto tranquilo, habríase creído que para inducirla á movimientos bruscos, á manifestaciones de energía y de arrojo se necesitaba una serie no interrumpida de excitaciones y de estímulos ó de punzuras al amor propio. Era como el leon que se mues-

tra perezoso y sufrido cuando no teme ningún peligro ó no acecha ninguna presa. En esto encarnaba bien el concepto que suele tenerse de la mujer argentina, como lo representaba en lo físico, pues tenía espaciosa la frente, negro el cabello y tambien negros y profundos los ojos, un poco achatada la nariz, la boca bien contorneada, los labios voluptuosos, la cara llena y redonda, el cuello bien formado y vigorosamente asentado sobre un cuerpo de proporciones elegantes y sólidas, si no finísimas, formando un conjunto atrayente y capaz de llamar la atención como la llaman casi siempre las jóvenes sud-americanas que viajan por Europa.

Al cumplir los 16 años, Teresa estaba muy desarrollada y parecía tener 18 ó 20. A ello había contribuído su afición á los deportes más difíciles, á la gimnasia, á la esgrima, á la equitación y al tiro en los que se había ejercitado y se había distinguido Su estatura no era excesiva, pero no era baja como ella decía á veces, dejando entrever que habría deseado ser un poco más alta.

Veamos ahora como llegó á merecer el título de «Heroina» con que hemos encabezado el relato de una parte de su vida.

II

Hazañas y peculiaridades de Teresa

Muchos lectores creerán que estamos haciendo aquí una mala imitación de cierta clase de novelas, acumulando casos al azar ó zurciendo burdamente episodios esparcidos en centenares de libros, como objetos más ó menos vistosos colocados en desorden en un bazar de ropavejero, en vez de la simetría estudiada y de los efectos sorprendentes que se obtienen con las obras de arte expuestas en un museo ó en un certamen. Fuera atrevimiento de nuestra parte semejante pretensión y aún la de dejar rienda suelta á la imaginación para forjar aventuras más ó menos interesantes con la intención de producir efecto ó llamar la atención con ellas.

¿Qué casos se podrán referir, qué combinaciones se podrán trazar que no se le hayan

ocurrido antes á otros escritores de mayor mérito y que no figuren en sendos volúmenes que corren por las manos de todos? La única manera de hacer algo aceptable, ya que no sobresaliente, porque esto es poco menos que imposible hoy día, es decir la verdad, relatar las cosas como son y como han ocurrido; y la verdad es que Teresa no tenía solamente afición á los ejercicios físicos, no era solo arrojada, valiente, vigorosa, llena de resolución y dispuesta á cualquier sacrificio para ejecutar una buena acción, si no que se sentía siempre inclinada á desfacer entuertos, á castigar prepotencias ó engaños y lo que es más, tenía una tendencia especial á penetrar los casos policiales y judiciales más enmarañados y á desenredarlos, secundando y anticipándose más de una vez á la acción de la autoridad. Si Conan Doyle la hubiese conocido, le habría dedicado algún tomo tan interesante como los que ha escrito para Sherlok Holmes. De ser pobre y aspirante á empleos se la hubiera utilizado para la policía de investigación, siguiendo el ejemplo de la policía de Londres que tiene ya su cuerpo de mujeres *detectives*, el que está dando los mejores resultados.

Y no estaba ciertamente influída por las

novelas de Conan Doyle, ni de Wilkie Collins ni de otros escritores modernos que se han dedicado al desarrollo de los crímenes espeluznantes y á la invención de casos policiales ó judiciales extraordinarios, como una transformación de las novelas de capa y espada que cultivaron algunos escritores franceses en la primera mitad del siglo XIX. Muy al contrario, había leído pocas novelas, de las que están clasificadas como morales, porque era más bien religiosa, y si alguna afición tenía era la de la lectura de libros históricos para los que demostraba una predilección especial. Pocas niñas de su edad conocían la historia argentina tan minuciosamente como ella, ni tenían nociones más completas de la historia de Grecia y Roma y de algunas importantes naciones modernas. Obraba así por impulso, por valentía natural, por la necesidad que sentía de ayudar á los débiles, de descubrir y castigar á los criminales y á los soberbios.

Por lo demás se han visto á otras jovenes dotadas de la facultad que señalamos en Teresa, como se han visto á otras inclinadas á la perversidad y al crímen.

La primera prueba de esa tendencia la dió en París, en un viaje de placer que llevó á

cabo con su familia cuando aún no tenía 17 años. Después de una breve permanencia en Suiza é Inglaterra sus padres habían alquilado una casa amueblada en la Avenida Kleber, una de las que arrancan del Arco de la Estrella, en la extremidad de los Campos Eliseos, que forman con las Tuilleries y la plaza de la Concordia la parte más hermosa de París. Ocupaban la izquierda del primer piso del edificio, teniendo en frente ó sea en la parte derecha á un joven arquitecto y á su esposa y cuyo nombre de Federico Pellissier leíase junto con la calidad de «arquitecto» en una pequeña chapa de bronce clavada á la altura de la vista en el marco de la puerta, á la izquierda de la entrada.

Un mes, deepués de haberse instalado en la casa la familia Martinez, hizo algun ruido una tentativa de envenenamiento de que fué objeto la esposa del arquitecto un día en que este tuvo que ausentarse de París por sus tareas profesionales. De ello hablaron todos los periódicos y el caso interesó sumamente á Teresa, la cual desde entonces empezó á fijarse en las personas que entraban y salían en la casa de los vecinos.

La señora de Pellissier, una simpática señora de unos treinta años, recibió un día

una artística caja de dulces envuelta en papel de seda y atada con una cinta color de rosa. Los dulces eran finísimos. Había *marrons glacés*. *fondants*, bombones, todo un surtido de lo más selecto. Como la señora era bastante golosa, creyó en el prímer momento que se tratase de una sorpresa agradable de su marido: pero como no acompañaba á la caja ninguna misiva verbal ni escrita y además le pareció notar algo de extraño en el olor y en el color de los dulces creyó más prudente no tocarlos hasta averiguar la procedencia.

Cuando á la noche regresó el arquitecto y dijo que no había enviado ninguna caja, aumentaron las sospechas, tanto más que M. Pellissier observó con más facilidad que su esposa lo que había de raro é inusitado en el olor y en el color de los dulces.

A la mañana siguiente la caja fué entregada á un farmaceutico para el análisis químico, del que resultó que los dulces contenian una dósis de arsénico y estaban polvoreados con sulfato de cobre. Se dió intervención á la justicia y esta no tardó en descubrir que una señora ó señorita alta, elegante, esbelta, había pasado varias veces frente á la casa en la mañana del día anterior y que por últi-

mo á la una de la tarde había llamado á un mensajero que transitaba por allí cerca, é indicándole la casa, el piso y el nombre del destinatario, le había entregado la caja para que la llevase, gratificándole de antemano con medio franco. Conocido este detalle, algunos periódicos tejieron novelas de intrigas amorosas que dieron mayor resonancia al asunto y que habrían tomado extraordinario vuelo á no chocar con los escrúpulos y la reconocida moralidad de M. de Pellissier. Era una amante de este que había querido deshacerse de la rival preferida, tal vez en connivencia con el arquitecto á quien debería haberse detenido preventivamente. Así lo insinuaban algunos periódicos. Pero los jueces no creyeron necesario obrar con tanta precipitación y ligereza. Por la descripción que se le hiciera. el Sr. Pellissier debió sospechar quien era la autora de la tentativa de envenenamiento; pero tuvo sus razones para declarar que no conocía á ninguna mujer cuyas facciones respondiesen á las de la joven que había sido vista en las proximidades de la casa.

Transcurrió algun tiempo y cuando el asunto se iba olvidando y ya solo aparentemente interesaba á los jueces y á los protagonistas,

sucedió que una tarde, mientras Teresa regresaba de la calle con su mamá, vió al llegar al primer piso que un obrero rubio, alto, flaco, bien formado llamaba á la puerta del arquitecto. Un momento antes Teresa y su mamá habían encontrado en la calle á la doncella del vecino que iba tal vez á comprar algo en alguna tienda. Tambien aquel día M. Pellissier había salido de París y no debía volver hasta la noche.

—¿Te has fijado. mamá, en las manos y en los piés de ese obrero que llamaba en la puerta de enfrente?—exclamó Teresa apenas hubieron entrado en la casa.

—Sí, me llamó la atención la cabeza, porque tenía un pelo rubio muy raro, que parecía largo y doblado hacia arriba.

—Para mí es una mujer,—dijo Teresa, tirando el sombrero, abriendo un cajón y sacando un revólver, que escondió entre los pliegues de su vestido sin que lo viese su madre.

—Bueno, no te metas en lo que no te importa y no nos vayas á comprometer,—agregó su madre.

Pero Teresa no la oía, pues se hallaba detrás de la puerta mirando por la rejilla. expiando mejor al obrero, cuyo cuerpo se do-

blaba al peso de una bolsa de útiles que llevaba colgada del hombro derecho como las que llevan los que trabajan en las instalaciones de gas y luz eléctrica.

Teresa estaba cada vez más convencida de que el obrero era una mujer, mucho más después de haber oído la voz con que al preguntarle la señora de Pellissier que quería, contestó que iba á revisar las instalaciones de la luz.

En vez de acceder al pedido de su madre de que se retirase, Teresa la exijió en un tono imperioso que ninguno de los suyos era capaz de resistir, que fuese por el lado de la cocina y viese si observaba algo anormal, porque tenía casi la seguridad de que allí iba á suceder algo.

En efecto aún no había asomado la señora de Martinez á la ventana de la cocina cuando vió aparecer más allá, en una de las ventanas abiertas, á la señora de Pellissier espantada y pidiendo auxilio. Teresa oyó débilmente uno de los gritos, pero no se movió del rellano de la escalera, porque sabía que el individuo que había entrado no podía salir si no por la puerta. En aquel mismo instante se abrió la puerta del arquitecto y asomó el obrero azorado, descompuesto, sin la bolsa

de los útiles que sin duda había dejado para huir mejor y, aunque vió á Teresa, salió precipitadamente para bajar la escalera. Pero Teresa se le puso enfrente, lo aferró por un brazo con su mano izquierda y levantando el revólver que tenía en la derecha le apuntó á la cabeza gritando en francés:

—¡Quieto ahí: sino le fulmino!

El joven ó, mejor dicho la joven, pues era efectivamente una mujer, se puso á temblar como un paralítico. Hizo esfuerzos para librarse de la mano de Teresa, pero esta lo tenía tan seguro como si lo hubiese atado con una cuerda ó con una cadenilla.

—¡Déjeme marchar! ¡Soy una mujer!—dijo el joven con voz suave y entrecortada.

—No, hay que saber antes lo que Vd. ha hecho.

En esto llegó la madre de Teresa, que había buscado y llamado á esta inutilmente por toda la casa y viendola en aquella actitud, gritó en español:

—¿Pero muchacha, que estás haciendo? Sueltalo en seguida y entra antes de que venga gente.

Pero ya era tarde. En aquel mismo instante aparecieron por la escalera el portero, la portera y otros dos vecinos que habían oído

los gritos y que al ver al criminal tan amedrentado se habrían echado encima de él para golpearlo si Teresa no les hubiese impuesto de estarse quietos, amenazándolos con el revolver si llegaban á tocarlo. Otros vecinos vinieron del entresuelo, de los pisos superiores y en seguida de la calle, porque alguien había salido á gritar «al ladrón» y «al asesino». Los guardianes del orden, como de costumbre, llegaron poco después.

¿Que había sucedido. después de haber entrado el obrero en casa de la señora de Pellissier? Sin concebir la menor sospecha, la señora le hizo ver las diferentes habitaciones; pero al llegar á la pieza de *toilette*, el desconocido depositó la bolsa de los útiles en el suelo y se precipitó sobre ella intentando echarle al cuello una cuerda formada por tres cuerdecillas delgadas y resistentes con el propósito de estrangularla. La señora resistió rechazando la cuerda y huyó aterrorizada hácia el fondo de la casa á donde, asomandose á la ventana de la cocina, empezó á gritar y á pedir auxilio. El joven se alejó precipitadamente, pero al salir se encontró con Teresa.

El estrangulador y la envenenadora eran una misma persona. Era una joven alta, del-

gada, esbelta que había sido novia del arquitecto Pellissier, pero que este había dejado para casarse con su mujer actual. Aún que hubiesen transcurrido ya algunos años, en parte el despecho y en parte la esperanza de que muriendo su mujer, el señor Pellissier se casaría con ella, había inducido á la antigua novia á las dos tentativas, afortunadamente frustradas, y en las que ninguna participación ni culpa correspondía al arquitecto.

Ahorraremos detalles. Los periódicos llenaron columnas con grandes títulos dando rienda suelta á su fantasía y bordando historias que luego tuvieron que rectificar y destruir. Tributaron grandes elogios al valor de la *jolie américaine* y por primera vez se la calificó de *heroína* en letras de molde.

Para demostrar que no damos tanta importancia á las facultades de investigación y penetración de que estaba dotada Teresa y que sólo apreciamos en ella el vigor del cuerpo y la excelencia del espíritu, es decir la sencillez, la franqueza, la sinceridad, el arrojo, no relataremos los incidentes, los casos raros y llamativos en que tuvo alguna intervención en este ó aquel punto de Eu-

ropa ó más precisamente en Francia y en España, cuyas lenguas conocía perfectamente. En Italia, hallándose de paso por Florencia en momentos en que los habitantes de la hermosa ciudad del Arno estaban bajo la impresión de la muerte violenta de una niña de 16 años, hija del vizconde Guglielmini, una bellísima Julieta (este era su nombre) que amaba con amor inmenso á su Romeo personificado en el joven barítono Spoletti, hizo una indicación fugaz que los hechos no tardaron 24 horas en confirmar. Los jóvenes habían muerto por sofocación en un invernadero lleno de flores que formaba parte de los jardines que rodeaban el hotel y que alguien se había encargado de cerrar y hacer irrespirable mientras los dos enamorados, impedidos de verse libremente, se confesaban absortos su amor y tal vez proyectaban planes de fuga. Teresa, al leer aquella mañana en un diario los detalles del drama y los antecedentes de los personajes, dijo á su madre:

—Lo que deberían hacer es detener inmediatamente á la madrastra de Julieta que para mi ha sido la causante de la muerte, aun que tal vez los haya encerrado, no para hacerlos morir, sino para hacerlos sorpren-

der. De lo que dicen aquí se desprende que también amaba á Spoletti y que era una rival de su hija.

La madrastra era una ex-cantante que valiéndose de su ascendiente sobre el vizconde había logrado hacer expulsar y prohibir la entrada en su casa á su protegido Spoletti, obligando así á los dos jóvenes á verse á hurtadillas y á darse cita de noche en el invernadero de la quinta. Spoletti era un ex-empleado de banco, un protegido del vizconde, quien había descubierto su hermosa voz y le había hecho estudiar por su cuenta, cantando después con éxito en diversos teatros de Italia y de América.

Al día siguiente los periódicos publicaron la noticia de la prisión de la señora Defarro, así se llamaba la madrastra, y consignaban á su respecto las mismas suposiciones que el día antes había hecho Teresa.

La madre de esta no pudo menos que reirse y exclamar:

—¡Pero muchacha, te van á tener por bruja! En tiempos de la Inquisición te habrían quemado viva.

III

Teresa enamorada

A su regreso á la patria en uno de los grandes vapores de la compañía Hamburgo Americana, Teresa se enamoró perdidamente de un joven comerciante, hijo de un almacenero al por mayor de Buenos Aires que había ido á Europa á efectuar unas compras para la casa á la cual pertenecía. Era de buena estatura, bien formado, de facciones vigorosas y vestía con elegancia. Hubiérasele tomado mejor por un estudiante recién laureado que por un comisionista. Era bastante instruído, sin embargo, simpático á la vista, pero un poco rudo en sus modales, tímido ante las mujeres y ante las personas de la buena sociedad, como si perteneciese á una familia de humildes trabajadores y hubiese vivido siempre con personas vulgares y de escasa educación. Su

padre, en efecto, era italiano, de la provincia de Savona y había sido durante muchos años dependiente de un negocio de comestibles. El hijo, Silvio Storni, recordaba muy bien los días trabajosos y difíciles de su infancia, cuando tenía que ayudar á sus padres en los quehaceres del negocio, sirviendo clientes ó llevando bultos en las horas que los demás niños dedicaban al recreo y á las expansiones. La posición de sus padres, sin embargo, había mejorado paulatinamente, permitiéndole seguir los cursos de la Escuela Nacional de Comercio de Buenos Aires y después viajar un poco por Europa efectuando compras, pero también observando y estudiando las prácticas comerciales de Alemania, Francia é Italia.

Dos naturalezas sencillas y fuertes, como las de Silvio y Teresa debían atraerse mutuamente en un lugar solitario, como los dos polos opuestos de una corriente eléctrica, mucho más en las soledades del Océano que inclinan al sentimentalismo y al amor, en los ocios forzosos de la vida de á bordo, en esos contactos íntimos é inevitables que conocen las innumerables personas que han hecho alguna vez la travesía del Océano y que hacen peligrar fácilmente las resisten-

cias de las mujeres que viajan solas ó enardecen las predisposiciones de las jóvenes que van acompañadas.

Por una de esas combinaciones muy frecuentes en la vida, al ser colocados los pasageros en las mesas del comedor del buque á la salida de Boulogne-sur-Mer le había tocado á los dos jóvenes sentarse la una en frente del otro, aunque á regular distancia, pues Teresa ocupaba un asiento por el lado de babor y Silvio otro enfrente por el lado de estribor. Por otra casualidad bien rara, las personas sentadas en las mesas del centro, (los pasageros de primera clase no eran menos de 80), no interceptaban la vista entre los dos jóvenes, de modo que en las esperas que había entre un plato y otro durante las comidas, lo mismo que en los ratos de sobremesa, Teresa miraba involuntariamente á Silvio, y éste tenía que mirar forzosamente á Teresa, aunque desde el primer momento pudo notarse que lo hacía con placer y con preferencia á otras jóvenes que había á bordo.

El amor entra por los ojos. Si algún ciego ha concebido alguna vez una gran pasión es porque se ha formado una visión especial de la muger amada, viéndola hermo-

sa y perfecta con los ojos de la imaginación, aunque fuese de una fealdad espantosa.

Digan lo que quieran los filósofos, sin las miradas no habría habido el rapto de Helena, ni se habrían hecho célebres los nombres de Cleopatra, Beatriz, Laura, la Fornarina, Ninón de Lenclos, Marion Delorme, la marquesa de Pompadour. Hace muchos siglos lo dijo Esquilo en su Orestes: «Sin la mirada no existe el encanto del amor». *Per più fiate gli occhi ci sospinse—quella lettura e scolorocci il viso*—dice Dante al relatar los amores de *Paolo* y *Francesca*, es decir «varias veces aquélla lectura nos suscitó miradas llenas de amor y nos hizo palidecer:» el gran Dante ha descrito con sencillez profunda la más hermosa y perdurable de las pasiones humanas y ha grabado en versos inmortales, conceptos que inutilmente querrán desvirtuar y presentar bajo formas distintas los filósofos modernos.

Teresa y Silvio se miraron durante los dos primeros días involuntariamente y con indiferencia; el tercer día hicieron algun esfuerzo para mirar con disimulo, para fijarse en otras partes del salón, pero buscándose de reojo, confundiéndose y cambiando

de color cada vez que sus miradas se encontraban; el cuarto día no se quitaban la vista de encima sino lo necesario para no llamar la atención y para servirse la comida ó conversar con los demás; después se notó que no era solamente en la mesa durante las horas de los pastos, donde sus ojos se buscaban, sinó también en la cubierta, en el salón de descanso, en todos los puntos del buque en que aparecía Teresa con los suyos ó con otras jóvenes de á bordo, desde la mañana hasta la hora de acostarse.

Sin embargo las cosas no pasaron de allí hasta llegar á la altura de la línea ecuatorial. Silvio saludaba á Teresa por la mañana con unos *buenos días* temblorosos cuando la veía aparecer en cubierta y Teresa le contestaba amablemente; pero los propósitos que aquél formulaba de entablar conversación y decir algo á la primera oportunidad, se los llevaba el viento apenas se aproximaba á la que ya le iba quitando el sueño, el apetito y la tranquilidad. Las oportunidades abundaron, pero á Silvio le faltó valor para aprovecharlas. A veces preparaba frases breves, preguntas cortas que repetía mil veces y que debían servir para entrar en conversación con Teresa, pero no

las frases, si no las simples palabras se le ahogaban en la garganta cuando llegaba el momento de pronunciarlas.

Como suele hacerse en la mayor parte de los vapores, el paso de la línea ecuatorial fué celebrado con una rifa de objetos durante el día, con baile y concierto durante la noche. Silvio se armó de valor y como su vida era ya un tormento, se resolvió á jugar el todo por el todo, á no dejar pasar aquella ocasión sin hacer algo, sin avanzar algunos pasos en el camino de su felicidad, é invitó á bailar á Teresa. Esta casi no sabía bailar; pero como se hallaba en situación poco diferente de la del joven y se destruía por hablar con él, había resuelto de antemano aceptar si él la invitaba, aúnque para ello tuviese que exponerse á los reproches de su madre y á las críticas de las amigas.

—Yo no bailo, pero daremos unas vueltas si vd. quiere, dijo Teresa al contestar á la invitación y al levantarse.

Ella enfiló el brazo derecho del joven y á su contacto sintió una emoción que no pudo disimular mejor de lo que pudo hacerlo él, cuya confusión y temblor eran visibles y bien marcados.

Silvio había preparado toda una declaración ardiente, expresiva, llena de imágenes; pero todo se le fué en un instante y apenas si logró exclamar:

—¡Cuanto he deseado éste momento para estar cerca de vd. y hablarla á solas!

—Sin embargo no han faltado ocasiones en estos días, dijo ella.

—Es verdad, pero temía exponerme á un desaire.

—¡Desaire! ¿Porqué?

—Porque no estaba seguro de que vd. recibiese favorablemente lo que tenía que decirla.

—¿Tan poca confianza se tiene vd. en si mismo?—agregó Teresa.

Esta frase animó á Silvio. Le pareció que el terreno estaba bien preparado y de un tirón, sin tomar aliento, olvidado del mundo y del lugar en que se hallaba, le refirió su congoja, la necesidad que sentía de verla contínuamente, el insomnio y la impaciencia de las noches que le parecían eternas, el alivio que experimentaría si ella con algunas palabras alentase sus esperanzas y le dejase entrever que corresponderia con sus sentimientos á los que él experimentaba.

—No tan fuerte,—tuvo que decirle una

vez Teresa, al notar que levantaba la voz y que podía ser oido.

Era bien evidente que las palabras de Silvio complacían á Teresa. la cual, de vez en cuando oprimía ligeramente su brazo en señal de asentimiento, mientras una ténue sonrisa se dibujaba en su boca y, volviendo alguna vez la cara, le dirigía miradas intensas en lo más profundo de sus ojos celestes.

—Son cosas de la vida de á bordo,—dijo al fin Teresa después de una larga pausa. Lo que vd. siente ahora, lo que acaba de decirme se desvanecerá al pisar tierra, como se deshace la espuma del mar apenas se dejan tranquilas las aguas, como se olvidan y se pierden de vista las personas que ahora se tratan con la mayor intimidad. Son amores marítimos.

—No, señorita, no tome esto con ligereza, no me llene el alma de desesperación. Yo la hubiera amado á vd. donde quiera que la hubiese visto, porque su presencia me ha impresionado desde el primer momento. Si no le soy indiferente, si no le disgusto, deme alguna esperanza. permítame aproximarme lleno de fé y de aliento á la querida tierra donde he nacido.

—¡Bien! ¡Bien! Veremos como se porta

vd. hasta la llegada,—dijo Teresa, dirigiéndole una de esas miradas elocuentes y expresivas que dicen mucho más que las palabras.

Ella había tenido que hacer un gran esfuerzo para no excederse y no dejar entrever lo que sentía. La conversación giró después sobre la gente de á bordo, la navegación, el mareo, la comida, el mar, los vientos y vinieron las preguntas sobre los paises visitados en Europa, las ciudades más importantes, las cosas que más llamaron la atención y por último el objeto del viaje, la familia, las propias ocupaciones, acabando por convenir los dos en que no obstante las bellezas indiscutibles de la Europa, los atractivos de la naturaleza y del arte, ellos se hallaban magnificamente en Buenos Aires y no la cambiaban por ninguna de las grandes capitales europeas.

Así transcurrieron dos horas de una manera casi imperceptible, sin sentir el cansancio, sin darse cuenta de que estaban llamando la atención de la mayor parte de los que asistían á la fiesta, porque no hay duda que Silvio, vestido de etiqueta como estaba, era el mozo más gallardo de á bordo, sin excluir á los brillantes oficiales del bu-

que, altos y rubios como buenos teutones, y no hay duda tampoco de que las demás jóvenes se roían de envidia y no habían de tolerar en silencio la preferencia del joven.

Eran las once y media cuando la madre de Teresa llamó á ésta para retirarse.

—Pero, muchacha ¿qué ocurrencia te ha venido de pasear toda la noche con ese jóven?—la dijo la madre apenas llegaron al camarote. — ¿No comprendías que todos se fijaban en tí y te criticaban?

—¡Y á mí que me importa de los demás!

—Pués debe importarte y evitar que tengan que hablar. Estoy segura de que tu padre está furioso, y que no ha bajado para no reñirte.

—Yo no veo la razón, ni creo haber cometido ningún crímen.

—No habrás cometido un crímen, pero había otros jóvenes con los que podías pasear y, sobre todo, no había necesidad de estar tanto tiempo con el mismo.

—A mi me gusta ese y no otro.

—Ahora salimos con que te gusta. Buenas noches. Mañana hablaremos más despacio. Ahora es tarde.

Es raro que entre las hijas y las madres

existan secretos cuando se quieren verdaderamente, así que nadie extrañará que al día siguiente Teresa comunicase á su madre la declaración amorosa del jóven, los informes que había podido obtener sobre su posición y su familia y algo, aún que poco. de lo que ella sentía por él, pués no quería descubrirse de golpe, si no ver como venían las cosas para emplear los argumentos y los medios más eficaces en el momento oportuno.

—Eso es una locura, hija mía, y debes quitártelo de la cabeza. Tu puedes mirar mucho más alto y has de encontrar á docenas los jóvenes de tu misma condición que se han de disputar tu mano.

—No es el dinero el que dá la felicidad, sino el amor.

—Encontrarás las dos cosas. No te metas ahora en esas honduras. Tienes solamente 18 años y sobra tiempo para pensar en lo que más te conviene.

Si á doña Agustina se le hubiese ocurrido cortar la corriente visual, la corriente eléctrica, podríamos decir, que iba de los ojos de Teresa á los ojos de Silvio y viceversa, alimentando la llama encendida en sus corazones, tal vez habría obtenido algún

resultado, aunque falta saber si Teresa por puntillo ó por otra causa lo habría permitido: pero sólo se le ocurrió compartir su disgusto y sus recelos con su esposo Martinez, quien no les dió importancia, afirmando que eran entretenimientos de la vida de á bordo, ardores pasageros de jóvenes desocupados que juegan al amor porque no saben en que entretenerse.

—Cuando lleguemos,—dijo para concluír, —él será el primero en alejarse de ella. Si te he visto no me acuerdo.

Doña Agustina no miraba el asunto tan superficialmente. Conocía mejor á su hija y temía su firmeza. Era la primera vez, por otra parte, que se enamoraba seriamente y no escucharía razones, si él, al llegar á tierra, no la abandonaba totalmente.

Los dos jóvenes, perdido el temor de los primeros momentos, hablaban poco ó mucho todos los días delante de los demás si ello era inevitable, ó á hurtadillas, lanzándose frases de fuego si se encontraban por casualidad donde otros no pudieran oírlos y cuando no hablaban los labios, hablaban con muda elocuencia los ojos en esas miradas fijas y penetrantes que llegan al corazón por vías desconocidas, como ha dicho

Guerrini. Era evidente que se buscaban. que no podían vivir sin verse continuamente. El descubría en ella diariamente una nueva belleza. un nuevo atractivo; ella encontraba en él una cualidad nueva, un mérito especial que lo recomendaba y lo hacía más digno.

En las raras y breves conversaciones que habían mantenido á sólas, habían destruído las objeciones que mutuamente podían hacerse respecto á la solidez de su pasión, jurándose amor eterno.

—Yo soy poca cosa para Vd. y ni su padre ha de quererme si la pido por esposa. ni Vd. se acordará más de mi una vez que lleguemos á Buenos Aires y se vea rodeada de adoradores.

—Mis padres me quieren mucho y no han de oponerse á mi voluntad. Más bien debo temer que Vd. busque distracciones más gratas cuando no habrá una inmensidad como esta que se interponga entre Vd. y las mil jóvenes elegantes y bellas que en tierra llenan las calles, los paseos. los teatros, y los sitios de reunión.

—No sé expresarme ni reflejar mis sentimientos. Pero no sé lo que daría para que Vd. pudiese ver dentro de mi mismo como á

través de un espejo y para que mis palabras la infundiesen la convicción de un amor más grande que el oceano, más profundo que las aguas que surcamos. Yo no viviré si no por Vd. y no tendré otro amor que el suyo y si Vd. no me corresponde, seré infeliz y moriré de dolor.

—Yo le corresponderé.

Doña Agustina reprendió más de una vez á su hija, porque sus relaciones con Silvio eran notorias y habían suscitado más de un comentario entre los pasageros, en especial, entre los del sexo femeninc; y el mismo señor Martinez, no obstante su teoría sobre lo fugitivo de los amores de á bordo, no había dejado de reconvenir á Teresa y de observar que su comportamiento no era sério, manifestando la esperanza de que aquello concluiría con el viaje.

Pero todo fué inútil: las declaraciones y las protestas de amor fueron *in crescendo* y los ojos siguieron obrando con poder irresistible sobre el corazón de ambos jóvenes. Y como todo llega en el mundo, lo bueno y lo malo, lo que se anhela y lo que se teme, llegó también lo que ellos, sin duda, no deseaban tan pronto: el término del viaje.

Pasemos por alto las escenas de la llegada, los ofrecimientos que se hacen mutuamente los pasageros, las protestas de amistad que rara vez son sinceras, las impresiones diversas que cada cual experimenta según su educación, su inteligencia ó su estado de ánimo, las expansiones, los saludos, el encuentro de los parientes y amigos, ese espectáculo multiforme que se repite á la llegada de todos los grandes vapores transocéanicos. No podemos menudear en detalles, porque nuestro único objeto es relatar algunos hechos salientes de la juventud de Teresa los que más dieron que hablar desde que empezó á destacarse entre las niñas de su edad hasta su casamiento.

Sólo nos importa saber, por consiguiente, que en un último coloquio que facilitó la distracción de los demás, Teresa y Silvio se juraron amor eterno como Pablo y Virginia, en la novela de Saint-Pierre; que Silvio prometió preparar las cosas para el matrimonio con asentimiento de Teresa; que ésta dió á aquél el número de su casa de la calle Callao y que le hizo prometer que á lo ménos una vez por día, á las dos de la tarde se pasearía por delante de la casa,

y no se retiraría hasta que ella le hubiese visto y dirigido un saludo de lejos, aún que fuese con un simple movimiento de cabeza.



IV

Un «hijo de papá» y una hechicera

Poco tiempo después de su regreso de Europa, Teresa dió nuevas pruebas de su valentía y de sus sentimientos altruistas, á la par que de su vigor y de su penetración especial en asuntos policiales y judiciales, lo que acrecentó su fama y permitió que se la aplicase tambien en Buenos Aires el calificativo de «Heroina» que le había tributado un periódico de París.

Gran indignación había producido en Teresa la lectura de los desmanes que habían cometido en la calle de Florida algunos jovenes de la buena sociedad, esos que debiendo dar ejemplo de cultura y buena educación dejan prevalecer instintos perversos y se entregan á excesos lamentables, como si en el seno de algunas familias retoñara de vez en cuando el hombre primitivo, el salvaje, como

en los campos desiertos ó mal cultivados brotan las yerbas dañinas y peligrosas. Son los llamados *hijos de papá* que creen dar señales de su alcurnia cometiendo violencias y haciéndose los prepotentes con los humildes y los indefensos; son los que el vulgo designa con la palabra gráfica y expresiva de *indiada*. Reprimidos durante mucho tiempo en sus aficiones y desahogos por el rigor de la vigilancia policial y por las disposiciones que castigan con multa, arresto y divulgación de los nombres á los que en la vía pública falten de respeto á la mujer, los jovenes aludidos aprovecharon las fiestas solemnes con que fué agasajado un ministro extranjero, fiestas que durante varios días atrajeron enorme concurrencia al centro de la ciudad, para hacer de las suyas, para renovar las hazañas que habían determinado las medidas mencionadas, calculando que la confusión y el gentío asegurarían su impunidad.

—El día que yo sorprenda á uno de estos *indios* de levita va á pagar por todos,—se dijo á sí misma Teresa estrujando el periódico en que leía las críticas de los incidentes ocurridos.

Desgraciadamente, tuvo bien pronto ocasión de hacer efectivo su propósito. Dos días

después, yendo en automóvil con su madre y su hermana menor á eso de las 6 de la tarde ó sea á la hora en que la concurrencia era mayor y más difícil la circulación, á tal punto que el automóvil avanzaba con lentitud y tenía que detenerse á cada instante, vió á un petimetre que tenía la degeneración y la brutalidad pintadas en su cara de ojos hundidos y labios lujuriosos, ponerse por delante de una linda joven del pueblo y apretarla con sus brazos de acuerdo con otros dos ó tres que se habían colocado detrás y á los flancos de la joven, formando remolino para que no pudiese avanzar ni retroceder.

Teresa vió la escena y exclamando:—¡Ahí tenemos á los «hijos de Papá!—saltó del automóvil que estaba casi parado sin dar tiempo á su madre á que pudiera detenerla y, dirigiéndose al grupo, aplicó una tremenda bofetada al joven que se había puesto delante de la niña y en seguida le dió un empujón, echándolo á un costado para que aquella pudiese seguir su camino.

—¡Yo no le he hecho á Vd. nada, señorita! —dijo el joven castigado, cuya mejilla derecha tenía bien impresas las señales de la vigorosa mano de Teresa.

—No me ha hecho nada á mí, pero se lo ha hecho á esa niña, y es lo mismo,—contestó Teresa.

—Si no fuese que. . . .—empezó á replicar levantando la mano en ademan de pegar; pero no pudo concluir la frase, porque dos robustos brazos lo aferraron por detrás y lo redujeron á la impotencia Eran los brazos de Silvio, quien, como siempre que le era posible, seguía á Teresa por las calles y que, al ver lo ocurrido, se había aproximado.

Los compañeros del joven atropellado, que no se habían atrevido á tomar su defensa por considerar desdoroso emprenderla con una niña de la buena sociedad que conocían de nombre y de vista, reaccionaron y puesto que un hombre se ponía en el medio concentraron en él su cólera y se propusieron tomar el desquite. Ocho ó diez se fueron encima de Silvio para golpearlo y reducirlo á la impotencia. Pero la cosa no era fácil. Silvio sentía sus fuerzas centuplicadas á la vista de Teresa y de cada golpe de puño inutilizaba á un combatiente. Al cabo de un minuto varias narices manaban sangre sin que Silvio hubiese recibido lesión alguna. Teresa, por otra parte, en vez de retirarse al ver aquello, volvió á la carga y aferró con

tal fuerza á uno de los del grupo que le hizo peder el equilibrio y fué á medir el suelo con su cuerpo, recibiendo un golpe no despreciable. Las cosas habrían acabado mal para nuestros protagonistas, sin embargo, pues los petimetres, viéndose perdidos empezaron á enarbolar los bastones, si muchos transeuntes que habían presenciado el espectáculo y premiado con exclamaciones y aplausos la enérgica actitud de Teresa, no hubiesen tomado decididamente su parte y echádose encima de los desvergonzados que luchaban para sostener su pretensión de convertir la calle más aristocrática de Buenos Aires en teatro de escenas incultas y bochornosas. Se armó una batahola infernal, pero gracias al refuerzo recibido, Silvio y Teresa quedaron dueños del campo, escabulléndose uno tras otro los campeones de la mala educación y de la licencia, los que recibieron una lección y un escarmiento de efectos saludables y duraderos.

Como en París, los guardianes del orden llegaron cuando todo había concluído. No hubo necesidad de detener á nadie, porque los que merecían un castigo habían desaparecido como por encanto. Teresa subió á su automóvil mientras batían palmas los hombres

que se habían agrupado en el lugar de la lucha, exclamándo: —¡Bravo! !Muy bien!

Su madre, en cambio, estaba sollozando y poco menos que desmayada. Dió orden de regresar á casa y una vez en ella, ya rehecha del susto, no pudo reprimir su cólera.

—¿Te parece bien lo que has hecho? ¿Te parece que una niña de tu edad y de tu condición, debe andar por esas calles de dios en busca de riñas y repartiendo bofetones y golpes como una verdulera de mercado?

—No me parece bien, pero ¿le parece á vd. bien que esos señoritos de buenas familias falten de respeto á las mugeres y cometan atropellos deshonrando á la buena sociedad bonaerense?

—Pero ¿quién te mete á ti á redentora de malas costumbres? ¿No hay autoridad, policía, justicía para poner orden y castigar los atrevimientos de los mal educados? ¿No están los diarios para llamar la atención como lo han hecho y reclamar las medidas que sean necesarias? ¿A donde se ha visto que sean las niñas las que se encargan de reprimir los desmanes callejeros y vengar los agravios que se infieran á los transeuntes?

—Tiene vd. razón, pero cuando veo á caballeritos como esos que pretenden echársela de graciosos y valientes cometer groserías y emprenderla contra los que no pueden defenderse, siento impulsos irresistibles de darles una lección, no puedo contenerme.

—Si, pero entretanto me tienes con el alma en un hilo y me haces pasar sustos tremendos que un día ú otro me matarán. Yo no salgo más de casa contigo y no te voy á dejar salir. Hay que encerrarte como una fiera, si no puedes contenerte. A mí no me importan los aplausos de la gente ni de los diarios. Me importa mi tranquilidad y tu reputación, pues bastantes insinuaciones he recibido ya de que tus amigas te tienen por hombruna y acabarán por huirte, mientras los jóvenes te cobrarán miedo y no querrán saber nada de una niña que maneja los puños como un luchador de profesión.

—Le juro á vd. que no volverá á suceder, que en adelante sabré contenerme.

—Has jurado otra vez y no has cumplido. No puedo creerte.

—Le juro que no volveré á reincidir, que vd. misma me va á desconocer en adelante.

Cuando vea algo que pueda excitarme apartaré la vista para no caer en la tentación.

La disputa acabó en un abrazo, en muestras de cariño y en expansiones mútuas en que se confundieron las lágrimas de la madre y de la hija, y lo mismo ocurrió con la reprensión del padre, quién, una vez enterado del hecho, la echó un discursito amable, pero severo que le hizo impresión y la indujo á reflexionar y afirmarse con sinceridad en sus propósitos de enmienda.

—Amiguita mia, esto tiene que concluir, la dijo. Están muy lejos los tiempos de la caballería andante, en que había quién se ponía á desfacer entuertos y vengar agravios por puro gusto. Y hasta en aquellos tiempos eran los hombres y no las mugeres los que daban pruebas de valor y de fuerza. Las Angélicas, las Bradamantes y las Armidas son creaciones de la imaginación. Debo prevenirte que tu conducta te hace mucho daño y te hará sufrir en adelante. ¿Puede haber algo peor para una muger que ser tenida por hombre ó por hombruna ó por medio hombre y dar pábulo á la crítica y á la maledicencia? Así que no solamente tendrás que corregirte, si no que será preciso que hagas esfuerzos pa-

ra destruir la reputación que te has formado sin querer, yo lo reconozco.

—Yo le juro, papá, que no volveré á meterme en nada y le pido perdón por el disgusto que le he dado.

—Bueno, bueno que haya paz y vamos á comer,—dijo el señor Martinez para disimular la emoción que empezaba á embargarle.

El incidente fué relatado por los periódicos, los que fustigaron como merecían á los de la *indiada* y tributaron justos elogios á la hermosa y valiente joven que había contribuido á que se les diese una lección y cuyo nombre reservaban á pedido de miembros de la familia.

Teresa cumplió su promesa. No volvió á intervenir en ningún incidente callejero, por más que la irritación de los gomosos de la calle Florida poco faltó no diera lugar á una nueva pelea, afortunadamente ahogada en sus comienzos y en la que el principal protagonista habría sido Silvio; pero aún no habían transcurrido tres meses cuando su inclinación á defender á los débiles y á los engañados y á castigar á los prepotentes y á los engañadores la hizo inmiscuirse en un asunto mucho más grave y com-

plicado que las riñas callejeras. Lo mejor es que cuando le salía al encuentro algún hecho de esa indole lo estudiaba, lo examinaba bajo sus diversos aspectos y trazaba su plan sin comunicarse con nadie, sin decir una palabra á nadie, porque quería tener la satisfacción de resolverlo por sí misma.

Un día le llamó la atención el aspecto extraño de una señora qne antes había visto alguna vez en su casa en los días de visita y que ahora encontraba desmejorada, con ojos espantados, con algo de chocante en su cara y en su vestido.

—¿Qué le pasa á esta señora?—preguntó á su madre.

—Esta pobre Doña Clara tiene la chifladura del marido que es un calavera y se pone en ridículo con sus celos. No sabe hablar de otra cosa quc de las amantes de su marido, de los nuevos descubrimientos que hace cada día á su respecto. Figúrate que ahora se ha echado en brazos de una sonámbula que hace cosas muy raras, que la obliga á llevar joyas y objetos, pero que, según ella, lo adivina todo y le promete descubrir todos los enredos y trapisondas de su esposo. Yo creo que la tiene embaucada y que acabará por comérsele el escaso dinero que tiene.

Teresa olfateó en seguida una estafa é *in pectore* se propuso inmediatamente descubrirla. Al día siguiente, so pretexto de ir á visitar una compañera se fué derechamente, junto con el ama de llaves siempre dispuesta á secundar sus deseos por la simpatía y la admiración que la inspiraba, á casa de Doña Clara.

Después de pedir excusa por la visita inusitada é importuna entró sin preámbulos en materia. Estaba muy afligida porque hacía varios días que su novio no se había dejado ver (lo que no era exacto) y no sabía si estaba enfermo ó si quería alejarse de ella por haberse enamorado de otra. Además, sus padres se oponían al casamiento (lo que era cierto) y no sabía qué hacer para hacerlos cambiar de opinión y vencer su resistencia.

—Me han dicho que Vd. conoce una señora que lo adivina todo y que sabe dar buenos consejos.

—Sí, señorita, aquí tiene Vd. una tarjeta con su nombre y las señas de su casa,— contestó la señora mientras alargaba el brazo derecho para tomar una tarjeta que había sobre una mesita que con un sofá, media docena de sillas tapizadas pero viejas y des-

coloridas y algunos cuadros de poco precio constituían todo el adorno de la salita que Doña Clara tenía en su departamento de la calle Belgrano cerca de Rincón.

—Mme. Gilbert, calle Río Bamba. N.º.. Muy bien. ¿Y esta señora le ha adivinado lo que Vd. necesitaba saber?

—Todo. Es una señora respetable y muy instruída.

—¿Y le ha cobrádo mucho?

—Nada. No quiere cobrar nada.

—Es curioso. Supongo que no vivirá de aire y que en alguna forma buscará una compensación á su trabajo.

—La señora Gilbert es muy rica. Ha fundado hospitales é institutos benéficos en Chile, en el Uruguay, en el Brasil y también en Francia é Inglaterra. Desempeña una misión humanitaria y está como inspirada por la bondad divina.

—¡Pobre señora!—pensaba Teresa.— Ha perdido el juicio y está completamente dominada por la embaucadora. En seguida agregó:

—¿Qué formalidades sigue Mme. Gilbert para sus adivinaciones?

—Esto no se lo puedo decir.

—¿Por qué? ¿Se lo ha prohibido ella?

—Sí, porque no he concluído mis prácticas y hasta obtener el resultado definitivo no debo comunicar nada á los demás, por que se malograrían todos sus trabajos.

—Pero á mí me lo puede Vd. decir todo, pues no he de ir á contárselo á ella.

—No, porque sería capaz de adivinarlo.

—¿Va Vd. sola ó van también otras señoras á casa de Mme. Gilbert?

—Van otras, pero no nos hablamos, ni nos miramos siquiera para no perjudicarnos mutuamente. Por lo demás hay una secretaria que las separa y aisla á cada una en una pieza, llevándolas después por turno á la presencia de Madame Gilbert.

—¡Ah! Hay también una secretaria.

—Sí, la señorita Susana, una joven rubia muy bonita que ayuda mucho á la señora.

—Pero, en fin ¿no me quiere decir si la primera vez que vaya debo llevar dinero ú otra cosa ó tomar algunas precauciones?

—No necesita Vd. llevar nada. Puede ser que más adelante le pida alguna joya ó algún dinero, pero será para devolvérselo en seguida ó una vez que haya terminado los conjuros que la permitirán descubrir la verdad y adivinar lo que Vd. desea saber. Pero ya estoy diciendo lo que no debo;

puesto que Vd. va á ir, podrá ver por si misma y no pregunte más.

—Es probable que vaya dentro de dos ó tres días, pero no es seguro. Mil gracias por sus informes. Si voy le vendré á dar cuenta más tarde de los resultados.

Para Teresa no había duda que la tal Gilbert era una bribona de siete suelas que había logrado sugestionar á doña Clara y dominarla completamente, engañándola con una mentida generosidad para atraparla mejor y arrebatarle después todos sus ahorros. Ardía en deseos de ir á comprobar por si misma las fullerías de la pitonisa que tan admirablemente sabia engañar á sus víctimas. Pero después de muchas cavilaciones y reflexiones y de pasar casi una noche en vela trazando planes y haciendo deducciones, pensó que era mucho rebajarse ir ella misma á casa de la adivina, exponiéndose, por otra parte, á echarlo todo á perder con alguno de sus arrebatos, pués tal vez no podría contenerse ante las farsas de la estafadora y armaría allí mismo un escándalo mayúsculo. Esto disgustaría nuevamente á sus padres y con razón, porque una niña séria y bien educada no debía ir á donde van las mujerzuelas ignorantes y supersti-

ciosas que luego no se atreven á confesar abiertamente su proceder porque por instinto lo encuentran estúpido é incorrecto. Enviaría al ama de llaves, á María, que por ser un poco crédula y simplota no inspiraría la menor desconfianza á las embaucadoras.

Llamó al ama de llaves que era como de la familia, porque hacía más de ocho años que estaba á su servicio, la hizo jurar el mayor secreto y la informó de lo que deseaba, dándole instrucciones minuciosas sobre lo que debía hacer y decir una vez en presencia de Mme. Gilbert ó de quien fuese.

—¡Ay señorita! ¿y si me embrollo?—observó aquélla.

—Pués trata de no embrollarte y, sobre todo, no te enredes en observaciones, limítate á contestar si ó no á todas las preguntas. Le dirás que ha desaparecido de tu baúl un medallón de oro que apreciabas mucho, sin que la cerradura haya sido violentada ni el baúl abierto, lo que prueba que alguién tiene otra llave igual á la tuya, que abre y cierra sin dificultad. Agregarás que sospechas de la cocinera, pero que podría ser también el portero que te

hace la corte y alguna vez entra en tu cuarto.

—Jesús. María y José, señorita ¿por quién me ha tomado Vd.? A mí no me hace la corte el portero ni ha entrado nunca en mi pieza.

—Si lo sé. tonta, es una invención para saber lo que dice la adivina y descubrir sus patrañas. Agrégale que desearías saber quien ha sido el autor del robo.

—Bueno. ¿Y qué más?

—Si te pregunta si tienes dinero díle que si, que tienes 800 pesos que te los guarda la señora, pero que puedes pedirlos cuando quieras. ¿Es cierto esto. sí ó no?

—Esto es cierto.

—Bueno. irás hoy mismo á las cuatro. Yo á esa hora te mandaré á comprar papel y en cambio te irás derecho á la calle Río Bamba N.º...—y le dió las señas.

El lector se imaginará fácilmente la inquietud y ansiedad con que Teresa esperaba el regreso de María Apenas la vió entrar al cabo de tres cuartos de hora, la siguió al fondo de la casa y se metió en su misma habitación. preguntando:

—¿Cómo te fué María? ¿Qué has visto?

—Cosas del otro mundo, señorita. que ha-

cen poner los pelos de punta. Casi no puedo hablar todavía del susto.

—Serénate y trata de referirme con exactitud lo que has oído y lo que has visto.

—Pués bien, llegué á la puerta, llamé y salió á abrir un jóven que debía ser portero ó sirviente á quien pregunté si vivía allí una señora que adivinaba. Sin contestarme me hizo pasar á una salita medio obscura en la que ví sentada en un sofá á una jóven que me pareció rubia y muy hermosa que se levantó al verme entrar, me saludó y me dió la mano, haciéndome sentar á su lado y diciéndome que la expusiese sin temor lo que deseaba. Yo largué de un tirón lo que Vd. me había encargado. La jóven estuvo pensando un rato y después, hablando con muchas erres me dijo que el asunto era un poco complicado y que tendría que resolverlo su maestra. Me hizo pasar á una sala más grande que estaba inmediata, oprimió un botón eléctrico y al cabo de un momento entró la que ella llamaba *la maestra*. Era una mujer alta, gruesa, llena de brillantes que relucían como estrellas, vestida de negro y que empezó á mirarme fijamente con sus dos grandes ojos negros, de una manera tan extraña que me

daba miedo. Yo bajé la vista y tan pronto me ponía pálida como encendida, sin saber lo que me pasaba. ¡Oh! qué mujer aquella, señorita! No hay duda que tiene algún poder extraordinario.

—Vamos, no digas tonterías. ¿Que edad tendrá esa señora?

—¿Qué se yo? Debe tener más de 40 años. Me parece haberla visto algún cabello blanco.

—¿Y que sucedió después?

—Me hizo algunas preguntas, apuntó algo en un pequeño cuaderno y en seguida empezó á ojear un libro raro y lleno de figuras. Mientras yo la miraba con ojos asustados, me sentí envuelta en un perfume raro que yo no sé explicar, que venia como de la alfombra como si subiese del suelo. En aquel mismo instante ví aparecer y desaparecer á la joven rubia, y detrás de ella algunas llamas suspendidas que subían y bajaban sin que nadie las tocase. Yo me asusté y me puse á temblar. La señora me dijo que estuviese tranquila, que no corría ningún peligro. Aquellos eran los espíritus que ella invocaba para conocer la verdad. Me tomó las manos, las examinó, me las apretó con fuerza, se levantó, levantándome á mí también como una paja, hizo

unos movimientos con los brazos, me puso las manos sobre la cabeza, teniendo siempre su mirada fija en un crucifijo que se veía colgado en una pared. De improviso me preguntó.

—¿Que figura tenía el medallón?

—¿Aquí me embrollé señorita, y contesté que no sabía. Entonces me aferró violentamente por un brazo y me empujó hácia la puerta, gritando:

—Salga de aquí inmediatamente antes de que se la trague el infierno. A vd. la han mandado para averiguar algo, no ha venido por su voluntad. Cuando quiera que le adivine, lo que á vd. le interesa ha de venir por sí misma, sin decirlo á nadie, sin consultar con nadie. Entonces le adivinaré todo. El secreto es indispensable para que yo pueda conocer el futuro.

—Yo me encontré en la calle sin saber si he salido por la puerta ó por la ventana, ni si alguien me ha acompañado. ¡Ah, que susto, señorita! No me vuelva á dar semejantes encargos.

—Pero ¿porque no inventabas algo y no le contestabas cualquier cosa?

—Para invenciones estaba yo. Aquella señora sabe mucho y lo descubre todo. No

hay que que andarse con segunda intención.

Teresa comprendió que la empresa era más grave y más seria de lo que se había imaginado. La adivina era muy astuta é impresionaba en seguida á las clientas que no tenían un dominio absoluto sobre sí mismas. Pidió nuevamente á María el mayor secreto y después de un poco de meditación resolvió interesar en el asunto á Carlos, su hermano mayor, del cual no hemos tenido oportunidad de hablar hasta ahora porque mientras su familia viajaba por Europa se había quedado en Buenos Aires para continuar sus cursos universitarios en la Facultad de Derecho. Tenía tres años más que su hermana, como se ha dicho al principio, y era un joven serio y estudioso que prometía una carrera satisfactoria si no brillante porque su inteligencia no era excepcional.

Teresa le refirió el caso con todas las incidencias que quedan expuestas. Ella no quería descender á comprobaciones denigrantes, aúnque esto habría sido lo más seguro y lo más eficaz; pero era oportuno advertir á la polícia para que estuviese sobre aviso y procediese si lo creía convenien-

te. Podría hacer su denuncia por escrito, por medio de una carta; pero sería muy larga, había muchos detalles que referir y quizás no la tomarían en cuenta. Quería que la acompañase á la comisaría de investigaciones para hacer la denuncia verbalmente: no lo enviaba á él sólo porque sin duda no iría y porque la presencia de una muger causaría más impresión y estimularía más la acción policial.

El hermano se resistió en un principio: no era decoroso para ellos meterse en esas honduras ni entretenerse en asuntos que la policía debía descubrir por su cuenta. Ella, por otra parte, se mezclaba ya demasiado en lo que no se le importaba; él no quería exponerse al reproche de su papá ni dar que hablar á los compañeros. Pero Teresa no tardó en convencerle, tocándole las cuerdas sensibles, apelando á su caballerosidad y á sus sentimientos humanitarios. Contribuirían con ello á que no quedasen impunes las pillerías y las estafas de mugeres astutas y sin escrúpulos que explotaban la credulidad y la ignorancia de las mugeres sencillas y supersticiosas.

Es propio de los caracteres fuertes, de las personas de voluntad firme y resuelta

influír fácilmente sobre los demás, suscitar simpatías y entusiasmos. La popularidad de un Napoleón y de un Garibaldi, los atacamientos incondicionales, casi podríamos decir las adoraciones que inspiran y que llegan hasta el sacrificio de las vidas no se explican solamente por sus hazañas, si no tambien por su firmeza, por sus energías inquebrantables. Precisamente el valor personal, el desprecio de la vida, es el que inspira más admiración en la generalidad, que está dominada por un sentimiento opuesto ó sea por el apego á la vida. Se explica así que los apóstoles, los mártires de la religión, los primeros cristianos ejerciesen tanta influencia sobre las sociedades corrompidas y degeneradas del imperio romano y que estando entregadas á los placeres y al sibaritismo, sólo pensaban en el goce del vivir.

En el pequeño círculo de su familia y de sus relaciones, Teresa encontraba con facilidad adherentes y coadyuvadores que se prestaban á secundarla en sus deseos; y su hermano Cárlos no era de los que ménos la querían por su singular constitución física, por su valor personal y sus arranques generosos. Quedó en averiguar aquél

mismo día la ubicación de la comisaría de investigaciones y la hora mejor para presentarse en ella; y al día siguiente, pretextando después de almorzar el deseo de ir á tomar un poco de aire en el parque 3 de Febrero, allá se fueron los dos hermanos á hacer su denuncia. Teresa refirió lo que dejamos relatado, expresando su opinión de que todo ello podría envolver una gran estafa. Sería preciso hacer indagaciones valiéndose de una señora astuta, inteligente, que supiese representar bien la comedia sin inspirar temores ni desconfianzas á las embaucadoras.

El comisario agradeció los informes. Compartió las sospechas de Teresa y le parecía excelente el medio de comprobación indicado que iba á poner en práctica inmediatamente, después de dar cuenta al jefe de policía.

—Ahora el asunto queda en sus manos. —dijo Teresa al despedirse.—Pero, por nuestra parte, reclamo en absoluto el secreto que le he exigido al principio como condición indispensable para hacer la denuncia. Nosotros no existimos siquiera y no debemos aparecer directa ni indirectamente en ninguna declaración, en ninguna de las publi-

caciones que se hagan con motivo de las ulterioridades que pueda tener este asunto.

—Está bien, señorita, su voluntad será respetada.

Cuatro ó cinco días después de lo que antecede, doña Agustina, la madre de Teresa, dijo durante el almuerzo:

—Yo no sé lo que le pasa á María. Está siempre atolondrada y no come ni duerme. Hace algunos días que sale por la mañana y por la tarde, y hoy me ha pedido que le entregue los 800 pesos que le guardo porque los necesita.

Teresa casi dió un salto sobre su silla y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse y no dar muestras de indignación y sorpresa. Dirigió una mirada intencionada á Carlos, haciéndole signo de que se callara. Después dijo:

—No se los entregue, mamá: más tarde le diré á Vd. lo que le pasa á María, y en cuanto hable yo con ella no insistirá más en su pedido.

Esta es la parte cómica del asunto,—pensaba Teresa.—María debió quedar impresionada por la bruja y ha vuelto á verla por su cuenta, porque tal vez tiene también ella sus secretos de amor, que desea

ver halagados con anuncios de probables confirmaciones futuras. Si nos descuidamos se le comen los 800 pesos.

Apenas terminado el almuerzo, Teresa llamó á María, se encerró con ella en una habitación y la dijo concitada y nerviosa:

—¿Tú has vuelto á la calle Río Bamba...?

—Sí, señorita, y estoy muy contenta porque aquella es una gran señora que sabe mucho, que está en contacto con Dios y que lo adivina todo.

—No digas barbaridades. ¿Y qué tenía que adivinarte?

—Qué quiere, señorita, todas tenemos nuestras cosas y allí se sabe la verdad, porque se ven hasta las almas del otro mundo.

—Me dan ganas de hacerte pedazos por tan bestia y tan ignorante,—exclamó Teresa estirando los brazos como si fuese á pegarla de veras.—¿Le has dado dinero á esa mujer?

—No señorita, no quiere cobrar nada. Lo que se hace prestar un día para sus invocaciones, lo devuelve al día siguiente. ¡Oh! aquella señora es muy rica, no necesita nada. En cuatro días que voy, la he visto con cuatro vestidos diferentes, uno más lujoso que otro. Un día se viste de negro,

otro de colorado ó verde y otro á cuadritos: y hay que ver las cintas, los encajes y sobre todo las joyas que le hacen brillar la cabeza, el pecho y los brazos.

Teresa comprendió en seguida que María decía una parte de la verdad, pero no toda la verdad y que estando, como estaba, bajo la sugestión de la pitonisa, no confesaría sino bajo la impresión de un desengaño. Así que desplegando una vez más su notoria habilidad y su prontitud de concepción, exclamó:

—Pues has tenido suerte. Aquella gran señora que tanto te ha encantado la han puesto presa esta mañana junto con la joven rubia, porque parece que han estafado á la mar de infelices y simplotas como tu.

—¡Qué!—dijo María poniéndose pálida.—¡No puede ser!

—¡Caramba! Cualquiera diría que te sucede una desgracia.

—Déjeme, voy allá en seguida porque no quiero perder mi cadena de oro.

—¡Ah, con que ahora salimos que le habías dado la cadena de oro! Es inútil que vayas porque la puerta está cerrada y guardada por la policía. Yo me ocuparé de que no pierdas tu cadena. Pero has de

decirme la verdad de lo que ha pasado. ¿Porque volviste á ver á esas brujas?

—No lo sé yo tampoco porque volví. Los movimientos extraños de la señora y la facilidad con que adivinó que no había ido por mi cuenta me trastornaron y convencieron de que era capaz de adivinarlo todo. Yo también tengo mis penas, señorita, y quería saber varias cosas que me interesaban. Así que volví.

—¿Y como te recibió la gran señora?

—Con modales muy bruscos. Yo creí que me iba á pegar. Me miró largo rato con sus grandes ojos, obligándome á que la mirase yo también sin bajar la vista. Yo estaba confusa, encendida, no sabía lo que me pasaba. Después miró un buen rato al crucifijo colgado en la pared, con ojos que daban miedo y exclamó:

—Esta vez sé que viene por su propia voluntad, no necesito preguntarlo. ¿Está vd. dispuesta á hacer todo lo que yo le mande?—preguntó.

—Si señora,—contesté débilmente.

—¿Jura vd. no decir una palabra á nadie de lo que vea y oíga aquí adentro y de lo que yo le encargue hacer afuera?

—Lo juro.

—Es indispensable que sea así hasta que yo le haya contestado á lo que vd., desea saber. De otro modo mis trabajos no tendrían ningún éxito. Después no habrá inconveniente en que vd. lo refiera todo, porque no tenemos nada que ocultar y nuestro orgullo es que se sepa que poseemos la gracia divina que nos permite adivinar el futuro.

—Muy trucha la señora Gilbert,—interrumpió Teresa;—sabe atrapar bien á sus víctimas. Sigue contando.

—La verdad es que si me hubiese mandado tirarme al agua yo me tiro en seguida. Me tomó la mano derecha, examinó las líneas, me hizo quitar los dos anillos que tenía diciendo que los dejase. Me los devolvería al día siguiente. Me hizo arrodillar en el suelo, se arrodilló ella también y, cumpliendo una señal que me hizo, besé varias veces la alfombra junto con ella. Cuando me hizo levantar, me preguntó si tenía otras joyas y cual era mi condición y si había hecho muchos ahorros. Yo le conté todo: no me habría atrevido á mentir delante de aquélla muger. Tenía unos aros y una cadena de oro; la señora me guardaba 800 pesos. Me impuso que al día siguien-

te fuese con los aros y comprase por valor de cinco pesos de huevos y se los llevase. No debía gastar ni un centavo más ni un centavo menos. De otro modo sus invocaciones no salían bien. Debía oír también dos misas por la mañana. Yo salí atolondrada. Hice todo lo que me había mandado, oí las misas, llevé los huevos y los aros. Me devolvió los anillos y me ordenó que al día siguiente le llevase la cadena junto con la mejor enagua que tuviese. La llevé las dos cosas y me entregó los aros. Hizo unos movimientos convulsivos, me acarició la cara, me hizo mirar un cuarto de hora al crucifijo, y me aseguró que sus conjuros iban bien y que pronto podría contestarme. Era preciso, para completar la operación que los 800 pesos saliesen de manos de la señora y que los tuviese yo en mi poder. Hoy ó mañana debía mostrarle como efectivamente los tenía y además llevarle dos cucharitas de plata del valor de 11 pesos.

—Basta, no quiero oir más, porque me dan ganas de pegarte,—exclamó Teresa saliendo de la habitación.—No creía que fueses tan torpe y tan ignorante.

El ama de llaves la siguió, diciéndola que quería salir, que no quería perder su cade-

na. Pero Teresa llamó al portero y le ordenó que no dejase salir á María.

Teresa fué á dar cuenta á su mamá de lo que pasaba. Tuvo que confesar que una vez más había hecho una de las suyas, Pero esta vez, á lo menos, no habría escándalo, no se enteraría nadie fuera de la familia. En cambio, tal vez se obtendría el castigo de dos pícaras que ofendían la ley de Dios y se evitaría la ruina de algunas necias como doña Clara.

—Sin embargo ¿quien hará callar á María y á las demás personas de servicio?—Observó doña Agustina.

Quiso enojarse pero no pudo. El caso de María era tan cómico que no daba lugar á la seriedad. Y entre gritos y sollozos, la infeliz armó un escándalo, porque quería salir é ir á enterarse por sí misma de lo que ocurría y recuperar su cadena, cuando en el fondo estaba bajo la influencia de Mme. Gilbert y no creía una palabra de lo que había dicho Teresa y quería ir á ver á la hechicera y á confesarle todo. Tanto es así que insistía en salir aún después que la señora se comprometió á comprarle una cadena igual ó mejor de la que tenía, en el caso de que la perdiese é indemnizarla de

los 16 pesos que había gastado en las compras ordenadas por Mme. Gilbert. A no ser la vigilancia de Teresa, que no salió de casa aquel día ni al siguiente y vigiló también durante la noche, el ama de llaves se habría escapado.

Afortunadamente las cosas se precipitaron y dos días después las dos brujas cayeron en la trampa que les había tendido la policía. La señora que la comisaría de investigación dedicó á la comprobación de las estafas se comportó tan bien, supo mostrarse tan crédula y sencilla que Mme. Gilbert no concibió la menor sospecha y se dedicó á impresionarla como á las demás y á manejar á su antojo la buena fé de que daba prueba. Repitió con ella los movimientos convulsivos, los conjuros, las consultas á los naipes y á los libros, los exorcismos, la reproducción de las luces suspendidas que representaban llamas del infierno ó almas del otro mundo, según los casos; repitió también la preparación de perfumes embriagadores, los pedidos y devoluciones regulares de joyas, dinero y objetos, la imposición de asistencia á varias misas y peregrinación á diferentes iglesias hasta que por último después de retener varias joyas y una fuerte

suma que le había solicitado, la impuso que no se moviese de casa durante ocho días y que al noveno se presentase para darle la contestación á las preguntas que había hecho y devolverle su dinero y sus joyas.

El encargado de la investigación, ducho en el oficio, consideró que había llegado el momento decisivo. Hizo vigilar la casa día y noche por agentes vestidos de civil con orden de detener á todas las personas que hubiese en la misma, si veían sacar muebles ó baules antes de que se efectuase la detención en una forma directa. Al día siguiente de haber impuesto á la señora en cuestión el plazo de ocho días, en efecto, plazo que según se comprobó después, había impuesto á todas sus víctimas que pasaban de veinte, según cuenta que llevaba la policía, se presentó en la puerta de la casa un carro del expreso la Confianza y los mozos empezaron á cargar baules. Pero intervinieron los agentes y las dos embaucadoras que iban á embarcarse para el Brasil fueron detenidas.

Durante varios días los periódicos de la Capital llenaron columnas enteras con los detalles de las hazañas de Mme. Gilbert. Sin embargo, de las veinte y más mugeres

que frecuentaban la casa y que la policía había contado durante su vigilancia, sólo seis ó siete se presentaron á reclamar su dinero y sus objetos y á dar detalles de las operaciones maravillosas y extrañas efectuadas por la sonambula, como se la calificaba generalmente. Las demás prefirieron perderlo todo, antes que ver figurar sus nombres en la crónica policial y ser puestas en la picota del ridículo. Se descubrió que Mme. Gilbert, después de impresionar á sus visitantes, jugaba con ellas á su antojo, sometiéndolas á las pruebas más extraordinarias que aceptaban, de buena fé, dando muestras de una credulidad casi inconcebible. No se limitaba á pedir solamente dinero, joyas y objetos de valor, sino también los artículos más variados, perfumes, camisas, dulces, encajes, sombreros. Doña Clara se había quedado sin dinero y sin ropa que afortunadamente pudo recuperar; María tuvo que ir á declarar, pero recuperó su cadena. Con todo la policía tuvo que dejar á Mme. Gilbert y á su ayudante ó discípula numerosos objetos y una buena cantidad de dinero porque nadie se presentó á reclamarlos.

El silencio solicitado por Teresa al comirio fué escrupulosamente guardado; sin em-

bargo, uno de los periódicos de mayor circulación públicó un día las líneas siguientes:

«Se cree que el importante descubrimiento efectuado por la comisaria de investigación se debe en parte á la oportuna denuncia de una niña de la buena sociedad bonaerense, ya bien conocida por sus excepcionales dotes personales y por otros hechos llamativos en que ha tenido una intervención superior á todo encomio.»

Esto causó un sobresalto á Teresa, que temió por un momento que la versión se difundiera y que su nombre fuese entregado á la curiosidad pública; pero el mismo periódico que dió la noticia la desmintió al día siguiente junto con sus colegas, basándose en informes categóricos de la comisaría. la que creyó interpretar los deseos de la jóven al obrar en esa forma que, por añadidura, tenía la ventaja de realzar el prestigio de la institución que había llevado á cabo la importante pesquisa.



V

Entre los eucaliptos de Adrogué

Ni el incidente de la calle Florida, ni el episodio de la sonámbula que tanto habían realzado los méritos de Teresa y aumentado el afecto que los suyos le profesaban, habían sido bastante á desarmar la resistencia que sus padres, ó más propiamente su madre, había opuesto desde un principio á sus relaciones con Silvio. Este no había caído en las gracias de doña Agustina, la que lo encontraba un poco insulso y antipático. ¿Quién puede explicar las misteriosas afinidades que se establecen entre un individuo y otro, la razón de ser de los sentimientos diversos que nos inspiran las personas con las cuales el azar nos pone en contacto durante el curso de la existencia? Tal señora que para unos resulta amable y sencilla se vuelve brusca y cargosa para

otros; tal caballero que éstos tildan de antipático y necio, lo encuentran otros inteligente y listo.

El señor Martinez no había experimentado ningún sentimiento de animadversión hacia Silvio: pero era en extremo bondadoso y tenia el defecto de no saberse oponer á los deseos de su esposa, quien lo manejaba á su antojo y sabía atraerlo habilmente á su voluntad aún en los casos en que él tenía una opinión diametralmente opuesta á la de su cara mitad. Hay hombres que no hacen honor al traje masculino y que en más de una ocasión deberían cederlo á las que han elegido para compañeras de su existencia, vistiendo ellos la indumentaria femenina.

Teresa y Silvio se veían casi diariamente, porque á las horas más ó menos convenidas no dejaba él de pasar dos ó tres veces por día frente á la casa de aquella ni ella de mirarlo detrás de las cortinas de las ventanas en los meses de invierno y después en la ventana misma, apenas sobrevinieron los días tíbios y hermosos de la primavera, en Septiembre y Octubre. Tambien habían encontrado los medios de .verse y hablarse de de vez en cuando, gracias á la protección

de María, el ama de llaves, y de algunas amigas íntimas de Teresa que la iban á buscar y se la llevaban al Parque 3 de Febrero, á Belgrano ú otros puntos convenidos de antemano, donde los dos jovenes se comunicaban sus impresiones y se juraban por milesima vez fidelidad y amor.

Silvio se había dado cuenta de la hostilidad de Doña Agustina y esto lo tenía afligido y postrado.

—No nos dejarán casar,—le dijo á Teresa en una de las entrevistas.—Tu mamá no me quiere (excusado es decir que ya se tuteaban) y se vé que me tiene por muy poca cosa y me considera indigno de unirme contigo.

—No desesperes. Mamá es buena y ha de acabar por ceder.

—Es verdad que no le falta razón. Tu eres rica, tienes belleza é inteligencia, perteneces á una familia distinguida, mientras yo soy hijo de un pobre almacenero y no tengo siquiera una profesión lucida, no soy médico ni abogado, soy un simple comerciante. No merezco unirme contigo, puesto que puedes aspirar á un casamiento mucho mejor.

—Vamos, no me vengas ahora con esas

patrañas. Para el corazón no hay gerarquías. Basta que nos queramos los dos. Lo demás se arreglará.

Varias veces Teresa había abordado á su madre, pidiéndole explicaciones por su actitud, refutando sus objeciones, acorralándola, esforzándose por desarmar su resistencia, pero con resultado escaso ó negativo.

—¿Porque se opone Vd. á mi casamiento con Silvio?—le decía.—Usted sabe que le quiero, que me da un gran disgusto y sin embargo insiste y ha sido causa hasta ahora de que él no haya solicitado mi mano, porque no quiero que lo haga hasta que Vd. me dé su pleno consentimiento.

—Me opongo, porque el tal Silvio es un pelagatos, un pretencioso que te busca por la posición y por la respectabilidad del nombre, nada más. Busca el dinero y el parentesco: si fueses pobre te volvería las espaldas.

—Vd. lo insulta y lo ofende injustamente, mamá. Me quiere porque se ha enamorado de mí y me tomaría lo mismo aún que no tuviera más que lo que llevo puesto. Es un joven inteligente que se abrirá camino y en cuanto á dinero puede ser que tenga tanto como nosotros.

—Bueno, á mi no me gusta. Mucho te

queremos todos pero no hemos de acceder á todos tus caprichos. Estaríamos frescos si se permitiese á las jóvenes que diesen su mano al primer aventurero que se les presenta.

Por de pronto hace unos cuantos meses que le conoces y no tienes más noticias de él y de su familia que las que el mismo te ha contado.

—Me basta conocer su caracter para estar segura de que ha dicho la verdad y de que me hará feliz, tengan los defectos que quieran los de su familia.

—Esto te parece ahora; pero después es otra cosa. Tu puedes encontrar un partido muchísimo mejor.

—Déjese Vd. de partidos, de figuraciones, de nombres y de riquezas que no hacen la felicidad y que no valen un bledo. Esa rancidez de las familias nobles y plebeyas hay que relegarla al montón de las ropas viejas. Ya sólo son tenidas en cuenta en sociedades decadentes é ineptas como las de algunas naciones de Europa que se pasan el tiempo en la contemplación de sus pergaminos. Hoy cada uno vale por los méritos que tiene, no por la forma en que ha nacido. ¿Ha oído Vd. hablar de esos reyes del petróleo, de los ferrocarriles, de la carne, del trigo, del acero

con que se califica á muchos archimillonarios de los Estados Unidos? Pues averigue Vd. lo que eran ellos y los Morgan, los Rockefeller y tantos otros en su juventud. Simples trabajadores ó dependientes, sin más capital que su cabeza y su espíritu de iniciativa. Y si me apura Vd. un poco, vamos á ver nuestro mismo orígen y el de la mayor parte de las familias de Buenos Aires que hoy se dan tono y figuran en primera línea, llenando las crónicas sociales y la desafío á que me demuestre Vd. que raza de antepasados tuvieron, cuanta sangre azul corre en sus venas. Trabajadores, mamá, comerciantes ingeniosos, artesanos rudos y fuertes que más de una vez no habrán tenido con que saciarse el hambre. Y á mucha honra debemos tenerlo, porque eso es más noble y más digno que descender de los que hubieron su fortuna abusando de los cargos públicos ó que disfrutan bienes cuyo origen no pueden establecer con claridad.

—Hablas como un libro, pero no me convences. Todo eso que dices no quita que haya que mirar con quién has de casarte y que yo tenga el deber de velar por tu felicidad y la nuestra.

—Mi felicidad está en casarme con Silvio

y no sé persuadirme de la oposición que Vd. me hace, porque papá no se mete en nada y dice *amen* á todo lo que Vd. quiere. Yo me casaré con él ó con ninguno; y no sé lo que va á suceder si Vd. persiste en su resistencia.

—Vamos, siempre tomas las cosas por la tremenda; vuelve en tu quicio, fíjate en cualquiera de los muchos jóvenes que sabemos quienes son, porque conocemos á sus familias y acabarás por darme la razón.

Pero no solamente no pensaba en esto Teresa si nó que la oposición de su madre no hacía más que ahondar su pasión, avivar el fuego que ardía en su pecho como el viento aviva las llamas de un incendio. A veces, cuando se hallaban solas, interpelaba de improviso á su mamá, con frases aceradas, exclamando:

—¿Usted se casó con papá por amor ó por dinero?

—Vaya una pregunta: por amor.

—Entonces ¿no estuvo averiguando si era rico ó pobre, si pertenecía ó no á una familia de buen tono?.

—Yo no me acuerdo, pero sé que no me tiré de cabeza como tu quieres hacer y que

era obediente y sumisa á los deseos de mi madre.

—Parece imposible como se cambia y se olvida todo con los años. No se tiene en cuenta lo que se ha hecho, lo que se ha pensado, lo que se ha sentido en otros tiempos y se pontifica con calma, con serenidad, so pretesto de querer evitar las ligerezas de una niña, hacerla feliz, cuando en realidad se la sacrifica involuntariamente y con la mejor intención á la propia voluntad, al propio orgullo ó al propio capricho, cuando no á preferencias y maneras de ver tan inconsistentes como los argumentos que se aducen para justificarlas. Como si fuese tan facil cambiar de amor, como se cambia de camisa, y al corazón se le pudiese mandar que deseche á este y se entretenga con aquel ni más ni menos, que se manda al brazo que se extienda ó se encoja como se quiere ó como se adapta una pasta blanda á cualquier clase de moldes.

Doña Agustina estuvo más de una vez á punto de ceder, tanto más que su esposo no era muy firme en la resistencia, por más que no dejase de encontrar atendibles los argumentos en que ella fundaba su actitud; pero le alentaba la esperanza de que su hija

acabaría por olvidar unas relaciones que incidentalmente se habían entablado en las ociosidades de un viaje y que no podían haber echado raíces muy hondas. Además se prometía resultados casi seguros de un plan que iba á poner en práctica para lograr mejor su propósito. Doña Agustina no sabía que Silvio y Teresa se hablaban con frecuencia y no tenía en cuenta que la mayor parte de las relaciones amorosas, como de muchas acciones trascendentales que influyen poderosamente en la vida de cada individuo y hasta en la vida de cada pueblo son debidas á circunstancias accidentales, á hechos fortuitos, á veces insignificantes y vulgares. En su juventud Julio Cesar, que en la edad madura imprimió un rumbo nuevo y decisivo á los destinos de Roma y á los de otros pueblos de la antiguedad, en su juventud, repetimos debió su vida á la blandura y estupidez de unos piratas que tomaron á broma sus amenazas de venganza; y es sabido que el vuelo de unos pájaros influyó en el descubrimiento del nuevo mundo.

Doña Agustina, empero, conociendo el temperamento de su hija no dudó un instante de que había que tomar á lo serio la pasión que la dominaba y apresurarse á combatirla

ó á complacerla antes de que ocurriese algo lamentable. Por de pronto, sabiendo que Pepito González, uno de los jóvenes de la *high life* bonaerense amigo de la casa, é íntimo de Carlos estaba encaprichado por Teresa, y la miraba con insistencia, se propuso favorecer su inclinación y hacer lo posible para que Teresa le correspondiese, porque su casamiento con aquel habría satisfecho plenamente sus aspiraciones; después, empezando á dejarse sentir el calor con la llegada del mes de Noviembre, indujo á su esposo á alquilar una hermosa quinta en la calle Seguí (hoy Mitre) de Adrogué. Allí el tal Silvio no podría ir dos ó tres veces por día á pasearse por delante de la casa, como ella lo había visto y dirigir saludos ceremoniosos y miradas llenas de fuego á Teresa que no dejaba nunca de asomarse á la ventana en el momento oportuno como si estuviesen entendidos de antemano ó se comunicasen por algún misterioso telégrafo sin hilos. Más tarde irían á Mar del Plata á donde los acompañaría tambien Gonzalez y quizás allí se formalizaría el compromiso matrimonial.

Pero no sólo no se cumplieron las previsiones de doña Agustina, sino que la ejecución de su plan dió lugar á incidencias

lamentables y más bien favoreció los deseos de su hija. Esta notó en seguida las obsequiosidades de Pepito González, la persecución de que la hacía objeto y el interés con que su madre procuraba los encuentros, lo empujaba hacia ella y apoyaba sus pretensiones con frases indirectas, con elogios frecuentes; pero esto no dió otro resultado que hacerle cobrar antipatía á González á tal punto que se ponía inquieta y nerviosa cada vez que lo veía aparecer delante de ella y también fué causa de que disminuyese el respeto y cariño que profesaba á su madre, viéndola empeñada en conseguir lo que ella consideraba imposible, además de injusto é improcedente. Y á veces se lo decía sin rodeos:

—Es inútil que Vd. se empeñe ni pierda el tiempo en meterme á González debajo de las narices: sus galanterías me empalagan y se me va haciendo odioso con sus visitas.

—Pues haces mal,—contestaba doña Agustina sin desanimarse,—porque es un buen muchacho, tiene su carrera de abogado, habla con facilidad y llegará á puestos muy elevados, además de que es rico por su familia y heredará algunos millones.

—Usted no piensa más que en la posición y en los millones. ¡Nunca lo habría creído!

Á las insinuaciones de Pepito, primero vagas. después más concretas y más claras que la luz del día, pués por desgracia se había ido enamorando de veras de Teresa, esta contestaba con evasivas amables, tomándolas á broma y llevando en seguida la conversación á un terreno distinto. Contrariamente á su costumbre de no andarse en rodeos, de expresar en seguida sus sentimientos y llamar las cosas por sus nombres, Teresa disimuló en un principio, no quiso desahuciar *ipso facto* al nuevo pretendiente. No lo hizo porque en el fondo no le disgustaba verse halagada, solicitada, perseguida, causando envidia á más de una amiga y porque tenía á Pepito por un lenguaráz y no quería que fuese pregonando por salones y círculos que ella era intratable, mal educada, indigna de las consideraciones que se le guardaban y de la opinión prestigiosa que se le había formado.

Pero cuando á los dos ó tres días de haberse instalado la familia en la quinta de la calle Mitre de Adrogué, Pepito le hizo una declaración en toda regla, Teresa no

pudo contenerse más y puesto que, ausente de la capital, no le importaban tanto las habladurías, le dijo lo más afablemente que pudo, comprimiendo su deseo de echarlo á todos los diablos:

—Siento, señor González, tener que desairarle; pero llega Vd. demasiado tarde. Estoy comprometida y mi corazón no me pertenece.

—Pero si su mamá me ha dicho que está Vd. libre, que nunca ha tenido relaciones...,—contestó Pepito, poniéndose pálido como la cera.

—Mi mamá no le ha dicho la verdad. Sabe que amo con toda el alma á un jóven que ella conoce y que me casaré con él ó con ninguno; pero se empeña en no saberlo y en creer que llamándolo pobre, aventurero, infeliz, lo voy á dejar para enamorarme de otro. En cambio lo quiero más cada día. Yo creí que Vd. lo había notado, pues era preciso ser ciego para no verlo, fijándose en la insistencia con que lo miraba en las calles, en los teatros ó frente á mi casa cuando pasaba varias veces por día; pero Vd., como mi mamá, se ha empeñado en no ver. Véalo Vd., precisamente ahí viene por la vereda de enfrente,—agregó Te-

resa poniéndose encarnada y contestando con una sonrisa encantadora y con un movimiento de cabeza al gran saludo que hizo Silvio, quitándose el sombrero y siguiendo su camino, pero volviéndose á cada instante para mirar á la jóven.

La emoción que embargaba á esta se notaba á simple vista. Su semblante rebosaba pasión y alegría y es seguro que á no ser los trinos de los pájaros se habrían sentido los latidos de su corazón, mientras Pepito hubiera deseado que se lo tragase la tierra para no presenciar aquél espectáculo, ni ver las miradas de fuego que se dirigían los dos enamorados.

—¿Verdad que es gallardo?—dijo Teresa en una explosión de sinceridad.—Nos hemos conocido á bordo del vapor al regreso de Europa. Es hijo de italiano, pero es tan criollo como el que más.

—Si Vd. me hubiese dicho al principio...,—exclamó Pepito, ya irritado de tanto desaire y de lo que le iba pareciendo una ofensa y una burla.

—¡Qué principio ni qué fin!—replicó Teresa.—¿Debía yo ponerme un letrero que dijese que estaba enamorada? ¿Debía yo

adelantarme á decirle que no me hiciese la corte por esto ó por lo otro?

—Tiene Vd. razón, no sé lo que me digo.

Los dos jóvenes se hallaban de pié casi en el centro del espacioso jardín que daba frente á la casa, entre céspedes de flores, á la vista de los rosales y de los cuadros de violetas y pensamientos artísticamente arreglados por el jardinero, en un ambiente saturado de perfumes suaves y agradables, á la sombra de una araucaria gigantesca rodeada de magnolias, en la tarde de uno de esos días tibios y placenteros del mes de Noviembre que en las regiones templadas del hemisferio sud produce la misma renovación de vida, los mismos encantos que el mes de Mayo produce en los países templados del hemisferio norte. Los árboles, las flores, las yerbas, los pájaros cantaban el himno de la naturaleza y manifestaban en mil formas su exuberancia de vida y de placer, como Teresa habría deseado manifestar á gritos su amor. atropellando con todas las sujeciones y trabas que las costumbres y las reglas sociales imponen á los jóvenes de buena educación y también á los que no tienen ninguna.

—Adios, señorita,— dijo Pepito deseoso de

salir de aquella situación embarazosa y encaminándose hacia la salida sin pensar en despedirse de los demás de la casa.

—Adios, Pepito,—contestó Teresa estrechando la mano que aquél le tendía.—Espero que no me guardará rencor, porque no es mía la culpa de que haya tenido que desairarle.

—A Vd. no se le puede guardar rencor, —contestó el jóven con voz desfallecida y alejándose rápidamente sin volver la vista hacia atrás.

Doña Agustina que había empujado á Pepito á que anticipase una declaración que él deseaba retardar hasta que la jóven le diese alguna prueba de simpatía ó de afecto. había presenciado la escena desde la galería de la casa, adivinando la negativa de su hija agravada por la coincidencia lamenble de que en aquel mismo momento pasase el otro por delante de la casa. No había tal coincidencia, sin embargo, pues el día anterior Silvio había anunciado á Teresa que pasaría más ó menos á la hora aquella. Precisamente el traslado á la quinta había llenado de satisfacción á los dos enamorados. Allí en el campo podrían verse y hablarse con más libertad, sin temer las miradas in-

discretas de tanta gente. El mismo día de su llegada á Adrogué, Teresa escribió á Silvio dándole cuenta de la ubicación precisa de la quinta y fijándole hora para que se dejase ver al día siguiente. Y en la primera entrevista resolvieron de común acuerdo obrar con menos sujeción, verse y hablarse con toda libertad á través de la puerta cancel ó de la reja de hierro que adornaba el frente y que aún que cubierta de enredadera dejaba intersticios suficientes para ver de adentro afuera y viceversa.

—Con esto no hacemos ningún mal. Papá y mamá te conocen y te contestarán al saludo y, una vez que se acostumbren á vernos, acabarán por darte permiso para que entres en casa y por consentir en que nos casemos.

—Está claro,—agregó él.—Hemos sido demasiado tímidos. Hay que salir cuanto antes de esta situación de incertidumbre.

Y para estar mejor en condiciones de hablar con Teresa a todas horas, á los dos días se trasladó él también á Adrogué y se instaló en el hotel La Delicia.

En la tarde á que nos referimos, la vista de Pepito en íntimo coloquio con Teresa causó una revolución en las entrañas de Silvio. No sabía quien era, pero ya había tro-

pezado con él varias veces en Buenos Aires, frente á la casa de su novia y, como es natural, le era soberanamente antipático. Este sentimiento lo retribuía Pepito en la misma moneda.

Como es facil suponerlo, no se alejó mucho de la quinta y no tardó en volver á pasar frente á ella; así que cuando Teresa, imaginando sus sospechas y su estado de ánimo, le quiso hacer un signo de cabeza para que se aproximase á fin de tranquilizarlo respecto á la presencia del joven, imponiéndole de los antecedentes y de lo que acababa de ocurrir, no tuvo que hacer ningun esfuerzo, porque se lo encontró en seguida á pocos pasos de distancia.

Pero esta maniobra, presenciada con ansiedad y disgusto, acabó por exasperar á Doña Agustina y por hacerle perder la serenidad y la paciencia de que había dado prueba hasta entonces. Hizo llamar á su hija, la puso como no digan dueñas y la prohibió que volviese á hablar con aquel «desvergonzado»,—así se atrevió á calificar á Silvio,—ni de cerca, ni de lejos, ni estando adentro de la casa ni fuera de ella. Y como necesitaba desahogar su irritación, empleó el resto de la tarde en informar y excitar á su

esposo y á su hijo mayor, á medida que fueron llegando. Así que á la hora de comer había como tres máquinas parlantes debidamente montadas para emprenderla contra Teresa, á manera de nubes obscuras y amenazadoras que no pueden desaparecer sin desatar una tormenta y descargar el agua que contiene.

En la mesa Doña Agustina siguió insistiendo y el primero que la secundó fué su hijo Carlos, quien se atrevió á decir:

—A ese......

Pero un grito fuerte, agudo, penetrante, como de una voz de tiple extensa y poderosa resonó en el espacioso comedor:

—¡Carlos!—gritó Teresa al mismo tiempo que fulminaba á su hermano con una mirada terrible.

Y á Carlos se le helaron las palabras en los labios.

Hubo como un minuto largo de silencio incómodo, durante el cual hubiérase podido comprobar la molestia que aquel asunto y aquella conversación causaban al Sr. Martinez, un hombre pacífico como se ha dicho, enemigo de las peleas y de las situaciones violentas. Pero Doña Agustina no estaba dis-

puesta á ceder fácilmente el campo y al cabo de un rato exclamó:

—Esta se cree que porque es fuerte y ha intervenido alguna vez en lo que no le corresde, que nos tiene asustados á todos y que hemos de hacer lo que á ella se le antoja....

—Yo no asusto á nadie, ni me meto con nadie, pero no puedo admitir que se me obligue á hacer zalamerías á quien no quiero y á maltratar á quien quiero con todo el alma.

—Lo hago por tu bien.

—Pues un bien repugnante al que debe recibirlo no debe ser bueno.

—Está bien, pero que no sea ni el uno, ni el otro. Así quedaremos en paz.

—Vd. lo arregla muy fácilmente, como si fuera cosa de comerse un bizcocho ó no comerlo. Claro, como no es Vd. la que está enomorada......

—Dale con sus amores. No lo veas más y lo olvidarás en ocho días. Pronto iremos á Mar del Plata y allí podrás distraerte y perderlo de vista.

—Si no es más que por eso podemos ahorrar el viaje. Allí vendrá él también y lo veré lo mismo que aquí.

—Pero ¿habráse visto descaro más gran-

de? ¿No te decía yo que nos amenaza y que hay que hacer solamente lo que ella quiere?—añadió Doña Agustina, dirigiéndose á su esposo.

—Vamos Teresa,—dijo el señor Martinez tanto por decir algo y salvar su autoridad invocada por doña Agustina.—Sabemos que eres buena y no harás irritar á tu mamá.

—Yo no me explico el papel que está haciendo mamá y el empeño que tiene en que me enamore de quien le gusta á ella y no de quien me gusta á mí. Me voy, no tengo ganas de comer,—dijo Teresa levantándose para que no la vieran llorar, porque las lágrimas asomaban á sus pupilas y temía no poder disimularlas. Eran lágrimas de dolor, de despecho, de cólera, de desaliento por las contrariedades con que tropezaba.

—Se vuelve intratable, — agregó doña Agustina, apenas Teresa hubo salido. Hay que obligarla á obedecer.

—Yo no creo que sea un gran delito amar á un jóven que puede muy bien ser digno de ella, puesto que lo estamos criticando sin conocerlo,—observó Cárlos que en breves momentos había reaccionado en favor de su hermana. No conocía á Silvio más que de

vista, pero no le había resultado antipático ni mucho ménos.

—Eso es, hay que tomar informes,—agregó el señor Martinez, quién encontró en la nueva actitud de su hijo un punto de apoyo más sólido que el de Arquímedes, alegrándose infinitamente de ello.

En ese momento resonó el estampido de un disparo que repercutió siniestramente en la quietud del espacioso comedor. Parecía hecho á pocos pasos de distancia, detrás de la casa, en el mismo jardín. Los comensales se miraron unos á otros, azorados, pálidos, llenos de espanto.

Cárlos y su padre se levantaron para ir á informarse, mientras doña Agustina, más muerta que viva exclamaba:

—¿Qué será?

Casi instantáneamento se oyeron otros dos disparos, uno después de otro. Doña Agustina quiso levantarse, pero no pudo: estaba casi desmayada y las piernas le flaqueaban. Leonor, la hermana menor de Teresa fué á abrazar á su madre, diciendo asustada:

—¿Qué será, mamita?

—¡Ay Dios mío! — exclamó ésta. — Nos matarán á sustos.

—¡Teresa! ¡Teresa!—gritó Cárlos una vez

afuera?—¿Ha visto Vd. á la señorita? —agregó al ver aparecer á Francisco, el quintero, acompañado de dos perros que ladraban de una manera endiablada.

—Aquí estaba hace un momento, pero ha salido al oír los tiros que están disparando ahí enfrente. Mi mujer y mi hijo han ido con ella.

El padre y el hijo al oír esto lanzaron un gran suspiro de satisfacción y aspiraron á plenos pulmones el aire balsámico de la noche. Nada le había pasado á Teresa, de ella no habían partidos los tiros. La idea de que algo terrible pudiese haber ocurrido como efecto de la desesperación en que la habían sumido los ataques de doña Agustina había cruzado por la imaginación del anciano y del jóven y también de doña Agustina.

—Vé á tranquilizar á tu madre, —dijo el señor Martinez; —yo voy á ver lo que pasa.

En el intérvalo se habían oído otros cinco ó seis disparos. Como á cien metros de distancia en la misma calle veíase alguna gente del pueblo y un grupo de vigilantes con revólveres en manos con los que apuntaban hácia la parte alta de un chalet que

tenían enfrente. El señor Martinez al aproximarse encontró á Teresa que estaba discutiendo con un oficial de policía.

—¿Qué hay? ¿Qué están Vds. haciendo? —había dicho la jóven al llegar, dirigiéndose al que parecía y era efectivamente un oficial, sin que la preocupara el peligro á que se exponía, poniéndose en lugar visible frente al chalet, sin buscar abrigo detrás de los árboles como lo hacían los vigilantes y los curiosos.

—Hay un ladrón,—contestó el oficial.—Lo ha visto la señora y como no ha tenido tiempo de escapar ha ido á esconderse sobre el tejado. Véalo Vd. allá con una carabina que está apuntando contra nosotros.

Teresa miró y vió, en efecto, en el centro del techo á un hombre de pié que parecía apuntar con un arma de fuego en la dirección en que se encontraban ella y los vigilantes. Le llamó en seguida la atención la inmovilidad del individuo, así que para cerciorarse mejor y sin hacer caso de las órdenes de su padre, quien la mandaba retirarse, ni de los aspavientos del oficial y de los vigilantes, avanzó más hacia la casa, notó que el individuo sin mover el cuerpo se alejaba ó aproximaba todo él del borde

del techo que ella había tomado como punto de comparación, y al cabo de un momento, retrocedió exclamando:

—¡Pero, si es una sombra!

—¡Hé! ¿Que dice Vd.?—balbuceó el oficial.

—Que no hay nada en el techo. Acérquese Vd. y verá como la figura cambia de forma y ya no parece un hombre.

Todos se acercaron, alguien subió al tejado, brotaron expontáneas las risas y las bromas y el ladrón resultó una quimera contra la cual se habían disparado doce tiros. Sin embargo, la señora de la casa aseguraba haber visto á un hombre que se había subido al balcón, lo que la había hecho pasar el susto consiguiente é inducido á pedir auxilio. Tal vez la señora tenía razón; pero lo cierto es que no había ningun hombre en las azotea, como es cierto también que la sombra proyectada por los eucalíptus y otros árboles que rodeaban al chalet formaba combinaciones tan curiosas que á la luz de la luna el tronco de uno de los árboles simulaba desde el punto en que se habían colocado los vecinos y los guardianes del orden un hombre agazapado que apunta con un fusil y que va á fulminar al primero que se atreva á pasar adelante.

VI

Entrevistas nocturnas que no aprovechan solamente á los enamorados

Teresa y Silvio no se volvieron á hablar de día frente á la quinta, porque aquella no quería desobedecer ni contrariar á su madre, esperanzada como estaba todavía de atraersela y obtener su consentimiento; pero se veían varias veces por día, se saludaban y sonrían de lejos y se decían con las miradas esas mil cosas *che san soltanto dir gli innamorati*, «que solo saben decir los enamorados» segun la expresión de un poeta. Silvio cumplía bien el propósito de no tener sujeción, de propalar su amor á todos los vientos. La pasión lo había transformado: no era ya el joven tímido, empachado ante las gentes de la buena sociedad y tembloroso delante de las jóvenes y, sobre todo, de la que llenaba todos sus pensamientos, toda su

vida: marchaba con la cabeza erguida, con aire resuelto y parecía tener el don de la ubicuidad ó de la adivinación, como suelen tenerlo los enamorados, según ha dicho Paul Bourget, porque aparecía detrás de Teresa no solo en las salidas acostumbradas, en las horas de la tarde ó de la noche, cuando iba á pasear en coche por las calles ó á esperar á alguien á la estación del ferrocarril ó á oir música en los jardines del hotel La Delicia; no solo cuando iba á misa en los días de fiesta, si no á cualquier hora que se le ocurriese salir para ir de visita ó para trasladarse á la capital, siempre, naturalmente, en compañía de algún miembro de la familia. En la República Argentina como en las demás naciones de origen latino, las jóvenes solteras de la buena sociedad están muy sujetas, son esclavas de muchas preocupaciones y reticencias molestas y envidian con razón la libertad de que disfrutan sus coétaneas en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos.

Las principales familias de la localidad conocían las relaciones de Silvio y Teresa y se habían dado cuenta también de que eran resistidas por la familia. Y la opinión general, no obstante la envidia de la mayor parte de las niñas que aspiraban á cambiar

de estado, era favorable á los jóvenes, no solo por la aureola de heroina que rodeaba á Teresa y que la había seguido en su nueva residencia, si no porque la opinión se inclina siempre del lado más bello y simpático de las cosas, prefiriendo la primavera al otoño, lo que es fresco, bello, joven, robusto expontáneo y franco á lo que es anticuado, caduco, artificial, hecho de reflexión y de cálculos.

Al día siguiente de la escena que hemos referido en el capítulo anterior, Teresa había reprendido severamente á su hermano Carlos por la actitud que había asumido en la mesa la noche antes; pero al enterarse de que había reaccionado en seguida y que le ofrecía su apoyo, lo abrazó conmovida, dándole las gracias. No se resignó fácilmente, como es facil suponerlo, á dejar de hablar á Silvio, mucho más que este, al conocer la prohibición que ella le comunicó por escrito, la suplicó en una carta extensa que le hizo llegar en la forma que ella indicaba ó sea por medio de la familia del quintero, que no lo sometiese á esa tortura, que encontrase la manera de que pudiesen hablarse aunque fuese á cualquier hora de la noche. Y Teresa la encontró á los dos días, conquistándose

á la mujer del quintero, una lombarda gruesa y de buen corazón que había visto á la señorita la noche de los tiros y que no deseaba otra cosa que ser útil á una niña tan valiente como ella. Los dos enamorados se encontraban entre once y media y doce de la noche y hablaban durante una hora á un costado de la quinta que daba acceso á las habitaciones del quintero, entrando Silvio por la puerta que abría la mujer de aquel las primeras veces, pero después la misma Teresa, porque la quintera, cansada del trabajo, casi siempre esperaba durmiendo y Teresa compadecida de élla, había acabado por pedirle la llave para no despertarla, si dormía, hasta el mismo momento en que ella quería retirarse. Teresa se levantaba después de haberse acostado toda la familia, lo que generalmente sucedía á las 11. Ella dormía en una misma pieza con su hermanita Leonor, pero como esta correteaba todo el día por la quinta y fuera de ella con otras amiguitas de su edad, dormía profundamente pocos minutos después de ponerse en la cama, así que Teresa, ya medio vestida, podía acabar de vestirse y salir de la habitación sin temor alguno. El perro de la casa había visto á Silvio hablar varias veces con Te-

resa frente al jardín de entrada, así que no ladraba al verle llegar, sino que le hacía grandes fiestas hasta que se le mandaba estarse quieto, como si comprendiese que no debia estorbar, sino amparar con su presencia algo digno de la protección de un perro.

Las contrariedades abatían á Silvio.—No nos dejarán casar,—volvía á repetir.

Pero Teresa lo alentaba.

—No desesperes, pues hemos de triunfar. Y si no fuese posible ya veríamos más tarde lo que conviene hacer. Por de pronto mi papá no se opone y mi hermano Carlos me ha prometido su apoyo. Mi mamá no es mala y me quiere, pero no le has caido en gracia y se ha propuesto impedir nuestro casamiento; pero no ha de resistir mucho tiempo.

Pepito Gonzalez había vuelto una sola vez desde el desahucio de Teresa, entreniendose en larga conversación con Doña Agustina; pero en la segunda ó tercera entrevista nocturna, Silvio había referido á su novia que había tropezado con él dos ó tres veces en el pueblo como si buscase los encuentros, que lo miraba con aire provocativo y que temía no poder contenerse y verse obligado á pedirle cuenta de su actitud ó hacerle sentir

el peso de sus puños si volvía á mirarle en aquella forma.

—Cuidado con hacerlo, ni con provocar ningun incidente que obligue á un duelo,— exclamó Teresa.—Esto podría ser causa de que me enojára yo también contigo y que las dificultades que existen se agravasen en vez de resolverse.

Y á los dos días al ver á Pepito que pasaba frente á la quinta sin detenerse le llamó y le dijo:

—Señor Gonzalez, si Vd. dá lugar á que haya alguna cuestión con mi novio, yo le suscitaré otra inmediatamente y mucho más grave y es conmigo con quien tendrá que habérselas y no con él.

—Sería curioso verlo.

—Pues lo verá Vd. si se atreve, con la particularidad de que yo le avergonzaré delante de gente y en forma que no podrá rehusar una satisfacción completa. Ni con armas en la mano ni sin ellas, yo no le temo á Vd. ni á otros mucho más guapos que usted.

—Tomaré nota de la advertencia.

Gonzalez estaba bien persuadido de que Teresa era capaz de hacer lo que afirmaba y mucho más, así que aunque quiso dar á

entender que se chanceaba de sus amenazas se abstuvo, por si acaso, de volver á buscar á Silvio, único medio de disimular un poco su cambio de actitud y de evitar el rídiculo á que se habría expuesto si Teresa, por ejemplo, lo abofeteaba en plena estación del ferrocarril en la hora de mayor concurrencia, ó lo hacía rodar por el suelo, aferrándolo con sus manos de bronce.

Los dos novios á su vez, tomaban sus precauciones, y de noche sobre todo, Silvio no iba nunca sin su revólver y ella cuando bajaba á las once y media para esperar á su novio se ponía en un bolsillo una pequeña pistola de dos tiros con empuñadura de nacar, un juguete en apariencia que bastaba, sin embargo, para herir ó matar, tirando á boca de jarro. Era una joya perfeccionada de la fabricación de armas que Teresa había adquirido en París, junto con un revolver de reducidas dimensiones, pero de fabricación perfecta. Estaba familiarizada con las armas, pues entre los deportes que había practicado figuraba también el ejercicio del tiro al blanco. Sin que nada se hubiesen dicho al respecto, los dos jóvenes recelaban de Pepito Gonzalez y creían conveniente estar sobre aviso. Silvio no iba

nunca á las citas por el mismo camino y marchaba cautelosamente, escudriñando las tinieblas, con la mano derecha sobre la empuñadura del revolver, como los gendarmes que quieren sorprender á los malhechores en la ejecución de un crímen. Los altos eucaliptus que adornan las calles de Adrogué, proyectan sombras que parecen abismos en los que pueden esconderse muchas personas lo mismo que detrás de los troncos corpulentos que de noche semejan pequeñas torres que van á perderse en el cielo. La luz que proyectan á trechos las lamparillas eléctricas, parecen contribuir á hacer más espesas las sombras.

Pero todo lo olvidaban los dos enamorados cuando estaban el uno cerca del otro, hablándose sumisamente, sintiendo sus palpitaciones en medio del silencio profundo de la noche sólo interrumpido á veces por el ladrido de algún perro, por el rodar de algún carruaje que transportaba á su casa algún habitante trasnochador llegado en los últimos trenes, por los murmullos de las hojas suavemente movidas por la brisa ó agitadas por el viento ó por esos ruidos casi imperceptibles que se forman en el campo, durante las noches de calma y que están

formados de respiración de aves y pájaros, de dialogos de plantas, de conversaciones misteriosas que se entablan, sin duda, entre las yerbas y las flores.

El ambiente estaba saturado de fragancias que emanaban de los rosales, limoneros y naranjos en flor, infundiendo placidez y bienestar á los sentidos y predisponiendo á las expansiones y á los ensueños.

Los dos jóvenes repetían en cada entrevista lo que se habían dicho cien veces y hacían planes sobre el futuro, como si ya estuviesen unidos por vínculos indisolubles. Eran sueños color de rosa, expresiones de ternura, ansias de goces, frases ardientes de amor, recuerdo de los primeros encuentros que les parecían ya lejanos, los que se comunicaban consolándose con el pensamiento de la felicidad futura que juzgaban asegurada y que exaltaban con imágenes y descripciones envidiables. Sumidos en la obscuridad más completa, detrás de las tupidas enredaderas que cubrían hasta esconderla la verja de hierro que limitaba la quinta por todas partes, no podían ser vistos por nadie desde afuera, ni ellos tampoco podían ver como no fuese aproximándose á la puerta de ingreso, pero podían oír las

conversaciones de los que pasaban por la calle, en la vereda que corría á lo largo del jardín por el lado de afuera. Ellos, por su parte, hablaban sumisamente y callaban cuando oían algún ruido inusitado ó pasos de algún transeunte que se aproximaba.

Una noche, poco después de las 12, noche por cierto muy calurosa como las hay á veces en Noviembre, oyeron, casi conteniendo la respiración el siguiente diálogo, sostenido en voz baja por dos individuos que se habían aproximado casi sin sentirlos y que hablaban en el *argot* de los malhechores del que haremos gracias al lector, para no fastidiarlo, reduciéndolo á términos más inteligibles:

—Estamos cerca, no falta más que una cuadra,—dijo uno de ellos.

—Pero en que quedamos,—agregó muy bajito el otro,—¿la despachamos á la vieja ó la dejamos estar?

—Una vez adentro veremos,—dijo el otro. —Si es necesario un buen tajo en el cuello y listos.

Como los dos siguieron caminando, no fué posible oir más, pero esto bastó para que en el acto se despertaran los instintos pesquisidores de Teresa, quien, aferrando vigoro-

samente con una mano el antebrazo izquierdo de Silvio, le dijo en voz baja, pero concitada:

—¿Has oído? Se trata de un crímen.

—Me parece á mi tambien,—contestó él.

—¿Estás armado?

—Sí, tengo mi revolver.

—Entonces salgamos con precaución á ver si los sorprendemos.

—No, saldré yo solo,—replicó Silvio.—No quiero que te expongas.

—No faltaría más. Yo no tengo miedo y, además, me gustan estas aventuras.

—No, no quiero. Iré yo, tiraré un tiro al aire para asustarlos y llamar la atención de la policía y asunto concluído.

—Nada de tiros ni de alarmas,—exclamó Teresa.—Se escaparían y hay que atraparlos.

Al decir esto Teresa se había aproximado á la puerta, la había abierto y había salido á la calle. Silvio la siguió, cerrando la puerta tras de sí con gran desesperación del perro de guardia que dormitando al pié de la mujer del quintero no llegó á tiempo para acompañar á su joven ama á la que acostumbraba seguir con frecuencia. En aquel momento se oyeron unos furiosos ladridos de

perro que cesaron bruscamente acabando en unos cuantos aullidos agudos y prolongados

—Han matado el perro,—exclamó Teresa.

Silvio la rogó nuevamente que se quedase, que él iría á ver, que no debía exponerse; pero todo fué inútil, porque Teresa seguía avanzando y él, conteniéndola, tuvo que impedir que se adelantara dejándolo á él detrás, para irse sola al encuentro de los dos criminales que sin duda debían estar armados.

Habrían andado poco más de cien metros por la misma calle Mitre, cuando á la escasísima luz que las lámparas del alumbrado enviaban á lo lejos vieron dos bultos arrimados á las persianas de una de las ventatanas laterales de la casa de enfrente, al otro lado de la calle, que era de la familia Mortera. Según los cálculos de Teresa, después de escalar la verja, ahora forcejeaban para abrir las persianas y entrar en la casa porque debían haberse cerciorado que la ventana estaba abierta por dentro á causa del calor. Le sorprendía que dos hombres solamente quisieran ir á robar en una casa á donde vivía una familia numerosa cuyo jefe era un hombre maduro pero robusto, teniendo además un hijo de unos veinte años, alto tambien y vigoroso; pero los ladrones sabían,

sin duda, lo que ignoraba Teresa, que la familia había tenido que marcharse el día anterior á La Plata para asistir á un pariente gravemente enfermo y que solo habían quedado en la casa la abuela, madre de la señora, y una sirvienta.

Teresa había supuesto bien: al cabo de unos minutos de estar en acecho con Silvio encogida detrás del tronco de un eucalipto colosal, vió que las persianas se abrían y que los dos bultos subían por la ventana y desaparecían dentro de la casa.

En aquel mismo momento sintieron el ruido de un caballo que se aproximaba al paso y vieron llegar á un joven á caballo, seguido á poca distancia de un vigilante tambien montado. Era un oficial de policía, que hacia la ronda. De *motu propio*, sin consultar á Teresa, Silvio salió de la sombra y aproximándose al borde de la vereda para ser oído mejor, exclamó:

—Señor oficial, ahí en esa casa han entrado dos ladrones.

—¿Cómo? ¿Qué dice Vd.?

—Sí, señor, los hemos visto nosotros,—señalando á Teresa que se había aproximado.

—¿Por donde han entrado?

—Por la persiana de la derecha, después

de forcejear y abrirla,— contestó señalando con el brazo derecho.

El acto de Silvio no fué del agrado de Teresa, tanto más que el oficial, después de echar pié a tierra, soltar el caballo y ordenar al vigilante que hiciera lo mismo, gritó:

—Juan, toca auxilio.

Tres largos y prolongados chirridos de pito resonaron en el silencio de la noche.

—Vaya una manera de sorprender ladrones,—pensó Teresa.

Y como el oficial se alejó en seguida, encaramándose por la verja con ligereza para entrar en la quinta y ordenando al vigilante que lo siguiese, le dijo á Silvio:

—Verás como se les escapan. Era mejor no haberles dicho nada. Nosotros habríamos bastado para prenderlos.

Diremos de paso que el oficial no era el mismo á que nos hemos referimos en el capítulo anterior. Este había sido relevado después de la hazaña de la sombra convertida en cuerpo, una vez que ella llegó á conocimiento del jefe de policía de la provincia. El nuevo oficial era mucho más arrojado é inteligente.

Pero en aquel momento Teresa vió que se abrían las persianas de la ventana por donde

habían entrado los ladrones. Estos habiendo oído el toque de auxilio, se asomaban alarmados á ver lo que ocurría.

—Ya salen,—susurró Teresa, y agitada, nerviosa, impaciente se corrió con rapidéz hacia un punto obscurísimo en él que habría sido imposible distinguir á nadie á dos pasos. Silvio la siguió automáticamente, sin decir una palabra.

—Han de huir por la parte más obscura si no los detienen,—pensó.

En efecto, los dos cacos, al oir pasos dentro del jardín supusieron que alguién los había expiado y se ponía en acecho para sorprenderlos, por lo que sin vacilar saltaron nuevamente por la ventana para ponerse en salvo. Pero en aquel mismo instante llegaba el oficial revolver en mano, seguido por el vigilante que había desenvainado su sable. El oficial les dió el alto, que no obedecieron, como es natural, echando á correr en dirección distinta para desorientar la persecución. El oficial soltó dos tiros que no dieron en blanco y corrió detrás de uno de los ladrones al mismo tiempo que gritaba al vigilante que se cuidase del otro. Este, más ligero que un gato asustado, desorientó en seguida al guardian del orden y trepó por la reja saltando

á la calle en el punto mismo que había previsto Teresa. En la obscuridad no vió á nadie y echó á correr por el lado en que Silvio y Teresa estaban en acecho.

Aquel iba á tirarle á quema ropa con su revolver; pero Teresa lo contuvo y, por su parte, cuando el individuo iba á echar á correr, lo aferró por la ropa á la altura del cuello y le dió tal estirón que lo hizo caer hácia atrás con todo el peso de su cuerpo, recibiendo un golpe tremendo que no lo afectó, sin embargo, porque se puso inmediatamente de pié manejando un cuchillo con el que produjo una leve herida cortante en el brazo izquierdo de Silvio, quien se le había echado encima para sujetarlo. El ladrón era un joven flaco y esbelto, que habría tal vez despachado á navajazos á sus dos perseguidores, si en seguida no se le hubiese echado encima el vigilante que lo perseguía y otros dos que llegaron en aquel instante acudiendo al toque de auxilio.

Entretanto en el jardín de la quinta el oficial continuaba persiguiendo, en carrera extraña y fantástica, al otro ladrón, un hombre vigoroso de 34 años, según se supo después, que tambien blandía en la mano derecha un largo y afilado cuchillo y que

habría hecho frente á no temer el revolver y á tener la seguridad de poder huir sin ser detenido por los vigilantes. El oficial había disparado otros tres tiros y uno de estos había herido al ladrón en el hombro derecho; pero no se había detenido por esto, haciendolo solo cuando uno de los vigilantes que había entrado en el jardín para auxiliar á su superior, le salió al encuentro por delante, dándole el alto para advertir al oficial á fin de que no tirase y poniéndole al pecho la punta de su sable.

Ha sido aquella una de las poquísimas y más serias tentativas de robo llevadas á cabo en el transcurso de una serie de años en el mencionado pueblo veraniego, tan frecuentado y pintoresco, poblado por gente honrada y pacífica hasta en las clases más humildes que le han dado merecida fama de lugar tranquilo y seguro desde el punto de vista del respeto á lo ajeno. Los dos ladrones. como es facil suponerlo, eran desconocidos en Adrogué, pero en cambio eran antiguos conocidos de la policía de Buenos Aires.

Esta vez tuvo que reconocer Teresa que la policía tambien sabía obrar con acierto y llegar alguna vez á tiempo. Cuando supo

al día siguiente que en la casa solo habia aquella noche la anciana madre de la señora con una muger de servicio, comprendió que sin la alarma producida por el oficial, tal vez los dos criminales habrían tenido tiempo de cometer un asesinato.

Apenas llegó á la calle el oficial Pedro Pizarro, después de enterarse de lo ocurrido con el otro ladrón y disponer el envío de los dos al local de la comisaría, buscó á Teresa y á Silvio entre las personas que se habían reunido frente á la casa atraidas por las detonaciones y por los toques de auxilio; pero aquellos se habían escabullido apenas los vigilantes lograron sujetar al primer criminal, porque no querían aparecer inmiscuidos en el hecho, ni ser reconocidos por las personas que se iban reuniendo y temían, por otra parte, que el ruido despertase también algún miembro de la familia Martinez. Así que al llegar á la quinta Teresa se despidió inmediatamente de su novio después de cerciorarse que la herida por el recibida en el brazo izquierdo no tenía importancia, pues el navajazo no había penetrado la carne. Sólo había cortado la ropa y hecho un rasguño super-

ficial sobre la piel sin producir hemorragia.

El oficial, calculando que los dos jóvenes querían guardar el incógnito, tuvo el buen tino de no mencionarlos en el parte que redactó dando cuenta del hecho, á pesar de que los conocía de vista, y le habría sido fácil averiguar sus nombres y domicilios.



VII

Una hazaña de Pepito González

Los ladrones sorprendidos en la quinta Mortera, el robo frustrado, los detalles impresionantes de la persecución dentro del jardín, la detención de uno de los criminales que había logrado huir y que había sido detenido por dos jóvenes que no se sabía quienes fuesen, constituían un asunto demasiado interesante para que no hablasen de él extensamente los habitantes ociosos de una población veraniega. Era un capítulo de novela en acción que se prestaba á despertar emociones y suscitar comentarios. El relato de la captura corrió de boca en boca, ampliado, desfigurado, como si todos los vecinos hubiesen presenciado el suceso, como si todos hubiesen tenido alguna parte en él.

El oficial, serio y pundonoroso, no fué

ciertamente él que más habló; pero hablaron por él los vigilantes y algunos vecinos que aunque llegaron cuando los ladrones estaban bien asegurados, se enteraron apresuradamente la noche misma de lo que había ocurrido.

Tanto se dijo y tanto se repetía el nombre de Teresa en la mayor parte de las versiones que la cosa llegó tambien á oídos de Cárlos, el hermano de aquella, el cual, para saber á que atenerse interpeló á su hermana.

—¿Es cierto que detuviste á uno de los ladrones la noche del robo?

—Es cierto.

—Refiéreme como pasó el hecho. Te prometo guardar el secreto.

Y Teresa refirió con exactitud lo que había visto y la parte que le había correspondido en la hazaña.

—Temo que algún día te cuesten caros estos atrevimientos y que te suceda alguna desgracia.

La familia de Mortera quiso hacer un buen regalo al oficial de policía para demostrarle su agradecimiento, é hizo expresar con toda discreción á Teresa su deseo de ofrecerle un buen recuerdo, sabiendo que á

ella más que á nadie se debía la salvación de la anciana señora; pero el oficial rehusó, diciendo que solo había cumplido con su deber y Teresa negó que hubiese contraído mérito alguno, ni tenido participación en el hecho, agregando que, á su juicio, el oficial de policía era el único que merecía ser obsequiado.

Pepito Gonzalez hacía raras y breves apariciones en la casa de Martinez, pero las hacía frecuentes en los alrededores de la misma y figuraba entre los pocos que habían descubierto las entrevistas nocturnas de los dos novios y que, por consiguiente, no podía dudar de la veracidad de las versiones que atribuían á Teresa una intervención eficaz y directa en la sorpresa y detención de los ladrones de casa Mortera.

Su afecto por Teresa había crecido en razón directa de la resistencia con que había tropezado, convirtiéndose en una pasión furiosa. Ante la imposibilidad de satisfacerla, le entró un deseo irresistible de venganza. En esto también se confirma el adagio de que los extremos se tocan: diríase que del amor se pasa al odio con una facilidad asombrosa. En menos de quince días concibió numerosos proyectos, á cual más descabella-

do, pero inspirados todos en el propósito de castigar á los que nada le habían hecho, á Silvio y á Teresa. Esto es muy común cuando el espíritu está excitado y la pasión ofusca, haciendo perder la ecuanimidad y buen criterio con que se aprecian las cosas de la vida diaria. ¿No son acaso los enamorados los que cometen á veces los crímenes más feroces? Por celos, por despecho, por una contestación ambígua, por una negativa insignificante se clava el puñal en el pecho de la mujer que se ama sin considerar que con ello se ocasiona la pérdida definitiva de aquello mismo que se quisiera poseer en forma absoluta é incontrastable. El dominio de sí mismos no se recobra si no después de una realidad abrumadora y terrible. de una sacudida violenta.

Gonzalez habría querido hacer desaparecer á Silvio del mundo de los vivos y para ello pensaba provocarlo sin hacer caso de la amenaza de Teresa, ó bien encargar á dos ó tres hombres asalariados que lo atacasen en alguna de sus excursiones nocturnas á manera de los bravos del siglo XVI de que habla Manzoni, dejándolo tendido en una vereda como don Juan dejaba tendidos á sus rivales; pero sentía aún más vi-

vo y más fuerte el deseo de humillar á Teresa, de quebrar aquella naturaleza vigorosa é indomable, hacerla perder la confianza que se tenía en si misma y que la llevaba á desafiar los mayores peligros y á imponer respeto hasta á los jóvenes más atrevidos y más valientes. En esto acabó por fijarse y por concebir un plan diabólico, digno de los enamorados de los siglos caballerescos, no de estos tiempos vulgares y prosaicos en que todo se olvida de la mañana á la noche, en que todo pasa pedestremente, de la manera más llana y sencilla, sin originalidad y sin gracia. Es sorprendente como los planes más fantásticos y peligrosos anidan en las cabezas exaltadas por un concepto ó por otro, son acariciados y llevados á la práctica con fruición, como si no hubiesen de traer consecuencias, de producir complicaciones. Apoderarse de Teresa, tenerla á su disposición, verla rendida á sus piés, poderla manosear á su antojo, tal era el plan concebido por González. Pero su ejecución no era fácil, sabiendo que Teresa no se asustaba por nada, que era capaz de hacer frente á media docena de hombres y de despachar para el otro mundo al que la hiciese violencia. Sin embargo poco faltó

para que la ejecución diera el resultado previsto.

Una noche, como á las 11 y media, cuando Teresa acababa de llegar á la parte lateral de la quinta para esperar á Silvio, sintió que dos hombres pasaban corriendo, al mismo tiempo que gritaban:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Al ladrón! ¡Al asesino!

Aunque habría podido notarse que los gritos eran ahogados, como si no se quisiera que fuesen oídos por todos, no se necesitaba más para que Teresa saliese por la puerta y avanzase en la dirección en que había visto correr á los hombres. Después de haber andado poco más de media cuadra los perdió de vista, no volvió á sentir ningún ruido y en cambio vió un poco más allá un bulto negro en medio de la calle que debía ser un coche ó un automóvil. Se detuvo para oír y observar mejor y en aquel instante tres hombres salieron de las sombras y se le echaron encima sin darle tiempo para hacer ningún movimiento, sujetándola dos de ellos fuertemente por los brazos, mientras el otro le tapaba la boca con un pañuelo y le ponía cloroformo debajo de la nariz para adormecerla y hacer cesar

su resistencia. El perro que había seguido á Teresa ladraba con furia y se iba echando encima de los hombres, pero estos con la mayor rapidez levantaron en peso á Teresa, la llevaron al vehículo que esta había visto y que era un automóvil, subieron todos á él y se alejaron con la mayor velocidad. En el momento en que el automóvil dobló la calle Espora en dirección á la calle Divisoria, desembocó Silvió por una de las esquinas de la misma calle.

En la obscuridad y dada la distancia á que pasó el vehículo y la rapidez que llevaba no pudo distinguir á los que iban en él; pero al ver el perro de casa Martinez que lo seguía ladrando, instantaneamente, como si fuese un caso de telepatía, sospechó lo que había ocurrido y sin vacilar, empuñando su revólver, se puso á correr detrás del automóvil, dando el *alto*, gritando á los asesinos, pidiendo auxilio, tirando dos tiros al aire para dar la alarma. No tardaron en asomar vecinos trasnochadores, y algunos jóvenes se unieron á Silvio para concurrir á la persecución, aumentando la gritería; pero el automóvil se alejaba con una velocidad de más de 60 kilómetros por hora é iba dejando atrás á todo el mundo,

siendo Silvio, el que volando más que corriendo, le iba más cerca, gritando siempre y llenando de miedo á los del automóvil que no habían previsto aquella persecución repentina é incesante. El amor ponía alas en sus piés y centuplicaba su poder de resistencia. Cuenta la historia que el general carlista Ramón Cabrera, que adquirió celebridad en la guerra que asoló á España de 1833 á 1840, tenía la especialidad de correr más que un caballo y que esa peculiaridad lo libró más de una vez de caer prisionero de las tropas de María Cristina en las diferentes ocasiones en que fiando en su facultad para huir con rapidez, se acercaba al enemigo y se mezclaba con él de incógnito para conocer sus fuerzas y descubrir sus movimientos. Una vez se apareció en medio de un escuadrón de caballería que acababa de echar pié á tierra y gritó: Si quieren ustedes pescar á Cabrera aquí está y se escapa en este momento.» Todos los hombres del escuadrón montaron á caballo y salieron detrás de él, pero no pudieron darle alcance por la velocidad y habilidad con que corría á través de un bosque, describiendo *zig-zag* que los caballos no podían ejecutar tan rápidamente como él lo hacía

Pues Silvió aventajó aquella noche á Cabrera y á todos los «corredores» habidos y por haber, tanto corría sin hacer caso de zarzales, troncos, piedras, hoyos y pantanos con que tropezaba continuamente. Un vigilante á caballo que se había aparecido en un jamelgo veterano y hasta el perro que seguía corriendo con un palmo de lengua fuera de las fauces abiertas, no habían podido seguirle á la par, iban quedando atrás. Al cabo de unos minutos, empero, acudiendo al ruido de las detonaciones, lo alcanzó el oficial Pizarro que montaba un caballo jóven y brioso y que enterado en pocas palabras de lo que ocurría, pronto dejó á todos atrás, lanzándose sólo con gritos, con disparos al aire en persecución del automóvil. Este había ganado mucho terreno y recorría ya la Avenida Meeks, después de haber recogido á Pepito González en un punto de la calle Divisoria convenido de antemano. Pero el hecho de la persecución inmediata había alarmado al autor de la hazaña, quién, sintiendo cada vez más cerca las detonaciones dió orden de parar un momento el automóvil para bajar á Teresa y dejarla en el borde de la calzada, debajo de una lámpara del alum-

brado, en lugar bien visible para que ningún conductor de vehículo ó de caballo pudiese pasar sin verla. Esta fué obra de pocos segundos, continuando después el automóvil su marcha vertiginosa. Teresa estaba rígida, insensible, casi muerta. Llegó el oficial y al ver á la jóven tendida se tiró del caballo y tocó auxilio. Poco después llegaron Silvio, dos vigilantes y el perro que eran los únicos que habían persistido en aquella carrera extraña y desenfrenada.

Silvio anhelante, con respiración afanosa, bañado en sudor, casi fuera de si, se inclinó sobre Teresa, la llamó por su nombre, la levantó uno de los brazos y, al sentirlo inerte, miró con angustia al oficial y exclamó:

—¡Parece que está muerta!

—¡No, no está muerta. Hé aplicado el oído hace un momento y la hé sentido respirar. Además está caliente. Debe estar desmayada.

Llegaron dos vigilantes montados que habían oido el toque de auxilio. El oficial ordenó á uno de ellos que fuese á buscar un coche en la estación de Lomas y al otro que viese si podía alcanzar á un automóvil que debía seguir en dirección á Buenos

Aires. Pero al cabo de un rato, habiendo llegado antes que el coche un oficial de la policía de Lomas, él de Adrogué lo informó brevemente de lo ocurrido, le aconsejó que fuese á telegrafiar á la Comisaría de Barracas al Norte solicitando que detuviese todo automóvil que viese llegar por la línea del tranvía eléctrico de Banfield y Lanús en cuya dirección habían seguido los autores del rapto. Silvio tenía los ojos fijos sobre Teresa, esperando con ansiedad, que hiciese algún movimiento que diese alguna señal de vida. Pero la inercia seguía, si bien la cara estuviese encendida, congestionada. De un chalet inmediato, cuyos habitantes habían acudido á ver lo que ocurría, trajeron una almohada, un vaso de agua fresca, con la que se salpicó la cara de la joven, y un frasco de agua de colonia que se le aproximó á la nariz pero sin resultado. También trajeron un colchón á pedido del oficial, quien se hizo responsable de su devolución. Llegó el coche, se colocó en él el colchón y sobre éste á Teresa levantada en peso por Silvio y por el oficial. Este montó su caballo y Silvio se acomodó en el pescante del vehículo que emprendió el camino de Temperley y Adrogué, siguiendo

ordenes que impartió el oficial Pizarro. Silvio había enmudecido, obraba como un autómata, en estado de semi-inconciencia, pálido, desencajado, como si estuviese soñando.

En la casa de Teresa, entretanto, reinaban la desesperación y la alarma. La mujer del quintero había salido á la calle, buscando á la señorita en las cercanías, llamándola por su nombre, pero al ver que no aparecía y que también había desaparecido el perro, hizo levantar á su esposo y á su hijo, despertó á los señores y los enteró de que la señorita Teresa, que había bajado para conversar con Silvio, no se encontraba por ninguna parte, había desaparecido. Martinez, su esposa y su hijo Carlos tuvieron un solo pensamiento: Teresa se ha escapado con Silvio.

Pero como el padre y el hijo, apenas levantados, salieron á la calle y encontraron á varias personas que comentaban el suceso, supieron bien pronto que las cosas habían pasado diversamente. A Silvio lo habían visto algunos correr desesperadamente detrás del automóvil, dando gritos, disparando tiros.

—¡Que será esto, Dios mio!—exclamó doña Agustina al oir las referencias.

El señor Martinez y su hijo entraban, salían, avanzaban algunos pasos en distintas direcciones, interpelaban á éste y al otro, estaban nerviosos, tenían deseos de correr, de hacer algo, sin saber que, sin decidirse á nada. A ratos todos los presentes callaban, como bajo la opresión de una gran desgracia, no sintiéndose más ruido que el murmullo de los árboles, triste como una plegaria. Por fin Carlos le dijo á su padre que iba á recorrer en volanta junto con el quintero y su hijo el camino que por las calles Espora y Divisoria lleva á Temperley. Pero mientras se mandó buscar la volanta á la estación del ferro-carril, á donde probablemente se encontraría alguna no obstante la hora avanzada, apareció el perro de la casa, jadeante pero alegre, el que dió señales de su presencia echándose primero en cima del quintero, después de Carlos y del Sr. Martinez. Retrocediendo un momento, diremos que el buen animal, al tropezar con Teresa tendida en el suelo se había puesto á lamerla la cara y las manos; pero actuando entre desconocidos, pues Silvio no estaba para atenderlo, había recibido más de un golpe por querer cumplir con su deber de adhesión y cariño. Entonces se ha-

bía hecho de lado y agazapado á descansar en un rincón, lo que bien necesitaba. Después siguió al coche en que iban Teresa y Silvio; pero como el oficial Pizarro había encargado á un vigilante que se adelantase para prevenir á la familia cuyas señas dió Silvió, el perro lo siguió, como si hubiese adivinado á donde iba y la misión que llevaba.

En efecto, detrás del perro llegó al galope el guardian del orden, el cual averiguando quién era el Sr. Martínez, le dijo que la niña venía atrás en un coche. Este iba despacio para no dar lugar á sacudimientos. Estaba desmayada. Tal vez convenía avisar á un médico. Varios se ofrecieron á ir á llamar al doctor Reto, pero se comisionó al quintero y á su hijo. Los demás se dirijieron al encuentro del coche que no tardó en aparecer.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? ¿Cómo está mi hija?—gritó el Sr. Martínez aproximándose al coche y mirando hacia el interior para ver á su hija, mientras Carlos hacía lo mismo por el otro lado.

Silvio saltó del pescante á tierra y contestó:

—No le ha pasado nada, está desmayada.

—Apártense y vamos siguiendo, que no hay tiempo que perder,—gritó el oficial Pizarro.

—Pero ¿qué ha ocurrido?—insistió el Sr. Martínez.

En el corto trayecto que faltaba para llegar á la casa, poco más de una cuadra, el Sr. Pizarro hizo un breve relato del rapto, de la fuga, de la persecución del automóvil y del encuentro de Teresa tendida en la Avenida Meeks. Y cuando el coche iba á parar, deseando sin duda contribuir con su grano de arena a unas relaciones que toda la localidad miraba con simpatía, bajó del caballo y terminó diciendo:

—A no ser por este joven que por azar tropezó con el automóvil desde el primer momento é inició en seguida la persecución dando la alarma, quién sabe lo que habría ocurrido.

El Sr. Martínez miró fijamente á Silvio, le estrechó fuertemente una mano y exclamó:

—¡Gracias!

Los ojos de Silvio se humedecieron. Tanta acumulación de sensaciones y de fatigas tenía que hacer crísis y quebrar, siquiera por un instante, su fortaleza y el empeño que había puesto en demostrarla y sostenerla.

Pero gracias á la obscuridad y á que cada cual estaba allí demasiado distraido y preocupado para fijarse en detalles, nadie se apercibió de sus lágrimas.

Carlos y su padre ayudados por las mujeres de servicio que se habían levantado y estaban en la puerta, aferraron las extremidades del colchón y levantando en peso á Teresa la llevaron dentro de la casa.

Doña Agustina apareció en la puerta del comedor y al ver aquél espectáculo gritó:

—!Teresa! ¡Teresa! ¡Hija mía!

Y como no oyera contestación rompió á llorar y se dejó caer sobre una silla, desolada y sin fuerzas como si sufriera un desmayo. Pero su esposo exclamó en tono suplicante:—¡Agustina¡— como para indicar que callase, que no aumentase la desolación, que ayudase á salir lo mejor posible de aquel trance doloroso.

Doña Agustina comprendió á su esposo y haciendo un gran esfuerzo dominó su impresión, se levantó é hizo llevar á Teresa á una habitación éspecial, la que estaba reservada para los huéspedes.

Silvio no había querido entrar. Estaba de pié en la puerta, arrimado á la reja, en un estado lastimoso. Temía suscitar los enojos

de Doña Agustina y como en sus cavilaciones había supuesto ya con exactitud á quien debía atribuirse el rapto, no quería echar á perder con insistencias é intromisiones abusivas el resultado favorable que esperaba obtener de su intervención en aquel asunto. Lo único que le preocupaba seriamente era el estado de Teresa. ¿Como explicarse aquel desmayo tan prolongado? ¿Volvería en sí? ¿Sería cosa pasajera ó el preludio de alguna enfermedad? ¿Y si muriese sin recobrar el conocimiento? ¡Oh! él no podría sobrevivir: moriría él tambien, pero no sin matar antes al que había sido causa de aquella desgracia

El médico tardó cerca de media hora en llegar. En ese tiempo Teresa había sido colocada en la cama y desnudada por su madre y por el ama de llaves.

Mientras se esperaba, el oficial Pizarro pidió permiso al señor Martinez para instalarse en el comedor y tomar declaraciones á Silvio y á la mujer del quintero. Así ganaría tiempo. La misión policial imponía deberes que no admitían espera.

—No faltaba más,—contestó el Sr. Martinez.—Después de lo que ha ocurrido, esta casa es su casa y si todo vá bien como

es de esperar, he de demostrárselo en alguna forma. Entre tanto permítame felicitarle por su brillante comportamiento de esta noche, aunque sé que no es el primer caso en que Vd. se hace honor.

El jóven Pizarro, que era trigueño, de ojos vivarachos, no muy alto de estatura, pero de facciones regulares, esbelto como una ardilla, agradeció con una simple mirada y con una ligera inclinación del cuerpo, comprendiendo que el momento no era oportuno para entretenerse en zalamerías y discursos. Todos buscaron con la vista á Silvio y se mostraron sorprendidos de no verle. Pizarro, adivinando, dijo:

—Debe estar afuera en la puerta. Es un jóven muy pundonoroso: no se habrá atrevido á entrar.

—Llámale Cárlos: es injusto lo que se ha hecho con él,—agregó el señor Martinez, aludiendo sin duda, á todo lo que había pasado. Doña Agustina, por fortuna, no podía oir, porque estaba al lado de Teresa.

Cárlos cumplió su misión y Silvio apareció en el comedor, pálido, descompuesto, lleno de tierra, con las ropas en desórden, denunciando en su aspecto lo que había hecho y lo que había sufrido en el espacio de

poco mas de una hora. El señor Martinez le comunicó el deseo del oficial y le dijo, además, que aquella era su casa y que podía entrar con toda confianza. La cara de Silvio se transformó, poniéndose radiante.

Apenas llegó el médico, examinó á la enferma que tenía la cara encendida, los ojos vítreos y que en aquel momento, al ser removida, hizo un movimiento brusco y pronunció algunas palabras confusas é ininteligibles con gran susto de doña Agustina, pero no del discípulo de Esculapio, quién dijo que las convulsiones eran un efecto de su estado y que no debían causar sorpresa.

—Parece que se le ha aplicado cloroformo para insensibilizarla,—dijo el médico.—Pero debe haber sido poca cosa.

La hizo colocar con la cabeza muy alta, casi sentada y ordenó que se le aplicase inmediatamente hielo en la cabeza. Si no había en la localidad era preciso ir á buscarlo en seguida á Lomas ó á Buenos Aires. Entre tanto se le podían poner paños de hilo mojados en agua fresca, renovándolos continuamente. Era preciso aplicarle también sinapismos á los pies y á las piernas.

El señor Martinez dispuso que se busca-

se hielo que afortunadamente pudo proporcionar, aunque en escasa cantidad, el Hotel La Delicia. Había lo suficiente para llegar hasta la mañana. Hecha la curación y dictadas sus disposiciones, el doctor Reto se se ofreció á permanecer allí hasta que la enferma volviese en sí, lo que fué aceptado de mil amores. Salió después al comedor, se informó de lo que había ocurrido y cediendo á las reiteradas instancias de los miembros de la familia, hizo el siguiente diagnóstico:

—La niña está congestionada, se le ha subido la sangre al cerebro. Es muy extraño, porque rara vez se ven casos de congestión cerebral en los jóvenes y menos en las mujeres. Pero la niña debe ser excitable y de temperamento sanguineo. El esfuerzo extraordinario que debe haber hecho para desligarse de los brazos que la sujetaban, la rabia de que se sintió poseida al reconocer su impotencia, han producido el ataque quizás antes de que se le aplicara el cloroformo, que probablemente no le ha hecho nada, porque claro está que si hubiese producido efecto antes del ataque, éste no podía tener lugar. Creo que no tardará en volver en si y que no habrá que lamentar

as consecuencias que esas congestiones sue-
en acarrear á las personas de cierta edad.
La juventud que significa vida y vigor, es
el mejor de los remedios.

Silvio había escuchado las palabras del
médico y se proponía no moverse hasta que
se cumpliese el pronóstico que había hecho.
Pero como el señor Pizarro se levantara
para despedirse, Silvio no sabía que actitud
tomar, que pretexto aducir para satisfacer
su deseo. Se armó de atrevimiento, sin em-
bargo, y aproximándose al señor Martinez,
quien le había inspirado confianza con sus
palabras bondadosas, primero se ofreció por
si querían utilizarle en algo, y como se le
dieran las gracias, dijo abiertamente que
habría querido quedarse á lo menos hasta
que Teresa hubiese vuelto en si y pudiese
irse más tranquilo.

—De todas maneras,—agregó.—yo no po-
dría ir á dormir y me quedaría rondando
la casa hasta saber á que atenerme.

El Sr. Martinez le agradeció mucho su
interés: pero insistió en que debía ir á acos-
tarse, porque lo necesitaba.

—Puede vd. volver mañana á la hora que
guste,—agregó;—y conviene que venga vd.

descansado y rehecho, porque tal vez su presencia sea necesaria.

Este último argumento fué decisivo é indujo á Silvio á retirarse más esperanzado y satisfecho, si bien no había dejado de observar que doña Agustina no había cambiado ningun saludo con él y fuese distracción ó disimulo, ni siquiera parecía haberse fijado en su presencia.



VIII

El Amor Triunfante

Mientras se esperaba con la ansiedad que puede suponerse que Teresa recuperase el conocimiento, fueron infinitos los comentarios y las conjeturas que se hicieron por los miembros de la familia Martinez sobre el hecho extraordinario que acababa de ocurrir.

—¿Quién podía tener interés en hacer esa afrenta á nuestra hija?—decía Martinez.—Porqué aquí no se trata de robo, se trata de que alguién ha querido apoderarse de ella y llevarla á alguna parte ¡quien sabe con que objeto! No puede ser otro que Pepito Gonzalez.

—Yo pienso lo mismo,—agregaba Carlos.—Pero tendrá que pagarla. Una vez que Teresa se reponga iré yo á buscarlo.

—No hay que obrar con precipitación,—

continuaba Martinez.—Las cosas han de esclarecerse y si se prueba que ha sido él. es de esperar que los jueces le impondrán la pena que merece por rapto de menor contra la voluntad de esta, lo que agrava más el delito.

—Y pensar que yo lo favorecía contra el otro,—exclamaba doña Agustina interviniendo alguna vez en la conversación.—Que no se presente más delante de mí porque soy capaz de pegarle. ¡Quien sabe la inquina que me va á tener ahora mi hija, que es tan buena, tan sumisa!. . .

El Dr. Reto sorprendía á veces, cuando salía de la habitación de Teresa, la conversación del padre y del hijo. Curioso é investigador, como la mayor parte de los médicos, se había enterado en seguida de los amores de Teresa con Silvio. de la oposición de doña Agustina. de las aspiraciones de Gonzalez. Para levantar el ánimo abatido de los miembros de la familia, echó mano de las frases de efecto. del arsenal de anécdotas y citas de que suelen estar provistos los médicos inteligentes para emplearlas en los momentos de aflicción y de apuro que son frecuentes para ellos cuando asisten á

enfermos graves, cuyo estado sume en la desesperación á los seres que los aman.

—No les quepa duda.—observaba.—que el raptor ha sido influido por la lectura de los raptos en automovil hechos ultimamente en Europa. Ustedes conocerán la escapada del tenor Bonci con una joven que podía ser su hija y el viaje de París al Havre de Mr. Gallay, que robó un millón de francos al Banco de Descuentos y que pudo hacer aquel largo trayecto con su querida y su botín sin que nadie lo molestase. Pero esto no es nada todavía. Los progresos de la aviación proceden tan rápidamente que pronto los raptos en automovil serán sustituidos por los raptos en globo. Y entonces sí que no habrá persecución posible, porque no se podrá correr detrás de un aereoplano si no con otro aereoplano más rápido. A no ser que la perfección llegue á tal punto que se pongan los globos y aereoplanos al alcance de todo el mundo y se los pueda manejar tan facilmente como una bicicleta ó un automovil. Por lo demás, no hay que dar demasiada importancia á las acciones de los jóvenes enamorados ó despechados: las locuras que se les ocurre á ellos entran en la región de lo absurdo y me río yo de la fantasía de los novelistas,

porque más de una vez la realidad supera las invenciones que hacen sonreir é inspiran incredulidad por lo estrafalarias. Precisamente el otro día me quedé asombrado ante la persistencia y credulidad de esa joven inglesa que se dejó enamorar por un tal Emilio San Pedro que regresaba de Buenos Aires á España, que se hizo pasar por teniente de navío español, por hijo de almirante y más tarde por principe de Battenberg, por capitán de infantería y que se yó más, cuando no era otra cosa que un vulgar estafador. Es cierto que la lectura de tantas novelas, buenas y malas, que andan por las manos de todos, deben excitar á más de una imaginación juvenil y empujarla á cometer extravíos.

Y aquí refirió el doctor algunos hechos curiosos deducidos de sus largas lecturas y de los sucesos de actualidad que llenan á diario las columnas de los periódicos. Después recomendó que al recuperar los sentidos la joven se procediera con prudencia, secundándola en todo y evitandole enojos y contrariedades.

—Dado su temperamento,—decía,—apenas recupere su energía habitual y recuerde lo ocurrido, ha de ponerse furiosa, impaciente

y con deseos irresistibles de levantarse é ir á castigar al que suponga responsable de la indigna aventura. Hay que tratar de calmarla, dando á entender que se accederá á todo una vez que no haya peligro para su salud. Tambien habrá que dejar que la informen en seguida respecto de su novio. Una vez satisfechas sus necesidades físicas y asegurada la buena marcha de su salud no estará de más permitir distraidamente ó con algun pretexto que se quede sola con personas de servicio de su confianza. Querrá, sin duda, saber, preguntar, hacer algun encargo.

El Sr. Martínez y su esposa estuvieron completamente de acuerdo con las observaciones del médico. Lo unico que deseaban era ver restablecida aquella hija idolatrada, tan fuerte y vigorosa y ahora tan caída é inerte como si un rayo la hubiese fulminado. La inquietud y la angustia de los padres, lo mismo que de Carlos, eran indescriptibles y no es exagerado afirmar que fueron eternas las horas de aquella noche en que estuvieron observando á Teresa y sufriendo emociones en que la esperanza se mezclaba al temor y al espanto á cada movimiento convulsivo que aquella hacía y á las

palabras incoherentes que de vez en cuando pronunciaba.

El síncope duro más tiempo del que había supuesto el médico y ya empezaba éste á mostrarse preocupado, cuando poco después del amanecer, como á las cinco de la mañana, la joven recuperó de improviso su color natural, palideciendo después un poco, lo que, notado por el médico, le hizo exclamar:

—¡Cuidado! Va á volver en sí.

En efecto al cabo de unos minutos, Teresa abrió los ojos y miró á los suyos, al médico, á la habitación, notándose claramente que hacía esfuerzos para recordar, para darse cuenta de lo que había ocurrido.

No obstante la promesa que había hecho de contenerse, doña Agustina sufrió una crisis de llanto y poniéndose de rodillas á la cabecera de la cama, exclamó llorando á lágrima viva:

—¿Como te sientes, hija mía?

—¡Bien, mamá!—contestó Teresa, sacando el brazo derecho de debajo de la ropa y acariciando con la mano la cara de su madre, que lloró entonces todavía más fuerte.

Teresa iba reanudando con claridad el hilo de sus pensamientos y suponía que sus entrevistas nocturnas con Silvio habían sido

descubiertas, por lo que la enterneció la amabilidad de su madre, cuando temía un reproche. Pero en seguida con el mismo brazo hizo un movimiento enérgico y dijo:

—Me la tiene que pagar.

La idea del castigo por la ofensa recibida, de la rehabilitación de su buen nombre como joven valiente y arrojada que debía haber sufrido un golpe con lo ocurrido, se sobrepuso en ella á la misma pasión, al amor mismo.

—Sí, hija mía, sí, tendrá que pagarla, si resulta cierto lo que sospechamos. Pero hasta ahora no se sabe nada seguro.

Teresa iba á hablar; pero el médico intervino, diciendo:

—Aquí nadie tiene derecho á hablar más que yo. Vd. está delicada, señorita, y es preciso que se cuide y permanezca tranquila si no quiere sufrir una recaida. Cuando se levante y esté completamente bien, se podrán arreglar todas las cuentas que Vd. quiera. Por ahora es preciso que duerma Vd. algunas horas que sus padres aprovecharán para descansar también, pues no han cerrado los ojos en toda la noche y han pasado las angustias que Vd. puede imaginarse.

Teresa miró á sus padres con mirada su-

plicante que expresaba á un mismo tiempo gratitud y afecto é invocaba perdón por el disgusto que les había ocasionado.

—Yo también me iré á descansar un poco.—continuó el doctor.—¿Me promete vd. estarse quieta y seguir mis consejos, siquiera hasta que vuelva por la tarde?

—Si, señor, contestó Teresa en cuyos lábios se proyectó una tenue sonrisa.

—¿Como se siente vd.?

—Bien, pero me parece que me duele un poco por el lado izquierdo.

—Eso no es nada, pasará con el descanso. Ea, pues, que cierren las persianas y la puerta para que pueda dormir. Retirémonos todos. Hasta luego, señorita.

Ella miró y saludó á todos, más con los ojos y con la boca sonriente que con la voz. Su madre la besó, sollozando, recomendándola que procurase dormir.

—Como les he dicho antes,—exclamó el médico una vez afuera y á punto de despedirse,—la juventud obra como un reactivo y restringe el efecto de los ataques. De otro modo habríamos tenido que lamentar la parálisis del lado izquierdo. Hay un principio de ello, pero tal vez desaparecerá hoy mismo. Pueden vds. acostarse tranquilos;

á la tarde estará completamente restablecida.

Apenas el médico se hubo retirado, doña Agustina se dejó caer en un sillón sollozando amargamente, como si fuese presa de un ataque de desesperación.

—¿Qué es eso, mujer?—preguntó el señor Martinez.

—Yo tengo la culpa de todo, porque he protegido á ese pillo de Gonzalez contra el otro.... Teresa no me lo va á perdonar.... Hasta creerá que tengo alguna culpa en lo del automovil... ¿Has visto como apartaba la vista de mí? ¿Como se fijaba solamente en vosotros? ¡Mi hija ya no me quiere!

—Vamos, esas son manías tuyas; yo no he visto nada. ¿Que culpa vas á tener en eso? Todo lo hacías por el bien de ella. Por fortuna todo tiene remedio todavía: ahora vámonos á dormir.

Antes de retirarse el Sr. Martinez y su esposa dieron órdenes al ama de llaves y á la quintera para que tomasen medidas á fin de que una ú otra ó alguna de las sirvientas estuviesen siempre vigilando el cuarto de Teresa para acudir si llamaba y asomándose de vez en cuando para ver si dormía;

si alguien venía á preguntar por ella, dijesen que estaba mejor, que habia desaparecido todo peligro. Que no dejasen pasar á nadie más que al médico y dijesen á todos los que quisiesen hablar con ellos que volviesen á las cinco de la tarde.

La indicación llegó á buen punto, porque divulgada la noticia del rapto y de la persecución, el pueblo entero se interesó por la salud de Teresa y no hubo familia de alguna importancia que no mandase alguien á preguntar como seguía la bella heroina.

Entre los primeros llegó Silvio, quien, después de haberse retirado por la noche, creyó al llegar al Hotel que había hecho mal en irse sin saber á que atenerse y había vuelto á la quinta de Teresa para interpelar á la mujer del quintero ó á cualquiera, pero sin poder adelantar mucho más en sus informes. Eran las tres de la mañana cuando se decidió á retirarse y no obstante la hora y el cansancio, no pudo conciliar el sueño hasta las cuatro, sueño agitadisimo, poblado de sangre, de puñales, de asesinos, de carreras fantásticas, de fugas accidentadas, de salvamentos milagrosos. La bella de sus ensueños se le escapaba siempre, cuando estaba á punto de alcanzarla, des-

vaneciéndose entre flores y ramas, al son de armonias inimitables, efecto inconsciente éste último, sin duda, de los árboles y jardines que envolvían al edificio, de los trinos de los pájaros que píaban entonando un himno á la aurora. Antes de las ocho estaba nuevamente de pié, con las piernas doloridas pero dispuesto á reanudar la carrera de la noche anterior si hubiese sido necesario. Se cambió de traje, se acicaló y se fué rápidamente á casa de Teresa.

Cuando se le dijo que la joven había vuelto en si y que estaba fuera de peligro, se puso radiante de alegría y tomó una expresión de felicidad que hizo reir á la misma camarera que había salido al oir la campanilla. No pudo hablar, sin embargo, como deseaba, escudriñar, conocer detalles precisos. Apenas conocía de vista á la fámula que tenía delante, la mujer del quintero estaba roncando en su cama y el ama de llaves estaba tendida en un sofá del comedor. No le fué posible saber si Teresa había preguntado por él. Se retiró satisfecho, pero lleno de ansias é incertidumbres. A la media cuadra lo alcanzó el perro, un animal de forma lobera, no muy grueso, de aspecto más bien vulgar, pero inteligente. Al

ver á Silvio frente á la quinta, habia dado la vuelta por el fondo y salido por la puerta lateral que estaba abierta.

—¡Hola! ¡Amiguito!—exclamó Silvio, acariciandolo. El perro daba saltos continuados apoyándose sobre las patas traseras, pues quería alcanzar á lamerle la cara.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Basta!...... Me estás ensuciando.

Pero el animal siguió haciendo fiestas y lo acompañó un par de cuadras y no se decidió á volver hasta haber recibido un buen número de caricias y haber encontrado á otros perros mayores en corpulencia que lo acechaban y querían jugarle, sin duda, una mala pasada.

A Teresa le costó bastante trabajo conciliar el sueño. Iba recordando las escenas de la noche anterior, se enfadaba consigo misma por haberse dejado atrapar como una infeliz, como una tonta cualquiera y hubiera deseado hablar, desahogarse, conocer lo que habían descubierto sus padres, saber lo que pensaba Silvio y lo que había hecho al no encontrarla á la hora convenida. Se sentía abatida, sin embargo, y logró dormirse, por fin, no despertandose hasta la una de la tarde, cuando sus padres y su hermano, que se ha-

bían levantado á las 11, acababan de almorzar.

El sueño la había restaurado. Llamó, quiso vestirse, se sentía perfectamente. Costó trabajo convencerla que, siquiera por deferencia, había que esperar hasta la llegada del médico. Notábase claramente que Teresa evitaba la mirada de su madre. La sospecha que ésta había insinuado por la mañaña no era una simple presunción: era exacta. La idea de que el rapto se podía haber efectuado de acuerdo entre su madre y Gonzalez había cruzado desde el primer momento por la imaginación de Teresa y esto la hacía concebir un rencor sordo, concentrado contra su madre, á quien tanto quería, sin embargo, sintiendo en el alma tener que asumir una actitud que estaba en pugna con sus sentimientos.

Doña Agustina adivinó las ideas que cruzaban por la mente de su hija y no pudo resistir la hostilidad silenciosa que Teresa le demostraba. Pidió que la dejaran sola con ella porque tenía que hablarla, cerró la puerta y poniéndose de rodillas á la cabecera de la cama, aferró una mano de su hija y gritó sollozando:

—¡Teresa! ¡Hija mía!

—¿Qué hay, mamá? ¿Qué tiene?

—Perdóname. Te he hecho sufrir, pero te juro que lo he hecho con la mejor intención.

Teresa guardó silencio. Doña Agustina continuó:

—Creía que serías más feliz casandote con Gonzalez. Pero ya no puede ser.... ¿Quieres casarte con Silvio? Te doy mi consentimiento.

¡Oh! mamá!- exclamó Teresa, incorporándose y abrazando á su madre y cubriéndola de besos.—¡Cuanto la quiero! Ya sabía yo que Vd., siendo tan buena, no podía hacerme padecer tanto.

Las lágrimas de la madre y de la hija se confundieron durante un buen rato. Pero eran lágrimas de ternura y de alegría. Cuando las dos mujeres se soltaron y se miraron, tenían una expresión indefinible en sus caras, reían y lloraban á un mismo tiempo.

Doña Agustina abrió la puerta, llamó á su esposo y á su hijo á quienes la misma Teresa se encargó de comunicarles á gritos la buena nueva. La satisfacción fué general y de ella participó tambien la pequeña Leonor que recibió la promesa de un buen regalo. Como fué preciso restaurar las fuerzas de Teresa

con buenos manjares, pues sentía apetito, Carlos quiso que se celebrase la reconciliación con una copa de champagne. Pero el relato de las incidencias de la noche anterior puso á Teresa fuera de quicio. Quería levantarse, ir á Buenos Aires, buscar á Gonzalez, abofetearlo, hacerle caer alguna muela de un puñetazo. De otro modo no habría paz para ella.

—Pero, mujer ¿quien sabe si ha sido él? y aún habiendo sido el instigador, falta saber si se podrá probar su intervención, observó el padre.

—Aún que estaba como dormida y desmayada, estoy casi segura de haber oido su voz,—dijo Teresa.—Recuerdo que el automovil se detuvo, que los hombres hablaron y él debió subir entonces al coche para cumplir el plan que se había propuesto.

—¿Que plan seria ese?—preguntó Carlos.

—¡Quien sabe!—agregó el Sr. Martinez.—Tal vez deshonrarla para que tuviese que casarse forzosamente con él.

—Yo le obligaré á confesar todo,—dijo con rabia Teresa.—Le pediré explicación y satisfacción.

—Eso me corresponde á mi,—exclamó Carlos.—Mañana mismo iré á buscarle.

—A mi me parece,—objetó doña Agustina,—que puesto que el plan le ha salido al revés, sería mejor dar por compensada una cosa con otra y no ocuparse más de él. No nos conviene extender el escándalo.

—Eso es,—continuó el Sr. Martinez que seguía siempre con gusto á remolque de su esposa,—sería mejor despreciarlo y esperar á ver lo que resulta. Debeis prometernos no hacer nada sin consultarnos á nosotros.

Lo prometieron.

A las 3 llegó el médico. Encontró á la enferma muy bien, sin rastros del ataque. Pero convenia que se quedase en la cama hasta el dia siguiente para que no se resintiese el cuerpo azotado por los trajines de la noche anterior.

—No, doctor, no me imponga este sacrificio,—dijo Teresa suplicante.

Pero señorita, no me parece un gran sacrificio quedarse algunas horas más en la cama. Esto no le impedirá á vd. hablar, comer, distraerse.

—Bueno; siempre que mamá me permita . . . .—agregó Teresa mirando á su madre, sin atreverse á concluir y sonrojándose.

—Si, comprendo: hablar con Silvio. ¿No es eso?—dijo doña Agustina.

Teresa contestó que si, con una inclinación de cabeza y poniéndose aún más encarnada.

—Bueno, te lo permitiremos.

El médico miró á las dos mujeres y al Sr. Martinez en actitud interrogativa. Conocía las relaciones con Silvio, pero sabía también la oposición de la madre. El señor Martinez se apresuró á desvanecer sus dudas.

—Han desaparecido las dificultades, doctor. La madre y la hija se han entendido y va á empezar el noviazgo. Asi que una vez más se confirmará el refran de que no hay mal que por bien no venga.

—Vaya, que sea enhorabuena.—exclamó el doctor despidiéndose.

A Silvio se le había dicho, como á todo el mundo que volviese á las cinco, pero no lo eran cuando se presentó nuevamente á preguntar por Teresa. Los miembros de la familia habian convenido la forma en que debian recibirlo y ordenado á las personas de servicio que lo hiciesen pasar cuando viniese. Doña Agustina, su esposo y Carlos lo recibieron á la entrada de la habitación en que estaba Teresa. La primera mirada, como el primer saludo del joven fué para

ésta, á quien preguntó entre alegre y avergonzado:

—¿Como está?

—Muy bien, gracias.

Pero, Doña Agustina intervino en tono amable:

—Pase Vd., joven. Su comportamiento de ayer noche le ha hecho acreedor á nuestra gratitud y nos ha decidido á tomar una resolución definitiva. Esta casa es su casa, y le permitimos que hable libremente con Teresa.

—¡Teresa!—gritó Silvio aproximándose y llevando á sus labios la mano derecha que aquella le tendió, gritando á su vez:

—¡Silvio!

—¡Qué Dios os bendiga!—exclamó el padre sin poder ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos por la emoción.—Aún que el pedido no se ha hecho todavía formalmente, desde ahora sois novios, estais comprometidos. Amaos siempre como ahora.

Doña Agustina sollozaba. Los dos enamorados se miraban fijamente con una expresión de dicha indefinible. A Silvio nunca le había parecido Teresa tan bella, tan encantadora como en aquella tarde de primavera en que la veía tendida en la cama, cubierta

por una sábana blanca como la nieve y por una camisa finísima bordada con encajes, en una decoración sencilla y elegante, que tenía un fondo de plantas y flores que se veían á través de la ventana semi-abierta, en una atmósfera cargada de los aromas que despedían las rosas, las violetas, los miosotis, y toda clase de flores y enredaderas.

IX

En vísperas de casamiento

El día siguiente de los sucesos relatados en el capítulo anterior, uno de los abogados más conocidos y acreditados de la colectividad italiana de Buenos Aires, el Sr. Frasconi, se presentó por la tarde en la quinta de la familia Martinez á solicitar en nombre de los esposos Storni la mano de Teresa para su hijo Silvio. Dió los mejores informes sobre la capacidad del joven, que era muy querido y que sin dilapidar la fortuna acumulada por los padres tenía inteligencia suficiente para distinguirse entre sus coétaneos y hacer un buen papel en la sociedad.

Hay que advertir, ya que no lo hemos hecho en el momento oportuno, que los padres de Silvio se habían mostrado en un principio completamente contrarios á sus relaciones con Teresa. Habrían preferido que

se enamorase de la hija de un industrial ó comerciante, gente á la llana, de facil trato y poca etiqueta, no con la hija de unos estancieros que figuraban entre la *high life* bonaerense y que, según ellos, olvidando su origen, se habían ensoberbecido. La madre de Silvio, una mujer todavia robusta y vigorosa hija de un carpintero de obra blanca, había trabajado desde niña y no aventajaba mucho á su esposo en materia de refinamientos. Pero esclavos de la voluntad de aquel único hijo que idolatraban, habían acabado por ceder y adherir á todo lo que él quería, tanto más que diariamente refería maravillas de aquella joven, entusiasmándolos y sugestionandolos al punto que ardían en deseos de conocerla.

Tras algunas preguntas hechas por el señor Martinez y otras más numerosas formuladas por doña Agustina á quien aquél había hecho llamar para que adhiriese personalmente al pedido y dijese si tenía algo que observar, no hubo dificultad en acordar lo solicitado.

Se resolvió, sin embargo, aplazar por algunos dias el anuncio del noviazgo á fin de dar tiempo á que se desvaneciera la impre-

sión del rapto de Teresa y cesaran los comentarios que estaba suscitando.

El Sr. Frasconi fué retenido á comer, se invitó también á Silvio y hubo brindis, augurios, expansiones. La alegria fué general. Si la felicidad completa existe en la tierra, puede afirmarse categóricamente que la disfrutaron aquélla noche Teresa y Silvio. La naturaleza, el ambiente no hacian más que completarla, porque la temperatura era agradable y por las puertas y ventanas abiertas entraban efluvios incitantes, los aromas que se desprendian de las flores y de las plantas en pleno desarrollo. Cuando á las diez y media de la noche fueron todos los miembros de la familia á acompañar al abogado Frasconi hasta la estación del ferrocarril, los dos novios precedian á la comitiva extasiados, olvidados del mundo, hablándose apenas, para no turbar con palabras la felicidad inmensa que experimentaban. La calle Mitre que iban recorriendo, como las demás de Adrogué, bordadas por tejidos de alambre cubiertos de enredaderas y con su doble fila de eucaliptos gigantescos al borde de las aceras, proyectando sombras profundas, matizadas á trechos por la luz plateada de las lámparas eléc-

tricas, inspiran ideas de sorpresas y misterio como las calles acuáticas de Venecia, parecen hechas expresamente para encubrir amores y evitar sorpresas ó curiosidades molestas á los que necesitan y desean estar solos, y no dar lugar á que se lea en la expresión de sus caras los sentimientos que experimentan.

Pero el cielo límpido y sereno de los dos prometidos, no tardó en cubrirse de alguna sombra. Al día siguiente el Sr. Martinez y su hijo al recorrer, apenas levantados, las páginas de *La Nación* y de *La Prensa*, vieron en la sección de policía su propio nombre y el de Teresa con un relato extenso de lo ocurrido.

—¡Pero que torpes, dios mio! — exclamó el Sr. Martinez.—No habernos acordado de los periódicos para pedirle al oficial y al jefe de policía de la provincia que evitaran la publicidad ó reservaran siquiera los nombres.

Se fueron á la ciudad, llevándose los dos periódicos para que no se enterasen en seguida los suyos y regresaron consternados. Todos, absolutamente todos los periódicos de la mañana, sin excluir los extranjeros, daban cuenta del hecho y cada uno agregaba

algo de su cosecha propia para llamar meor la atención é impresionar á los lectores. Algunos habían puesto títulos espeluznantes, á dos y tres columnas y bordaban alrededor del hecho principal una serie de fantasías. *El rapto misterioso de Adrogué. —Una fuga accidentada.— Un drama de amor y odio.—La heroina del sud cloroformizada.— La rivalidad de dos enamorados. —Sobre la pista de los raptores.*—Estos eran los títulos más moderados que se leían en la mayor parte de los periódicos; y lo peor era que algunos muchachos vendedores gritaban también á voz en cuello: *El suceso de la Avenida Meeks—Una niña que lucha con cuatro hombres.* No se hablaba de otra cosa en la capital.

El que salía mejor librado era Pepito Gonzalez á quien se aludía vagamente en los relatos, citandolo por las iniciales de sus nombres, pero sin formular cargos concretos contra él, ni menos presentarlo como el único responsable del atentado. Un periódico afirmaba que habiendo iniciado una investigación por su cuenta podía asegurar que P. G. no se había movido de Buenos Aires la noche del rapto. ¡Y que coincidencia! Después de mucho indagar, tomar declaraciones, recons-

truir el hecho, la policía y el juez de instrucción habían llegado á la misma conclusión.

Las narraciones en partes verídicas y en partes fantásticas de los diarios, exaltaron á Teresa y á Silvio y costó trabajo convencer á los jóvenes que lo mejor era estarse quietos y no agravar el asunto con nuevas incidencias. Sí, porque después de mucho discutir y cavilar y examinar el hecho bajo todos sus aspectos, se convino en que tenía perfecta aplicación al caso la exclamación de Sancho Panza: *Peor es meneallo.* Solo se resolvió encargar á un amigo del Sr. Martinez que tenía vinculaciones en la prensa periódica, que se acercase á las redacciones de los dos ó tres diarios de más circulación é importancia y diese los detalles exactos de lo ocurrido á fin de ponerlos en condiciones de encarrilar el asunto y evitar nuevas invenciones.

Con esto se logró que se atribuyera á Gonzalez la parte primordial que le correspondía en el hecho, sin que esto motivara la menor reclamación ó protesta. Muy al contrario, al cabo de unos días, cuando los ánimos se habían apaciguado y el asunto se iba olvidando, desalojado por otros de mayor ac-

tualidad, el Sr. Martinez recibió la siguiente carta:

«*Estimado Sr. Martinez: Sí, he sido yo el de la locura, como Vds. lo han supuesto desde el primer momento, según referencias de amigos comunes. ¿Qué me proponía con ello? No lo sé, como nunca se sabe con precisión de que vienen los arrebatos, los despechos, sobre todo cuando hay de por medio una pasión herida, un sentimiento contrariado. Lo único que puedo asegurarle es que nada inmoral me había propuesto, nada que me obligase á bajar la frente ante Vds. y ante los demás. Se lo juro sobre mi honor. Tal vez habría llevado á Teresa á casa de su tía Benitez, tal vez la habría llevado á su propia casa en Buenos Aires, haciendo levantar á la familia del casero que Vds. han dejado. Lo habría resuelto en el camino: pero no me dieron tiempo. Quería probarle á su hija que no es invencible y que yo soy tambien capaz de los atrevimientos á que élla se muestra tan aficionada. Quería castigar el desaire que me había inferido.*

Sé que mi ligereza, á parte la molestia que causé á Teresa y el susto que Vds. se llevaron, no ha tenido otro efecto que hacer desaparecer el único obstáculo que se oponía á los amores de su hija. No incurriré en la estupidez de decir que me alegro de ello; pero si auguraré que sea tan feliz como yo pensaba hacerla. Ella lo merece y tal vez el joven también.

Ahora, por lo menos, su dicha debe ser completa; y como la felicidad inclina á la generosidad, no

do lo que todos Vds. me perdonarán los malos ratos que les he dado.

Yo voy á emprender un viaje á Europa. Los viajes distraen y hacen olvidar. En ellos la cabeza se aligera de los pesos que la abruman y le permiten recuperar su normalidad, su equilibrio. Espero que esto bastará para que más tarde su familia y la mía echen un velo sobre lo pasado y mantengan las cordiales relaciones de siempre.

Su afectísimo servidor

PEPITO GONZALEZ.

Teresa y Silvio por su peculiar situación de ánimo estaban tan dispuestos como los demás miembros de la familia Martinez á perdonar el atentado de Gonzalez. Así se le hizo saber á éste en una forma indirecta, dejando la carta sin contestación, pues no era cosa de aprobar ni consentir, en obsequio á la generosidad. en un acto que á todas luces era reprobable y merecía condenación.

¡Qué semanas las que siguieron al día siguiente en que se formalizó el compromiso de casamiento! Los dos novios salían juntos diariamente. iban á la estación y á los jardines del hotel La Delicia, alegres, decidores, vendiendo amor y felicidad que se reflejaban en su andar, en sus gestos, en sus miradas. en todo. La noticia circuló rápi-

damente y causó inmensa satisfacción. No hubo casi familia que dejase de hablar del asunto y no aplaudiese el desenlace de la ocurrencia del joven desairado. Era de ver cuando los dos iban de paseo, los saludos y felicitaciones que recibían hasta de personas que no sabían quienes eran.

—¡Qué sea enhorabuena! — decían al pasar.

—¡Muchas gracias! — contestaba tan pronto ella como él ó los dos á un tiempo, sonriendo amablemente.

Hasta las niñas comprendidas entre los 18 y 25 años y aún las de mayor edad que suspiran incesantemente por un candidato cualquiera que esté dispuesto á someterse al yugo del matrimonio y que suelen envidiar á las que encuentran antes que ellas lo que buscan ó lo que desean, se alegraron sinceramente del feliz éxito de aquellos amores que tanto las habían interesado.

Las publicaciones de los periódicos entretanto habían dado extraordinaria resonancia al nombre de Teresa Martínez ó la «Heroina del Sud». como se habían acostumbrado á calificarla muchos habitantes de la pintoresca localidad veraniega.

Numerosas personas fueron expresamente á Adrogué para verla.

El autor tambien quiso conocerla y la vió una noche junto con Silvio en un baile del hotel La Delicia, un domingo de Febrero de 1908. Estaba encantadora con su traje celeste, lleno de bordados blancos y su cabeza adornada con flores y cintas. Había en el baile muchas niñas conocidas, las de Urquiza, Gallegos, Feilberg, Navarro, García, Tello, Ovando, Aguirre, Martin y Herrera, Astoul, Curutchet, Bravo, Videla y tantas otras, pero ella era la que despertaba mayor curiosidad, la que atraía las miradas de todos.

—Yo creía encontrarme con un marimacho, — dijo en voz baja uno de los concurrentes á otro conocido;—en cambio es bonita y simpática.

Lo que más admiraba en ella era la inconciencia de sí misma que se notaba en su porte, en su aspecto, en sus miradas como si ignorase el valor de sus cualidades ó no le atribuyese mérito alguno. La Teresa verdadera parecía estar á mil leguas de distancia.

Cuando á principios del mes siguiente la familia Martinez abandonó el pueblo vera-

niego para volver á su residencia de la Capital, la mayor parte de los habitantes de la localidad se dieron cita en la estación del ferrocarril en el día y hora señalados y despidieron á Teresa con una manifestación entusiasta, como no ha habido y no habrá en mucho tiempo otra igual en la localidad.

—¡Vivan los novios! ¡Viva la niña valiente! ¡Viva la heroina!

Teresa y Silvio aunque encendidos y sonrojados, sonreían alegres, haciendo signos negativos para indicar que no merecian aquéllo. mientras el Sr. Martinez, su esposa y su hijo luchaban para contener la emoción que los embargaba.

Los vivas redoblaron al arrancar el tren, siguiéndolos por un rato los movimientos de las manos. de los pañuelos y de los sombreros agitados en el aire hasta que el tren se perdió de vista.

***

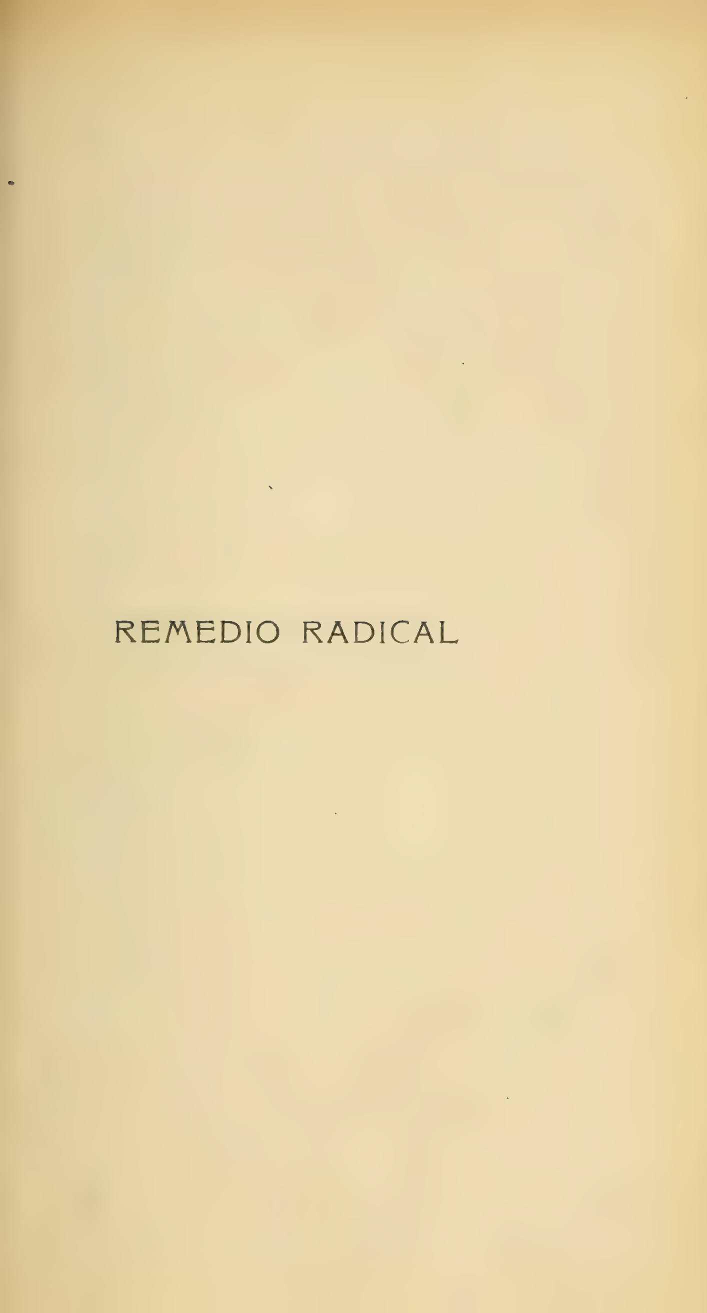
Si algún lector benévolo y paciente ha llegado hasta ésta altura de la narración y se ha tomado algún interés por ella ex-

clamará probablemente: ¿
nos deja aquí plantados co
mejante, que aún no ha cu
años y que forzosamente hará
misma por un concepto ó por o
años sucesivos? Esto es como invi
huesped á comer para dejarlo con más
bre que antes de empezar la comida.
ha eclipsado para siempre «la heroína
sud»? ¿Se han neutralizado con el casamiento sus facultades peculiares?

El tiempo se encargará de dar á esas preguntas la contestación debida. Si Teresa Martinez sigue llamando la atención y entreteniéndose con la sencillez y espontaneidad que le son características en hazañas dignas de mención, no faltará quien se dedique á relatarlas y á perpetuar su recuerdo en forma sin duda más bella, más artística, si no más sencilla de la que el autor ha empleado en los capítulos que anteceden.

Todo dependerá de la acogida que se dispense á ésta primera parte de la vida de la «Heroina».





REMEDIO RADICAL

Remedio Radical

Amenazas de tormenta

La preocupación de la sociedad de buen tono en aquél principio de primavera de 1904 que se distinguía por sus vientos impetuosos y sus frecuentes saltos de temperatura. era la gran fiesta de caridad que en la primera quincena del mes siguiente debía celebrarse en el teatro de la Opera. Habían transcurrido cerca de dos meses desde la terminación de la temporada lírica que tanto se presta á la fácil ostentación de trajes y joyas, cerca de dos semanas desde la celebración de los concursos hípicos que

llevan todos los años un publico brillante y escogido á las tribunas del extenso local que posee la Sociedad Rural Argentina en el Parque 3 de Febrero, y ya se sentía la necesidad de otra fiesta importante que permitiese nuevos estrenos de indumentaria femenina y diese pretexto á que todos los periódicos de la Capital, publicasen una vez más los nombres de las principales damas y señoritas que asistiesen á la fiesta, acompañándolos con una breve descripción de los trajes y sombreros, como solían hacerlo en casos análogos y aún por otros mucho menos justificados.

La vida de la alta sociedad bonaerense, como la de todas las grandes capitales, puede definirse en esta forma: un esfuerzo y una preparación incensantes para brillar y sobrepasar á otras familias conocidas en las fiestas, reuniones ó espectáculos de próxima celebración. Cuando una fiesta ha pasado, se piensa en la siguiente y después de esta en otra futura ó en la excursión veraniega que tambien dará pretexto á lucir vestidos y formas Esa manera de ser del elemento femenino de las clases medias y aristocráticas es más acentuada en Buenos Aires que en las grandes ciudades de Europa por la fiebre

de movilidad y renovación que han señalado De Amicis, Ferri y todos los escritores que han observado de cerca nuestro desarrollo y por otras causas que sería largo exponer minuciosamente.

En las tiendas lujosas de la calle Florida, Victoria. Mitre, Carlos Pellegrini se había renovado durante dos semana el activo movimiento de principios de invierno, cuando las familias se preparan para la temporada teatral, mientras ahora se trataba de presentarse á la gran «kermesse» con ropas vaporosas de colores acentuados, con sombreros monumentales cargados con todas las flores de la estación, como jardines en miniatura.

Tambien Susana Zurbarán y su madre Carmen habían echado el resto para concurrir á la Opera con ropas nuevas desde la cabeza á los piés, como las damas de más fuste de la gran capital. Presisamente Susana, pocos minutos antes del almuerzo, estaba delante del espejo probando el vestido que media hora antes había traido la modista, mirándose de frente, de flanco, por detrás, y no ocultando su satisfacción ante los elogios de la madre sobre la precisión del ajuste, lo

esmerado de la factura, el buen gusto de los adornos.

—Me parece que daré golpe,—exclamaba.

—Te queda muy bien,—decía la madre.

En aquel momento llamaron a la puerta y Susana, sabiendo que debía ser su esposo, asomó á la salida de la habitación para decirle una vez que se hubo aproximado:

—Ven á ver que te parece el vestido que voy á estrenar esta noche.

Pero Federico Zurbarán, el esposo, sin hacer caso del llamamiento y sin saludar siquiera, se dirigió hacia el fondo de la casa para besar á su Luisito, un niño encantador de seis años que al verlo corrió á su encuentro y que el padre levantó en sus brazos, acariciandolo con emoción inusitada. El esposo de Susana era un joven de veinte y ocho años, que aparentaba alguno más por las huellas de sufrimiento que denotaban las leves arrugas que se veían en las extremidades de sus grandes ojos celestes. Por lo demás, era alto, robusto, de fuerte musculatura, de facciones correctas, dejando entrever un temple de luchador y un caracter capaz de grandes resoluciones. Dejó en seguida al niño quien, acostumbrado á vivir entre la gente de servicio y á jugar con la ni-

ñera, no pensó en seguirlo y se dirigió hacia la habitación en que se hallaba su esposa.

Al verla tuvo que dominar un impulso de admiración porque estaba realmente encantadora con aquel vestido de gasa celeste con filetes dorados y encajes que hacían resaltar las formas elegantes, el talle esbelto, la figura de expresión noble y apasionada. Casi tan alta como él,, bien proporcionada de cabellos castaños, de ojos negros y languidos, de nariz pequeña como la boca, de rostro ovalado, de tez mate y trasparente, de curvas delicadamente indicadas, llena de distinción y finura en su porte, Susana era en conjunto una bella obra de arte que hacía resaltar la frescura juvenil de sus 25 años no cumplidos.

La madre, que estaba á su lado no se le parecía casi nada, desmintiendo á simple vista la regla general corroborada por los hechos de que, en lo físico á lo menos, las hijas suelen parecerse á las madres. Doña Carmen era fea y debía haberlo sido también en su juventud no obstante los artificios y adornos con que en la época en que la encontramos pretendía aún engañar á los demás respecto á su edad y á sus dotes físicas. Sus 52 años estaban bien escritos en

su cara de boca ancha y naríz achatada, no obstante el color indefinible de sus cabellos y la horrible pasta color de carne con que pretendia disimular las arrugas que tenía alrededor de los ojos.

—¡Siempre tan amable!—exclamó Susana al ver llegar á su esposo, aludiendo á su llamado anterior que había quedado sin contestación.

—Tengo otras cosas en la cabeza y no estoy para pensar en vestidos,—contestó Federico.—Por lo que veo,—agregó,—persistes en ir á la Opera esta noche

—¡No faltaba más!—exclamó la madre.

—Yo no hé comprado las entradas ni pienso comprarlas.

—No te apures por eso,—dijo Susana.—Como la función es de beneficencia, las de Costa nos han mandado tres y no podíamos rehusarlas. Tu también puedes venir, si quieres . . . .

—Sí, sería curioso que fuera yo. Haceis bien en aprovechar, porque esto se acabará pronto.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Yo me entiendo.

—No le hagas caso, hija,—interrumpió la suegra.—Siempre con su manía de que no puede gastar. Es un inservible que se ahoga

en un vaso de agua. Harías mejor,—agregó dirigiéndose á él.—en darle más dinero á tu mujer é ingeniarte como Sanchez en tomar más para salir de apuros.

La cólera sorda que Federico venía encubando hacía tiempo contra su suegra estuvo á punto de estallar; pero se contuvo, limitándose á fulminarla con una mirada terrible que habría dicho muchas cosas á otra mujer que tuviese más inteligencia y penetración que Doña Carmen. No quería echar á perder la ejecución del plan que había concebido. Por otra parte se sentía tranquilo como Napoleon en vísperas de la batalla de Austerlitz. Cuando en las situaciones dificiles se toma una resolución enérgica y definitiva, y se sabe que al cabo de algunas horas cesarán los padecimientos, los males que tanto nos han hecho sufrir, que tantos disgustos nos han causado, se experimenta como un alivio, se disfruta de antemano la sensación de quien se ha descargado de un gran peso que lo agobiaba y se está en mejor disposición para soportar los últimos inconvenientes que acarrea la situación que se va á destruir.

Asi que, aunque le costaba algún esfuerzo soportar aquel día las miradas acariciadoras

de su esposa y no hablar de lo único que le preocupaba, durante el almuerzo supo dominarse y hasta mostrarse de buen humor y hacer broma con el niño el cual refería graciosamente ciertas torpezas de lenguaje de la niñera italiana que aún no sabía pronunciar algunas palabras castellanas.

Con esto logró tranquilizar á su esposa que lo miraba fijamente, como si algo hubiese adivinado de lo que pasaba en su interior y evitó, sobre todo, las observaciones burdas y ofensivas de Doña Carmen, quién, como otras muchas veces, se había quedado á almorzar con ellos.

Los propósitos sérios no duran mucho en las mujeres dominadas por la vanidad y menos en una jóven de 25 años acostumbrada al lujo, á las diversiones, á los entretenimientos sociales.

Cuando á Federico le pareció que toda sospecha había desaparecido y que los pensamientos de las dos mujeres viajaban á mil leguas de distancia de los suyos, insinuó con aire indiferente este pedido:

—La fiesta de la Opera acabará tarde, así que será mejor que vayas á dormir con mamá. Yo tengo que madrugar para copiar un expediente, de modo que tu no me des-

pertarás á mi cuando vengas, ni yo te despertaré á tí cuando me levante.

—Si tu lo quieres . . . .

—No, yo digo por si te parece más cómodo. . . .

—Bueno, si, que venga á dormir á casa para estar más tranquila,—dijo doña Carmen.

Lo había hecho ya dos veces en las diversas fiestas en que habían tomado parte madre é hija y á las que Federico no había querido asistir. La madre de Susana había perdido su esposo tres años antes y vivía sola con una persona de servicio en una pequeña casita de tres piezas situada en una calle central, haciendo frente á sus gastos con los 350 pesos mensuales de la pensión que se le había acordado como viuda de un profesor que había acumulado 25 años de servicios. Pero estaba siempre entrampada y se perdía la cuenta de los picos que debía en las tiendas. Tenia dos hijas, las dos casadas. Conociendo un poco sus defectos, había tenido el buen acierto de no ir á vivir con ninguna de éllas. Ahora Doña Carmen estaba resuelta á no desperdiciar ocasión de llevarse á su hija menor, manejarla á su antojo y darla lecciones sobre el comportamiento

que debía observar con su esposo para dominarlo, para obligarlo á ceder en lo que á ella le conviniese. Ah ¡los extravios de ciertas madres y el daño que involuntariamente causan á sus hijas con el mal ejemplo, con los malos consejos!

Federico se alegró interiormente de que se hubiese accedido á su deseo con tanta facilidad. Si bien la presencia de su esposa no habría impedido la ejecución de su plan, su ausencia durante aquella noche y á la mañana siguiente le evitaba más de una escena bochornosa.

Por la noche, después de la comida, la madre vino á buscar á la hija en un gran carruaje, como lo habían convenido y allá se fueron, éllas á la fiesta de la Opera, lujosamente ataviadas, deslumbrantes de joyas, encajes y flores, él á hacer preparativos de viaje y á escribir á los acreedores pidiendoles que al día siguiente muy temprano viniesen á llevar los muebles y adornos que les pertenecían.



El secreto de una gran resolución

A qué se debía aquel cambio repentino en la actitud de Federico, aquella firme resolución de cortar por lo sano, de poner término de un golpe á los apuros en que se había debatido hasta entonces para sostener la vanidad y los caprichos de su esposa y ceder á las exigencias intolerables de su suegra? Se debía principalmente á un hecho ocurrido tres meses antes, del cual habían hablado veladamente los periódicos y que había causado gran impresión en los círculos sociales, suscitando los más variados comentarios en el seno de las familias. A las dos de la mañana de una noche fria del mes de Julio, cuando el baile de los Sres. Garcia, en su soberbia mansión de la calle Esmeralda se hallaba en su apogeo, resplandeciendo los salones de luz y de bellezas como en un sueño de hadas, la joven señora Dominguez recibió una carta en cuya dirección escrita reconoció la letra de su esposo. La

abrió nerviosamente, bajo la influencia de esa extraña intuición que á todo nos hace adivinar ó sospechar las catastrofes y, á medida que la iba leyendo, se iba poniendo pálida, y antes de concluir tuvo que apoyar su mano derecha sobre una silla porque estuvo á punto de caer desmayada. Pero supo dominarse y tuvo serenidad suficiente para despedirse de los dueños de casa y de las señoras que conocía, alegando que tenía que retirarse porque su esposo había caido repentinamente enfermo.

Tambien Federico se encontraba en el baile y por cierto había estado impertinente aquella noche con esa misma señora y con su propia mujer, secundando las alusiones y los alfilerazos de Gabriela Rodriguez, una señorita que era temida por todos porque había declarado guerra á muerte á las ficciones sociales y operaba sobre ellas con la implacabilidad y sangre fría del cirujano sobre el cadáver. Aquella noche la había emprendido contra las familias que se imponen privaciones para tomar abonos en ciertos teatros á fin de figurar en las crónicas sociales de los diarios. Y había hecho reir á más de uno de sus oyentes, aludiendo con una claridad poco disimulada á ciertas se-

ñoritas que á falta de otra cosa mejor, inventan una grave enfermedad y hasta se ponen en cama estando sanas, solo para hacerse nombrar por los periódicos.

La franqueza de Gabriela era muy del agrado de Federico quien la había secundado porque estaba completamente de acuerdo con sus ideas, aunque entonces sus actos estuviesen en contradicción con ellas.

¿Qué le decía Roberto Dominguez á su esposa en aquella carta enviada á una hora tan inusitada? La señora no quiso darla á la publicidad y sólo permitió su lectura al comisario de policía y al juez de instrucción porque ello era indispensable para descargar su responsabilidad; pero por deducciones lógicas y por referencias hechas despues por la misma señora se supo bien pronto que el Sr. Dominguez decía á su esposa que no se sentía ya con valor para continuar la vida de inquietudes, sobresaltos y humillaciones que estaba haciendo, que debía á todo el mundo, que había agotado todos los medios posibles para procurarse dinero, que la quería demasiado para verla padecer y obligarla á reducir sus gastos y que había adoptado la resolución de quitarse de en medio para no ser un estorbo y no ver la aflicción que ella

experimentaría al conocer la verdad de la situación en que se hallaban. Cuando ella recibiría la carta, él habría dejado de existir.

Al salir del baile la señora hizo pedir su coche,—un coche cuyo contrato le había costado veinte pesos aquella noche y que en aquel momento era como una ironía animada del drama que se estaba desarrollando,—y le dió orden de ir volando á su casa, esperando llegar á tiempo para evitar el suicidio y que no fuese verdad lo que decía la carta; pero desgraciadamente era cierto y al día siguiente se encontró el cadáver de Dominguez en las aguas de la dársena norte del puerto. ¿Qué había sido de la señora rumbosa, que quería alternar con lo mejor de la sociedad bonaerense y que con sus gastos excesivos había causado tan prematuramente la muerte de su marido? Según informes fidedignos vivía pobremente en dos escuálidas habitaciones de una casa humilde, en visperas de pedir á sus gracias físicas lo que no podía obtener con su trabajo, olvidada de las magníficas relaciones de que antes se enorgullecía, sin recibir de nadie un consuelo ni un auxilio, si se exceptua una discreta suma que le había enviado delicadamente «una joven amiga» que no había podido descubrir quien

era, pero que sospechaba fuese Gabriela Rodriguez.

¡Oh! no; él no estaba dispuesto á suicidarse ni quería tampoco continuar aquella vida que venía arrastrando desde hacía más de seis años contra su voluntad, su caracter, sus antecedentes. Había protestado muchas veces, antes veladamente, después con más claridad, pero ahora estaba firmemente resuelto á ponerle término. El suicidio de Dominguez le había hecho una impresión enorme, venciendo sus vacilaciones, induciéndolo á abandonar las consideraciones y los medios términos para obrar con decisión y firmeza. El quería mucho á su esposa, pero se separaría de ella si era necesario, si ella no consentía en los cambios que estaba resuelto á introducir en su vida. Hasta de su Luisito se separaría, si fuese inevitable y eso que esto haría manar sangre de su corazón y le causaría más dolor que separarse de Susana. El se sentía capaz de abrirse camino, de labrarse un nombre, de formarse una posición, pero le cortaban el vuelo, le aniquilaban las luchas de su vida íntima, las bajezas y humillaciones que tenía que sufrir, las mentiras continuas, las hipocresías cotidianas que tenía que emplear para encontrar dinero, para en-

gañar á los acreedores. El no había nacido para dobleces, para afirmar una cosa y hacer otra distinta. No admitía esa moral elástica y acomodaticia, tan arraigada entre la mayor parte de sus coétaneos que hablaban diariamente de honradez, de patriotismo, de sentimientos altruistas y que vivían del engaño, de la extorsión, de la inmoralidad, de todos los medios lícitos é ilícitos que encontraban á mano para hacer dinero con que satisfacer la vanidad de sus familias, mantener á sus amantes, proporcionarse toda clase de placeres, hombres sin escrupulos, sin fé, sin principios, capaces de engañar y esquilmar á sus propios amigos, á sus mismos parientes.

Podía citarlos á docenas los que se habían enriquecido abusivamente, los que ocupaban una posición social que no les correspondía, los que haciendo alarde de desinterés y escrupulosidad, habían aprovechado de una manera vergonzosa de los dineros del estado ó de las influencias en los puestos públicos, los que el público calificaba con las palabras gráficas de *aves negras* y que, sin embargo, se codeaban con los hombres más ilustres y de mayor figuración en el país. Muchos de ellos debían ocupar cel-

das en las cárceles en vez de los palacios en que habitaban.

No, no habia nacido para doblar el espinazo ni para tributar homenajes inmerecidos á los que mandan. Le repugnaban las hipocresías y la falta de carácter reinantes, maravillándose de haber podido tardar tanto en adoptar la resolución que iba á ejecutar desde el día siguiente. El empleo de aduana que ocupaba desde antes de la terminación de sus estudios de derecho lo tenía oprimido, era como un dogal en el cuello del perro y se sentía otro hombre, le parecía respirar más libremente desde que había redactado su renuncia que dentro de pocas horas enviaría á su destino. Conocía á varios amigos que multiplicaban sus ingresos en especulaciones en tierras, haciendo juegos de imaginación y de habilidad para engañar al prójimo, ó comiéndose tranquilamente el capital de una sociedad de minas ó de maderas ó de cualquier otra cosa cuyos accionistas esperan inutilmente el pago del valor de sus acciones y de los intereses prometidos. Conocía á no pocos abogados que esquilmaban á sus clientes y no ignoraba la rumbosidad inexplicable de algunos altos funcionarios, ni los procedi-

mientos que empleaban ciertos individuos para hacer frente á sus compromisos y rivalizar con los estancieros y los millonarios; pero él no había nacido para nada de eso. Anhelaba la lucha franca, leal, la figuración que deriva del mérito y del talento, y por su preparación y su palabra fácil y expontánea se consideraba con derecho á hacer carrera política, á ocupar una banca en el Congreso ó un ministerio en su provincia ó en la misma administración nacional.

Sin duda habría sido mejor que al terminar sus estudios hubiese regresado á su querida provincia de Tucumán, porque allí á la vista de las montañas nativas, en medio de una naturaleza bella y original, entre los grandes edificios de los ingenios de azúcar, reveladores de riquezas y energías inagotables, respirando el aire perfumado por los frutos de los trópicos, el hombre se siente más sano, más fuerte, más dispuesto á la lucha y al trabajo. Pero el amor lo había retenido. Se había casado con Susana amargando la ancianidad de sus bondadosos padres, que se oponían al casamiento y que habrían deseado verlo emparentar con

una de las principales familias de su provincia natal.

No había sido afortunado en su casamiento. Á las dotes físicas de Susana no correspondían las dotes intelectuales y morales. En el fondo no era mala, pero bajo el dominio funesto de su madre sólo pensaba en el lujo, en los placeres, convirtiéndose en una carga pesadísima en un principio, después insoportable. En vez de encontrar en su esposa la consoladora de los días tristes, la inspiradora de los días felices, capaz de alentarlo en las horas de desfallecimiento y dedicada á librarlo de las molestias de la vida material, había encontrado una jóven vanidosa, descuidada, indolente, que no conocía el valor del dinero, que sólo cuidaba de las apariencias y que desde niña estaba acostumbrada á las trampas, al mal uso del dinero prestado, á las riñas con los acreedores.

¡Oh! el gran problema social de la República Argentina era para él la educación de la muger. El que levantase su bandera haría obra de patriotismo; él lo proclamaría bien alto si llegaba alguna vez al gobierno ó al parlamento. Lo había comprobado: la mujer argentina era honesta gene-

ralmente, bella sin discusión, tierna, sentimental, bondadosa; pero era inepta como ama de casa, de una vanidad inconmensurable, dada al lujo, á los placeres, á los entretenimientos superficiales. Había que corregir su educación, acostumbrarla al trabajo y á los quehaceres domésticos, vigorizar su carácter como un medio de hacer más firme el carácter masculino. El hecho de abundar en mimos á los esposos y á los hijos, no significaba que fuese una mujer hacendosa, que llenase bien su papel de madre de familia; algo más que eso se necesitaba para desarraigar defectos que influían de una manera funesta en la vida nacional. Gambetta decía que para todo se buscase á la mujer; Federico, parodiándolo, decía: corregid á la mujer y traereis en las costumbres, en el carácter, en la vida pública y privada una revolución saludable y mucho más eficaz que cien revoluciones armadas.

Era preciso, sobre todo, que desapareciese esa manera de obrar inconsciente é irregular con que las esposas se hundían en gastos y compromisos sin consideración á los apuros de los maridos, sin averiguar sus recursos.—¡Que se arreglen!—afirman. No,

es preciso que sean las cooperadoras eficaces y no la ruina de las familias. De otro modo los casamientos disminuirán, pues el temor de las exigencias femeninas arredrará á muchos jóvenes.

En cuanto á él, ya que no podía deshacer lo que estaba hecho, iba á dar el ejemplo, iba á concluir con las ficciones y obligar á su esposa á mantenerse en su esfera, á reducir sus gastos, como deberían hacerlo todos los maridos cuyos presupuestos están desequilibrados por culpa de las mujeres. Sería energico sin ser grosero, sin faltar á las consideraciones que se deben á una mujer y á una esposa; y si Susana no se convencía de que obraba bien, de que tenía razón, peor para ella.



La Sorpresa

Al día siguiente á las diez, cuando Susana llegó á su casa, no con el traje de la noche anterior, sinó con otro de calle que se había puesto en casa de su madre, vió frente á la puerta de su casa un gran carro cargado de muebles. Reconoció en seguida que eran los suyos, tanto más que había peones que salían cargados por la puerta cancel abierta de par en par. En el mismo zaguan se le presentó la *mucama* para preguntarle, si debía irse, pues el señor la había pagado y la había despedido.

Al mismo tiempo Luisito, que la había visto entrar, llegó corriendo del fondo de la casa y alegre como unas Pascuas, empezó á gritar:

—¡Mamita! ¡Mamita! Me marcho al tren con papá.

Susana, cada vez más agitada, y ya con lágrimas en los ojos, levantó á Luisito y le dió un beso y en seguida sin pronunciar

una palabra, se dirigió hacia una habitación en cuyo umbral vió aparecer á su esposo y una vez adentro exclamó:

—¿Pero qué es esto, Federico? ¿Qué sucede? ¿Porqué se llevan los muebles?

Se dejó caer sobre una silla que encontró á su alcance, porque se sentía desfallecer.

Federico pálido, triste, severo, pero tranquilo y resuelto contestó:

—Esto es la liquidación de un estado de cosas que no podía durar, que se me había hecho insufrible. Los muebles se los llevan porque no son nuestros. Estaban vendidos hace meses á condición de que me los dejaran hasta fin de año. Es el último recurso á que pude apelar á principios de invierno cuando te empeñaste junto con tu madre en tomar abono á dos puestos de cazuela para la temporada de la Opera.

—¡Dios mio, que vergüenza! Y hoy precisamente que era día de recibo.

—No me acordaba de ello, ni aún que me hubiese acordado lo habría tenido en cuenta. No te aflijas por eso: yo recibiré á las visitas si estoy y sinó se encontrarán con la puerta cerrada. Valen gran cosa todas esas relaciones que manteneis vosotras para

daros importancia y para que se diga que os tratais con la *haute*. No hay en ellas una sola amistad verdadera, capaz de hacer un gran favor y libraros de un gran apuro. Solo sirven para compromisos perjudiciales, para los regalos en las bodas, santos y cumpleaños, y para endosar entradas en las funciones de beneficencia en que á falta de otra cosa mejor se entretienen muchas damas bonaerenses, obligando á los tontos, ó más propiamente, á las tontas á hacer lo que á ellas se les antoja y á gastar lo que les hace falta para las necesidades urgentes de la vida.

Susana se iba reponiendo poco á poco del susto que había experimentado al llegar. Mas dueña de sí misma, exclamó enjugándose las lágrimas:

—¿Como has podido hacer todo eso sin decirme una palabra, sin consultarme? Me parece que soy tu mujer y que debería contar para algo en lo que tiene relación con mi casa y mi familia.

—Me parece que hasta ahora has hecho absolutamente lo que te daba la gana sin hacer caso de mis observaciones. Tu y tu madre me habeis gobernado como un maniquí sin daros cuenta de que no era lo que aparentaba, de que la procesión me andaba

por dentro y de que un día ú otro podría sublevarme y tomar una resolución. Ahora, me ha llegado mi turno y, á lo menos por lo que me concierne personalmente, he de mandar yo y ya verás que sé hacerlo como corresponde. Si hubiese revelado la situación y solicitado consejo me harbiaís empujado á pedir dinero á este ó al otro, y á tapar un agujero haciendo otro más grande. Los términos medios no servían para nada. Después del suicidio de Roberto Dominguez, quien se hallaba en las mismísimas condiciones en que yo me encontraba, comprendí que era preciso obrar con prontitud y energía y concebí el proyecto de acabar con las dificultades que venía sorteando á fuerza de angustias y de bajezas.

—¿Porque no me informabas de los apuros que estabas pasando? ¿Porque no decías que los recursos no alcanzaban y que era preciso limitar los gastos? Habría hecho economías, habría podido suprimir muchas cosas......

En aquel momento asomó á la puerta uno de los peones para hacer una pregunta. Federico salió y pidió á todos que suspendieran el trabajo por unos minutos, hasta que él les dijiese de continuarlo. Quería apurar aquella conversación con su esposa, porque

de ella dependía quizás su porvenir. Volvió á entrar en seguida exclamando:

—¿Como, Susana? ¿Te atreves á decir que no conocías nuestra situación ni los apuros que yo estaba pasando? No podías saber y no sabrás nunca probablemente todas las verguenzas, todas las humillaciones que he tenido que sufrir para obtener dinero de los que no querían darlo, para aplacar acreedores irritados; pero ¿como podías suponer que con los 400 pesos mensuales de mi sueldo y los 300 más que ganaba en trabajos extraordinarios había bastante para todos nuestros gastos? Nunca te he tenido por estupida y tratándose de cosas tan claras y evidentes debía suponer que alguna vez te detuvieses á mirarlas, siquiera ligeramente. La cuenta es muy fácil. Pagamos 280 pesos de alquiler de casa, 120 á las personas de servicio, 40 de luz y carbon: quedan 260 para la comida que no bastan, necesitándose casi el doble. ¿De donde salía lo demás que hacía falta para tus cuentas de vestidos y sombreros, perfumes, botines y tantas otras cosas á las que tu mamá iba agregando algunas de las suyas? ¿De donde salían los fondos con que costear los abonos á la Opera, á los días de moda del Odeón, á las fun-

ciones de beneficencia cuyas localidades os creiaís en la obligación de aceptar por el *qué dirán* y por compromisos con Doña Fulana y Doña Zutana, sin contar los coches, los automoviles, los días de recepción, y otros gastos que se me escapan en este momento? Había un déficit mensual de más de 500 pesos. He hecho mal, ciertamente, en no hablar más claro, en no decirte francamente que así no podía seguir, que un día ú otro caeríamos en ridículo, quedaríamos deshonrados. Pero me abstuve por consideración, para no disgustarte. ¡Te amaba tanto! Esperaba mejorar de posición, obtener ganancias extraordinarias. ¡Ah! si los que viven de la ficción y de la mentira supiesen que en el mundo no hay nada mejor que la verdad y la franqueza. Pero siempre buscan un punto de apoyo en el más allá sin fijarse que está en el vacío, siempre aplazan el remedio definitivo para un futuro inmediato en que ciertas ilusiones se convertirán en realidades, lo que no sucede jamás. Yo sin embargo, confiaba en algo que creía posible, confiaba en tu enmienda. Reflexionando sobre mis observaciones. tomando en cuenta los reproches que indirectamente le hago y, sobre todo, viendo mi agitación, mis inquietudes y la vida que

llevo, Susana querrá saberlo todo y me propondrá ella misma las economías que son indispensables. Ella vé que me privo de todo, de libros que necesito, de diversiones, de coches cuando llueve, hasta de juguetes para el niño que tambien ha pagado las consecuencias de nuestro desarreglo y se conmoverá y me pedirá cuenta de esas privaciones, expresando el propósito de destruir las causas que las motivaban. Pero tu estabas demasiado entretenida en fiestas y teatros, demasiado ocupada en modas y modistas para fijarte en esas cosas. Si alguna buena inspiración has tenido alguna vez, se habrá encargado tu madre de desvanecerla. En vez de pensar en cambiar, te has engolfado cada día más en las ocupaciones frívolas y en los gastos á tal punto que hace seis meses que vives casi fuera de casa, que no pareces tener una sola hora disponible, pues entre las tiendas, los teatros, las exhibiciones en carruaje, las tareas que te imponen las congregaciones de que formas parte, los preparativos para las funciones benéficas, apenas si te queda tiempo para comer y estar en casa el tiempo necesario para dormir y vestirte. Esta mañana he sabido con el disgusto consiguiente que debías tres

meses de sueldo á las personas de servicio y probablemente no será ésta la única deuda que tienes.

—Tienes razón Federico, he sido muy ligera, he obrado como una niña sin juicio, —exclamó Susana sollozando por la emoción.—Te prometo corregirme.

—¡Oh! yo sabía que tu eres buena y que sólo estabas extraviada. Tus palabras me compensan de las amarguras que he pasado y me hacen entrever que en adelante seremos más felices que nunca.

—¿Cuales son tus proyectos? ¿Como has encontrado el dinero que necesitas para saldar las deudas?—preguntó Susana que desde su llegada ardía en deseos de descifrar aquéllo que era para ella un misterio y un enigma.

—Desde que formulé el propósito de poner término á la vida insoportable que hacía le escribí á mi padre exponiéndole sin atenuantes y, muy al contrario, recargando las tintas, la situación en que me encontraba. Puedes imaginarte el esfuerzo y el sacrificio de amor propio que esto me ha costado sabiendo que él se había opuesto á mi casamiento y había previsto casi todo lo que me ha sucedido. Le conjuraba á que vinie-

se en mi auxilio y al efecto le exponía mis proyectos.

Quería instalarme en Tucumán, actuar en la política de mi provincia, abrirme camino, trabajar, formarme una posición. El empleo insignificante que desempeñaba en la aduana me empequeñecía, me coartaba toda iniciativa. Con su influencia no sería díficil obtener un puesto mucho más importante en el gobierno de Tucumán, como base de operaciones y punto de partida para vuelos más altos. Le manifestaba el firme propósito de restringir los gastos, de atenerme estrictamente á los recursos que tuviera disponibles. Empero necesitaba una cantidad suficiente para pagar lo que debía y para hacer frente á los gastos de hotel y de viaje. Le explicaba las razones que tenía para obrar calladamente, é imprimir á la ejecución del plan un carácter rápido y violento que lo hiciese intergiversable. Los medios términos discutidos en familia estaban expuestos á mil contingencias; el remedio tenía que ser radical.

La cara de Susana adoptó una expresión que denotaba disconformidad con las declaraciones de su esposo; pero éste, haciéndose el desentendido continuó:

—Mi padre, como es natural, me recordó sus consejos y previsiones. Es manía de todos los viejos, la de pretender que sus pronósticos han sido acertados; y en este caso la presunción era corroborada por los hechos. Pero puesto que todo tenía remedio, se alegraba de mi resolución temiendo unicamente que tu no accederías á abandonar á Buenos Aires ó que en caso de acceder no te amoldarías á la vida tranquila y modesta de una capital de provincia. Yo logré desvanecer sus dudas y sus escrúpulos, mostrándome resuelto á impedir que se malograse el plan concebido, cualesquiera que fuesen los medios que hubiese que emplear para ello. Entonces me mandó los 5.000 pesos solicitados, me logró un cargo importante en la administración tucumana y quedó en prepararme una casita para que pudieramos instalarnos en seguida de nuestra llegada. Hace tres días recibí el dinero y he procedido inmediatamente; esta mañana he enviado mi renuncia al administrador de aduana y como la aceptarán en el acto, no pienso volver á pisar la oficina, como no sea un rato esta tarde ó mañana para despedirme de algunos compañeros. Salvo causas de fuerza mayor, desearía partir para

Tucumán en el tren diurno de pasado mañana. ¿Qué me dices tu á todo esto?

—Yo creo,—contestó Susana,—que se podía haber puesto remedio á todo, haber saldado las deudas y modificado nuestra situación sin llamar tanto la atención, sin dar un escándalo como éste. Con el dinero que te ha mandado tu padre se podían haber hecho muchas cosas..................

—Tienes las ideas tan pervertidas y un concepto tan equivocado de la honradez,—interrumpió Federico,—que ha de costar mucho trabajo corregirte, Susana. Tus palabras me dejan entrever que en vez de pagar á los acreedores habrías hecho como los tramposos que cuando alcanzan dinero lo malgastan sin acordarse de los compromisos que tienen. Es este temor lo que me ha inducido á no tener consideración, á obrar por mi cuenta.

—Sí, pero nos pondrás en ridículo. Los que que nos conocen se burlarán de nosotros. La lengua viperina de Gabriela Rodriguez tendrá tela que cortar para mucho tiempo.

—El ridículo no será mayor del que ya estábamos pasando. ¿Crees tú que los demás ignoraban nuestra situación y las trampas que teníamos? Lo sabían todo, lo que,

por otra parte, no era un gran mérito porque conociendo lo que uno tiene y lo que gana es fácil calcular como está, viendo lo que gasta. Pero es muy común en los que se salen de su rango y llevan un tren de vida desproporcionado con sus recursos, creer que los demás no se aperciben de nada, tomando el disimulo que impone la educación por ignorancia. En cuanto á Gabriela Rodriguez estoy seguro que será la primera en aplaudir mi resolución, pues ya sabes que su gran tarea es ensañarse con los que viven en situaciones falsas, como era la nuestra.

—¡Ah! la defiendes. Ya sé que simpatizas con ella. Hace un momento que me dijiste que me amabas, luego ya no me amas. Ahora me voy dando cuenta más clara del móvil secreto de tu plan; lo que has querido es quedarte libre para entenderte mejor con Gabriela.

Al decir esto el cútis delicado de Susana se había encendido ligeramente y la expresión de su rostro, que momentos antes denotaba conmiseración y afecto, se había vuelto más dura, reflejando enojo y despecho. Estas transiciones del cariño á la cólera son muy comunes entre jóvenes esposos de

ideas y caracteres opuestos y á través de cuyo amor se han ido levantando imperceptiblemente barreras que estorban ó enfrían sus relaciones.

Federico interrumpió en seguida:

—Vamos, Susana, no forjes castillos imaginarios, no enredes las cosas inútilmente. No hay tiempo que perder. ¿Puedes suponer que en medio de las angustias en que me debatía tuviera humor para aventuras amorosas? Ayúdame más bien á salir del paso y á preparar los baúles. ¿Porque supongo que vendrás con nosotros?

—No sé lo que haré: tengo que pensarlo.

—¿Cómo? ¿Tendrías valor de dejarnos partir sólos, á mi y al niño?

—El niño se quedaría conmigo.

—No se quedará. Está entusiasmado con el viaje.

—Pero cuando sepa que yo no voy...

—Se querrá ir lo mismo. Ya verás.

Federico asomó á la puerta de la habitación y llamó á Luisito que estaba haciendo preguntas á uno de los cargadores. Al mismo tiempo gritó con energía dirigiéndose á uno de los hombres:

—Sigan cargando.

Luisito se aproximó á su mamá que lo tomó en sus brazos y lo sentó sobre sus rodillas, colmándolo de besos.

—¿No es verdad, hermosura, que te quedas con mamá?

Luisito empezó á forcejear para librarse de los brazos de su madre, como acostumbran hacerlo todos los niños cuando se ven contrariados; y una vez suelto exclamó con resolución:

—Yo me voy con papá.

Aquella actitud del niño causó un efecto terrible en el ánimo ya turbado de Susana. Se sintió presa de una crisis de llanto y llevándose un pañuelo á los ojos con las dos manos, dijo con voz entrecortada y llena de desesperación:

—¡Hasta mi hijo me abandona¡ ¡Qué desgraciada soy!

Todos sus ensueños, sus pequeñas ambiciones se desmoronaban de un golpe y le parecía que el mundo entero se le venía encima, que era la más infeliz de las mujeres. No sabía en realidad si amaba ú odiaba á aquél hombre que la ponía en semejante trance; pero no obstante el abandono en que lo había tenido, amaba tiernamente al hijo de sus entrañas y aquella demostración

de despego la había herido en lo más hondo del alma. Instintivamente se daba cuenta de que había obrado mal, de que su marido tenía razón; pero los sentimientos superficiales y falsos que le había imbuido su madre y á que ella misma se había acostumbrado en varios años de vida social no contenida ni obstaculizada por nadie, pugnaban por prevalecer sobre los sentimientos más nobles y más puros que en ella estaban adormecidos. Dedicada al lujo y á los placeres, se sentía incapaz para la lucha y el trabajo; á momentos la atraían su esposo y su hijo, pero á esos dulces atractivos se entremezclaban en seguida visiones confusas de amigas que se burlaban, de conocidas llenas de defectos y á las que habría deseado confundir, de modistas, tenderos, comerciantes que en adelante le sería imposible tratar, de fiestas, reuniones, espectáculos acariciados ó en proyecto, y sobre todo la presencia de su madre que la dominaba y que de ningún modo habría estado conforme con aquel proceder de su esposo, ni habría consentido en separarse de ella.

Federico adivinó la lucha que se debatía en el ánimo de su esposa y, después de alejar

al niño y dar algunas órdenes, se aproximó y tomándola de las manos:

—Vamos, Susana,—la dijo,—ténme un poco de consideración y no me hagas padecer más de lo que ya he padecido. ¿Crees que yo no sufro tambien y que no he sufrido durante todos estos meses? Serénate y verás que no hay motivo para desesperarse. El niño te quiere lo mismo que á mí ó más; pero lo tenías un poco olvidado y se ha acostumbrado á verme á mi solo y á creer que lo quiero más que tu. Habrás notado que no se separa nunca de la niñera, como si la quisiera más que á nosotros. En cuanto vuelvas á dedicarte á él no querrá dejarte un momento y tendrás que pedirle tu misma que se entretenga alguna vez conmigo. Tu aflicción,—agregó soltando las manos de su esposa,—deriva especialmente del estado de vacilación en que te encuentras, de que no sabes que hacer: decídete de una vez á cambiar de vida, á vivir con nosotros, á no pensar en lo que dejas atrás y en seguida te encontrarás mejor, más aliviada, como si te quitasen un gran peso.

—Sí, tienes razón, iré con vosotros, contestó Susana sin estar muy convencida de la

conveniencia de su resolución.—Iré á hablar con mamá y á decirla que me marcho.

—Tu mamá armará un escándalo y se opondrá á tu partida. Es mejor que decidas por ti misma y de una manera definitiva.

—Pero mamá ha de aconsejarme bien, porque me quiere.

—Tu mamá te aconsejará lo que más convenga á su vanidad y á su manera de vivir y de ver las cosas, que no es la más acertada. No digo que no te quiera, pero yerra completamente en la aplicación de su cariño. Queriendo hacer tu felicidad, hará tu desgracia. Si deseas corregirte y vivir tranquila tendrás que alejarte de ella como lo ha hecho tu hermana y verla solo de vez en cuando.

—Parece que la odias.

—No es odio lo que me inspira, es repugnancia, porque siendo vieja quiere parecer joven, siendo pobre quiere rivalizar con los ricos, siendo ignorante quiere pasar por sabia y vive entre los artificios, las hipocresías, las mentiras, los engaños como el pez en el agua. Estoy seguro que lo primero que se le ocurrirá cuando sepa que tengo dinero para pagar á los acreedores es buscar la manera de aprovecharlo y arrebatarme una

buena parte, aún á trueque de impedir que se pague lo que se debe.

—No es tan mala como la pintas. No es capaz de una acción tan villana.

—Es capaz de todo con tal de hacerse un vestido más ó alquilar el automovil más costoso de Buenos Aires para causar envidia á las de Paz ó á las de Lopez ó á cualquiera otra. Pero, en fin, ya que el tiempo urge y es preciso concluir y liquidar todo lo que está pendiente deseo saber si, además de los atrasos que he tenido que pagar á la gente de servicio, tienes algunas otras deudas.

—Sí, debo el último vestido que me han hecho, dos sombreros y tres objetos adquiridos en lo de Costa por regalos que he tenido que hacer el mes pasado por dos casamientos y un cumpleaños de amigas mías.

—Ahí tienes las consecuencias de los compromisos sociales. ¿Y cuanto importa todo eso?

Susana reflexionó un momento. ¿Después dijo:

—Unos 450 pesos.

Federico hizo involuntariamente un movimiento de sorpresa y disgusto, determinado por lo crecido de la suma; pero dominándose en seguida, agregó:

—¿Nada más?

—Nada más.

—Está bien, se pagará todo. Darás aviso hoy mismo de que vengan á cobrar mañana sin falta de 10 á 12 de la mañana en el Hotel Imperial.

Susana recorrió después las habitaciones ya medio vacías, se informó de algunos detalles de la casa, supo que su esposo, anticipándose á la posibilidad de que ella no quisiera acompañarlo, había colocado toda su ropa en dos grandes baules nuevos, lo que la indujo á formular nuevas sospechas y nuevas observaciones. Sin embargo le dijo que los llevase al hotel junto con los suyos si ella no regresaba antes de que hubiesen concluido. Hizo algunas recomendaciones relativas á determinados objetos, llamó á Luisito que no quería aproximarse, temiendo que se lo quisiera llevar, lo cubrió de besos y cuando estaba á punto de salir y saludar á su esposo, éste la aferró violentamente por un brazo y dijo con energía:

—No nos dejes Susana; decídete de una vez.

—Pero si es casi seguro que voy á venir.

—No, lo dices con un tono de desfallecimiento que revela tus vacilaciones. Tu mamá se encargará de desvanecerlas en el sentido de que no marches.

—Dále con mamá, como si yo no supiera pensar por mí misma. Te digo que estoy casi resuelta.

—Bien, te pido un favor. Evítame la presencia de tu mamá siquiera hasta mañana ó hasta la hora de la partida. Ella no se podría callar, me haría observaciones improcedentes y yo no podría contenerme. Ya ves que estoy afligidísimo y no necesito ese nuevo disgusto para colmar mis sufrimientos.

—Bueno, le diré que no venga.

Y se despidió con un beso que á Emilio le pareció glacial y con un *hasta luego* que le pareció indiferente. Plantado en el umbral de una puerta, pálido, angustiado, la vió alejarse con tristeza, haciéndole el efecto de que la iba á perder para siempre.



Frases Reveladoras

Siguiendo la trama de las novelas corrientes que abundan como los hongos venenosos, nada sería más fácil que urdir una serie de episodios y aventuras inverosímiles y, trocando los papeles, hacer de Susana una víctima y de Federico un verdugo que sacrifica su mujer y su hijo á su capricho y á una pasión ilícita por otra joven que podría ser muy bien Gabriela Rodriguez. Exceptuando las novelas científicas á lo Julio Verne y las que han puesto de moda el género judicial ó policial, como las de Conan Doyle, de mérito relativo y de éxito ruidoso pero tal vez transitorio, la mayor parte de las novelas modernas están basadas sobre el adulterio y el libertinaje, como si las sociedades más cultas no fuesen otra cosa que grandes lupanares en que se juega á los amores ilícitos como se juega á los títulos en las bolsas. Pero hay exageración evidente en esa manera de juzgar, á lo menos

en lo que respecta á la sociedad argentina y lo peor es que con ello se ha dado vida á una literatura malsana y corruptora que no tiene siquiera el mérito de exponer con arte y con profundidad de observación y perfecto conocimiento del corazón humano, como lo han hecho Balzac, Flaubert, Zola, Bourget, Tolstoi y otros grandes escritores. Son malas imitaciones de estos admirables modelos.

Los hay tambien en gran número que sin alejarse totalmente de los amores carnales y de las pasiones desenfrenadas, apelan á la fantasía y tejen más ó ménos hábilmente casos y combinaciones de toda clase sin preocupación alguna por la realidad y sin más objeto que impresionar al lector é imponerse por lo raro y extraordinario de las situaciones que forjan; pero aunque algunos logran mantener la atención y suscitar las emociones de las gentes sencillas, incapaces de análisis, no pueden pretender que reproducen hechos reales, ni que reflejan aspectos de la sociedad en que actúan ó del ambiente en que viven.

Si bien las mejores novelas son siempre aquellas que logran encadenar la atención del lector y lo obligan á seguir su lectura

hasta el fin, teniendo escaso valor las demás consideraciones que se hagan al respecto, el autor, aunque á trueque de ser menos interesante, ha querido ceñirse estrictamente á la verdad y realidad de las cosas, que por lo que hace á los protagonistas de nuestra historia, han pasado en la forma siguiente:

Susana se dirigió á la casa de su madre, no en coche, como acostumbraba hacerlo, sinó en tranvía. Empezaba á sentir remordimiento por los derroches hechos y habríale parecido un crimen en aquel momento gastar un peso por un trayecto que podía salvar lo mismo por diez centavos. Su fondo honesto empezaba á sublevarse y á ponerse en condiciones de lucha con los sentimientos incorrectos y superficiales que habían prevalecido hasta entonces. Había en ella dos mujeres: la que había actuado bajo los incentivos del lujo, de la vanidad, de los placeres, cediendo á la guía y á los consejos de una madre extraviada, y la que estaba adormecida, la que cediendo á circunstancias desfavorables, se había declarado vencida y no podía resurgir si no bajo el impulso de sacudimientos inesperados, de hechos extraordinarios que no siempre se producen

en la vida. Vagamente podía concebir alguna sospecha sobre la fidelidad y el amor de su esposo; pero en realidad no creía que pudiese haberse enamorado de Gabriela Rodriguez y no estaba lejos de admitir que las quejas que él había formulado era muy fundadas y que ella no debía vacilar en seguirlo y compartir su suerte con resolución, buena voluntad y constancia. Era inteligente, estudioso y trabajador y se levantaría, sin duda, de la postración actual y se abriría camino. Quería sobre todo, reconquistar el cariño de su Luisito que viéndola poco, se había despegado de ella prodigando sus caricias á Federico y hasta á la niñera. Sentía que amaba á los dos y no podría separarse de ellos.

Pero á estos razonamientos se mezclaban otros menos agradables. Pensaba en todas sus relaciones y se imaginaba las burlas de que sería objeto, las exclamaciones de conmiseración á que daría lugar y que tanto ofenden. No estaba acostumbrada al trabajo, á las privaciones, al ahorro y se sentía incapaz de esfuerzos y de sacrificios. Pero si se iba ¿qué se le importaba á ella lo que dijeran? ¿No sería mejor imponerse á la atención ajena por la virtud, por los méritos de una mujer

activa y hacendosa que por la ostentación, y la vanidad?

En este estado de ánimo contradictorio en que pugnaban los sentimientos más opuestos y las vacilaciones cedían á los arranques generosos ó viceversa, llegó Susana á casa de su madre á quien refirió con la agitación consiguiente la sorpresa que había recibido al llegar á su casa y lo demás que queda referido en el capítulo anterior.

Doña Carmen lanzó media docena de ternos y perjuros que por lo tremendos é indecentes harían ruborizar al lector y más aún á las lectoras, aún que es probable que más que rubor causarían indignación. Las damas de la buena sociedad tienen tambien en sus desahogos íntimos palabras y frases que desentonan con la pulcritud y corrección que suelen guardar en público y ya sabemos que Doña Carmen no era plata labrada en materia de educación é inteligencia.

—Vaya con el atrevido, el traidor, el sin verguenza,—agregó. Se venía haciendo el humilde y estaba preparando todo eso. En vez de buscar, como Sanchez y otros los medios de ganar más, para que su mujer pueda gastar y hacer mejor papel, pedía dinero á su padre para huír como un cobarde,

abandonando á su esposa y arrebatándole su hijo. Pero no le ha de ir todo tan bien como él se cree. Ahora mismo voy á verle y me ha de sentir.

—Me ha pedido como un favor que le evite hoy la presencia de Vd. y se lo he prometido.

—¡Ah me tiene miedo! Mucho mejor. No tengas cuidado, no te voy á comprometer. Le diré que te he engañado, que hé salido con un pretexto cualquiera sin decir á donde iba. Pero primero fingiré, le hablaré con amabilidad, aúnque me costará mucho contenerme. Ya que tiene dinero hay que sacarle lo más que se pueda para nuestros gastos.

Como si hubiese sentido la moderdura de una víbora, Susana, que al llegar se había quitado el sombrero y sentado en una silla desalentada y triste, se puso de pié y con el horror pintado en su bella cara de cutis fino, con una voz completamente alterada y que su madre nunca le había oído, gritó:

—No, no irá Vd. á verle; yo soy quien me iré con mi marido para no separarme más de él. Vd. ha tenido en el primer momento el mismo pensamiento que yo: sacarle dinero. Y tenía razón Federico al decir que muy corrompida debía estar para concebir pensa-

mientos tan deshonestos. Pero no, yo no lo estoy; es Vd. la que parece incorregible. La coincidencia me ha abierto los ojos y ya no puedo ni debo vacilar, porque veo que Vd. llega hasta el punto de pretender que Federico sea como Sanchez, cuando Vd. misma ha dicho una infinidad de veces que aquel es un pillo, sin delicadeza y sin escrúpulos, que vive de la explotación y del engaño y que en vez de codearse con la gente honrada debía estar en un calabozo. ¡Dinero para gastar, para aparentar lo que no somos y causar envidia á otras infelices que hacen lo mismo que nosotras: he allí nuestro único ideal! Pero al fin veo claro: esto va á concluir. Oígame Vd. bien: si no quiere reñir conmigo ni obligarme á que no la mire más la cara, le prohibo que vea á Federico hasta que yo la avise. Y le prohibo también que le haga el menor reproche ni la menor observación respecto á su actitud cuando lo vea, que será esta noche ó mañana. Yo me voy con él. Prepáreme toda mi ropa: vendré á buscarla esta tarde.

La voz, la cara, los ademanes de Susana que se levantó en seguida para ponerse el sombrero, revelaban tanta resolución y energía que Doña Carmen se sintió desfallecer

y comprendió que sería inutil cuanto dijera para hacer cambiar de opinión á su hija, sobre la cual ya no tendría desde aquel mismo instante la influencia que antes había ejercido. Así que dejándose caer sobre una silla murmuró sollozando:

—Así me pagas lo mucho que te quiero y los sacrificios que he hecho por tí.

Pero como dominada por un pensamiento fijo, Susana no la oía y como si continuase su propio desahogo, exclamó al salir:

—Ni una palabra más.

Todavía su madre se atrevió á insinuar para detenerla:

—¿Te vas á ir sin almorzar? Son cerca de las doce.

—Almorzaré con mi marido y con mi hijo. Y si ellos no almuerzan no almorzaré yo tampoco.

Y salió. Estaba como transfigurada, como si fuese otra mujer distinta. Sentía dentro de sí misma una satisfacción indefinible. Federico tenía razón: sus sufrimientos eran debidos á sus vacilaciones é incertidumbres. Ahora que había tomado una resolución, en vez de dolor experimentaba placer y lo que más la alegraba era el sentir que se habían roto las ligaduras que la

sujetaban al mundo artificial en que vivía. Respiraba más libremente como un preso que abandona la cárcel, como un pájaro que logra escapar de la jaula. Comprendía que si en aquél momento se le hubiesen aparecido todas sus relaciones, las de Lopez y las de Guerra y las otras con vestidos y sombreros flamantes y lujosísimos y llenas de joyas vistosas, las habría mirado con desprecio, no le habría importado nada absolutamente.

Tanta prisa tenía de llegar á su casa que e parecía que el tranvía eléctrico iba á paso de tortuga y que todos, los transeuntes, el motorman, los cocheros y los carreros se habían confabulado para entorpecer la marcha. Nunca el trayecto había sido tan largo, ni la gente más molesta.

Cuando llegó, se fué á paso rápido hacia su esposo que estaba en una de las primeras habitaciones, lo abrazó escondiendo su cara sobre su hombro derecho y exclamó sollozando por la emoción:

—¡Federico!

Él comprendió inmediatamente y desvinculándose en el acto y con cierta violencia, empezó á gritar con voz estentorea que hizo temblar la casa y llamó la atención de

los peones que estaban cargando los últimos objetos:

—¡Luisito! !Luisito!

Y como éste llegara corriendo agregó:

—¡Mamá viene con nosotros!

—Yo me pondré á la ventanilla con papá,—dijo Luisito.

—Y conmigo también, querido,—exclamó Susana levantándolo en sus brazos y comiéndolo á besos.

—¿Y María también?—preguntó el niño.

—Y María también,—contestó la madre.

Y Luisito abrazó entonces á su madre con efusión y la besó expontáneamente.

Dos lágrimas surcaron las mejillas de Federico, quien manifestó su satisfacción y agradecimiento á su esposa con una mirada profunda y un beso afectuoso. Susana reía y lloraba á un mismo tiempo y tardó algunos minutos en reponerse y dominar la emoción que la embargaba.



Un incidente y un escarmiento

Aquí podría concluir nuestra historia con breves referencias sobre lo que ha sido de los esposos Zurbarán en los pocos años que han transcurrido desde que los hemos encontrado en vísperas de partir para Tucumán hasta la aparición de éste libro, si no hubiese ocurrido entonces un incidente que tuvo gran resonancia en los círculos sociales y que dió mucho que hablar entre las principales familias bonaerenses.

La noticia del brusco levantamiento de la casa y de la partida inminente cundió con rapidez entre las relaciones de los jóvenes esposos y entre las personas que sin haberlos tratado personalmente los conocían, sin embargo, y se habían ocupado de sus asuntos. Queda dicho más arriba que casualmente era día de recepción aquél en que Federico llevó á efecto su resolución de liquidar las trampas y los apuros intolerables que ellas le habían originado, por lo que

algunas señoras que fueron de visita tuvieron que enterarse aquella misma tarde, al encontrar la puerta cerrada, de lo extraordinario del caso, y de lo incorrecto del procedimiento que, según ellas, se había empleado, aúnque en el primer momento no supieron á que atenerse ni como explicarse la clausura de la casa y la ausencia de sus dueños.

Como á falta de informaciones directas se busca siempre la explicación de ciertos hechos en la inducción, en las suposiciones que permiten hacer los antecedentes que se tienen de los hechos mismos, circularon en seguida las versiones más exageradas y extrafalarias y se habló de separación de los cónyuges, de ejecución judicial por deudas, de la simulación de una enfermedad del niño para poder ausentarse y evitar con la venta de los muebles el escándalo que iban á dar los acreedores.

Al día siguiente empezaron á tenerse noticias más precisas porque algunas señoras, en el colmo de la curiosidad y de la impaciencia, despacharon emisarios para que disimuladamente se informaran de lo que había pasado. Y como Federico no ocultaba ya sus propósitos y sus pensamientos, no fué

difícil conocer la verdad y saber á que atenerse. Sin embargo no cesaron las exageraciones, debido en parte á doña Cármen, que deseando atenuar los efectos de aquél golpe tremendo, de aquel derrumbamiento inesperado de sus ilusiones, se había dedicado á prevenir á las familias conocidas que el estado gravísimo del padre de Federico había obligado á éste y á su esposa á salir inmediatamente para Tucumán, sin tiempo para despedirse de nadie, dejándola á ella el penoso encargo de advertir á los amigos.

Aquella tarde había recepción en casa de la señora de Mendez y á ella concurrió doña Carmen para repetir una vez más su inocente mentira con gran asombro de tres ó cuatro señoras, que estando bien informadas, se sonrieron irónicamente y se dirigieron unas á otras miradas significativas, saturadas de incredulidad y desprecio.

Por fortuna para doña Carmen, no estaba presente en la reunión Gabriela Rodriguez, porque esta no habría podido callarse, ni dejar de decirla que se fuese á otra parte con el cuento; pero Gabriela llegó poco después, acompañada de su madre, cuando doña Carmen acababa de retirarse y

cuando más animados é insistentes eran los comentarios sobre el caso de los esposos Zurbarán.

—Estos intrusos, — decía una dama cincuentona, gruesa como un barril, en cuyo aspecto plácido y modales reposados se descubría la señora adinerada,—echan á perder la sociedad. Yo no me explico ese empeño de tanta gente de gastar más de lo que ganan y ponerse en una posición falsa que un día ú otro se ha de hacer intolerable.

—Pero Vd. no me negará,—interrumpió otra señora que por estar cargada de deudas veía que la conversación se colocaba en un terreno peligroso para ella y deseaba desviarla,– que la conducta del señor Zurbarán es completamente irregular é injustificable. Cuando uno se mete con razón ó sin ella en lo que se llama «mundo social», debe hacer como todo el mundo, puesto que nadie lo llama ni lo obliga y, sinó, retirarse á tiempo guardando las formas.

—Soy de su misma opinión,—agregó la jóven señora de Sanchez cuyo sombrero y cuyo vestido eran los más lujosos de la reunión y cuyas alhajas brillaban descaradamente, proclamando su valor crecidísimo.—

El señor Zurbarán podía haber reducido sus gastos, haber cambiado de vida sin dar con la puerta en las narices á sus relaciones, sin llamar tanto la atención, buscando un pretexto cualquiera. Pero con razón ha dicho siempre mi esposo que es un infeliz, un inútil, que no llegará á ninguna parte. Y si no, aquí está Gabriela que dirá si tengo ó no razón.

—Yo creo que ha hecho perfectamente, —contestó la interpelada,—porque cualquiera que sea la forma que se emplee para romper con lo que es falso y perjudicial, siempre es plausible. El señor Zurbarán necesitaba obrar así para asegurarse el éxito y evitar la presión que de otro modo habrían hecho sobre él su esposa y su suegra. Pero supongamos que hubiese buscado un pretexto, lo que habría sido otra falsedad, y que hubiese advertido á todas sus relaciones que graves razones de familia le obligaban á salir apresuradamente de la capital. ¿Creen Vds. que habría evitado las críticas? No, habríamos oído los mismos comentarios de conmiseración y desprecio á su respecto. La sociedad de buen tono es cruel y despiadada en alguna de sus manifestaciones, y nosotras, individualmente, so-

mos á veces más crueles que la sociedad. Por ejemplo, es un hecho que nadie ignoraba la precaria situación de los esposos Zurbarán, las deudas que tenían, los apuros que atravesaban. ¿Hay alguna señora que haya tenido en cuenta esta circunstancia al repartir las localidades y funciones de beneficencia que con tan abusiva frecuencia organizan las innumerables asociaciones útiles y inútiles, plausibles y condenables que existen en la capital de la República? Estoy segura de que la señora de Gimenez aquí presente y que preside una de las asociaciones más importantes, no ha tenido en cuenta para nada esa situación que conocía lo mismo que yo ó mejor.

—No podía tenerlo en cuenta,—dijo la interpelada, agitando con alguna nerviosidad su abanico,—porque la señora y su mamá vestían con lujo, se exhibían en automovil, tomaban abonos á los teatros y se habrían ofendido si se hubiese prescindido de ellas ó se hubiese dado á entender que se les tenía consideración por su escasez de recursos.

—Es cierto,—agregó Gabriela,—la vanidad las poseía y eran víctimas, como tantas otras, de sus propios defectos; pero se las habría tratado lo mismo aún que su conducta

hubiese sido distinta y solo se las habría dejado en paz si hubiesen confesado abiertamente su miseria, en cuyo caso nadie las habría visitado, se las habría mirado con desprecio. Un egoismo feroz y una rivalidad innoble guían la mayor parte de las acciones individuales. No hay amistades verdaderas ó á lo menos son rarísimas. Los males de las personas á las cuales demostramos aprecio y que deberían afligirnos, á veces nos causan placer. Los señores de Zurbarán han salido de un atolladero, de un callejón sin salida, y he aquí que en lugar de regocijarnos, los criticamos. La señora de Sanchez hasta llega á calificar de infeliz é inutil á Don Federico.

—Hé repetido una frase de mi esposo: ni él, ni yo lo hemos dicho con mala intención.

—No lo dudo; pero Vd. sabe que hay algo peor que romper las ficciones del código aristocrático y burlarse de las trabas sociales para pagar á todo el mundo lo que se debe y buscar el encumbramiento con el trabajo y el talento: es mucho peor explotar la ignorancia de los demás por medio de la publicidad, aprovechar los lunares de la ley para comerse tranquilamente el dinero de los demás sin pensar en los dramas familiares

á que se da lugar, en las lágrimas que se causan. Yo no entiendo de esto, pero le oí la otra noche á uno de nuestros doctores más inteligentes y más honrados que hay hombres vivos que saben formar sociedades á fuerza de grandes anuncios, y otros más vivos todavía que como gerentes, presidentes ó directores hacen desaparecer paulatinamente el dinero de esas sociedades, con lo que se enriquecen y obtienen recursos para mantener con lujo á sus mujeres y también á sus amantes. Agregó que más de uno de los que brillan en sociedad debían estar en presidio con más motivo que los ladrones.

Hemos dicho más arriba que Gabriela Rodriguez era implacable en sus críticas y alusiones y bien sabía que al mentar la palabra *amante* clababa un puñal en el corazón de la esposa de Sanchez hasta la cual habían llegado rumores sobre las relaciones ilícitas de su esposo con una joven y bella bailarina italiana que á expensas de aquel gastaba un lujo tan desenfrenado como llamativo. La señora de Sanchez se había puesto encarnada como la purpura y se agitaba en su asiento con deseos de hablar y sin poder hacerlo como si le fuese á dar un ataque de apoplegía; poı lo que la bondadosa señora de Mendez, vien-

do que el diálogo de la joven casada y de la terrible joven soltera tomaba un giro peligroso y que las señoras presentes empezaban á mirarse unas á otras con azoramiento, intentó desviar la conversación con estas palabras:

—Esta Gabriela vé siempre las cosas de distinta manera de los demás y las dice sin rodeos, con una crudeza que las hace parecer más graves de lo que son. La verdad es que hay mucho de bueno y mucho de malo en la sociedad y hay que tomarla como es, oponiéndose á lo que resulta evidentemente ridículo ó absurdo. Si cada cual quiere hacer lo que mejor le parece tendrá que quedarse en su casa y no tratarse con nadie. Yo tampoco estoy conforme con que las mujeres se pasen el día entre las modistas, las floristas, los zapateros, las reuniones y los teatros sin tener una hora para dedicar á sus hijos, á la familia, á los cuidados de la casa. Las mujeres—maniquis no son de mi agrado, como no lo son los calaveras entre los hombres. Habría que inventar para nosotras un calificativo que correspondiese á ese que se aplica á los hombres. Pero si hay gentes que se colocan en terreno falso que los lleva fatalmen-

te á la ruina y al ridículo, vd. sabe, Gabriela, que son los menos y que no todo es ficción en las relaciones sociales, porque se hacen obras benéficas y también á veces favores personales de gran trascendencia. Amigas ó no, las personas con quienes tratamos intervienen en los principales actos de nuestra vida y atenuan nuestros dolores ó hacen resaltar mejor nuestras alegrías. Y al decir esto no entiendo aludir á los esposos Zurbarán, que me son particularmente simpáticos y á los que deseo toda clase de felicidades.

—Yo conozco sus buenos sentimientos, señora,—dijo Gabriela,—y sé que vd., es tolerante y no piensa mal de nadie.

Las señoras presentes asintieron con movimientos afirmativos de la cabeza ó con breves observaciones; pero la señora de Sanchez no quería quedarse bajo la impresión del tremendo garrotazo que le había asestado Gabriela, así que haciéndose un poco de violencia, dijo con voz temblorosa:

—Yo no sé si la señorita ha querido referirse á mi esposo al hablar de los gerentes de sociedades........

El Sr. Sanchez era gerente de una sociedad de quebrachales en liquidación y direc-

16

tor de otra de minas también en liquidación.

—Yo no hé querido referirme á nadie,—contestó Gabriela;—pero ya que vd. me pregunta sobre esto, le diré que no es su esposo el que tiene derecho á llamar «infeliz» é «inutil» al Sr. Zurbarán.

—Cualquiera diría que vd. tiene la misión de defender al Sr. Zurbarán.

—Yo no tengo misión ninguna, sino que me gusta decir la verdad y poner las cosas en su lugar. Nadie me impedirá que yo diga que el Sr. Zurbarán vale mil veces, cien mil veces más que su esposo, y apesar de que ahora está caido y poco menos que en fuga, ha de llegar día en que vd. y su esposo se le quiten el sombrero y reconozcan que no es un infeliz ni mucho menos.

A este punto intervino la señora de Mendez y dijo:

—No puedo permitir que vds. sigan en ese tono. Si tienen agravios que ventilar haganlo fuera de mi casa. Aquí quiero que haya paz y concordia.

Las aludidas recibieron la lección sin protesta. La conversación cambió de tono, pero no fué posible evitar su frialdad y estiramiento. La reunión acabó más pronto que de costumbre.

La partida

Aquella misma noche llegó á conocimiento de Susana y de su esposo lo ocurrido en la reunión de la señora de Mendez, porque las tertulianas que habían presenciado el pequeño escándalo se convirtieron inmediatamente en voceras del mismo en el seno de sus familias y en el circulo de sus relaciones y como Federico era simpático y tenía buenos amigos entre los jóvenes que lo conocían, no faltó uno de ellos que lo buscara para referirselo.

Gabriela se había abstenido de visitar á Susana por delicadeza, temiendo avergonzarla. Además, ni aquella ni su marido nada le habían comunicado y, aúnque deseaba saludarlos, consideraba imprudente obrar por su propia cuenta y satisfacer su deseo sin que se la invitara á ello. Pero á las diez de la mañana del día siguiente recibió por un mensagero una cartita concebida en estos términos:

Querida Gabriela: Mil gracias por tu actitud generosa. Por las razones que tu conoces, hoy á las 3 p. m. me ausento para Tucumán con mi esposo y mi hijo. Tendría gran placer en darte un abrazo de despedida y te ruego me comuniques por teléfono en la forma que gustes si puedo venir á verte en tu casa á las 11.—Tu afectísima amiga

Susana.

Hotel Imperial.

Gabriela se vistió más que de prisa y media hora después llegaba al hotel acompañada por una de las mujeres que estaban al servicio de su familia.

Las dos jóvenes se abrazaron y besaron repetidas veces y Susana sin soltar á su amiga se puso á llorar inclinando su cabeza sobre el hombro de aquella.

—No llores, tonta,—exclamó Gabriela.—Verás como se arreglará todo.

—Si no lloro por eso,—dijo Susana desprendiéndose y llevándose un pañuelo á los ojos; — lloro de emoción y de alegría pensando que todavía hay almas grandes como la tuya que saben compadecer sin ofender, y que conservan el mismo cariño en la desgracia que en la buena suerte.

—Más en la desgracia que en la fortuna, Susana.—La amistad no debe regularse por

los vestidos que una lleva, ni por las rentas que gasta.

—Pero nadie sigue tu ejemplo.

—No lo creas: hay más de una que haría lo mismo que yo si tuviese la misma resolución y no contuviese sus propios impulsos con escrúpulos de monja.

—Lo dudo: podría citarte una docena que saben que parto hoy, que han tenido noticia por mi madre de que estoy aquí y que no han dado señales de vida.

—No importa; no te aflijas por eso. Míralas con desprecio. ¿A dónde está tu esposo? Quiero felicitarlo por lo que ha hecho.

—Ha salido á hacer compras y algunas diligencias: No tardará en volver.

—¿Y tu niño?

—Debe andar por allí con la niñera. La llevo por indicación de Federico porque es buena y el niño la quiere mucho.

Las dos mujeres se explayaron en una transfusión de sus almas, la una satisfecha de su buena acción y sostenida por sus ideas sólidas y sus sentimientos elevados, la otra tranquilizada por completo respecto á las sospechas que había concebido y oyendo con placer los elogios que le tributaba su

amiga por haberse desprendido de un golpe del cúmulo de falsedades y artificios que constituían su vida.

Federico llegó al cabo de media hora y al ver á Gabriela tiró sobre una silla los dos ó tres paquetes que traía, dejó su sombrero, se fué hacia ella y aferró con sus dos manos la mano derecha que aquélla le tendía amable y sonriente, y exclamó con voz emocionada:

—Muchas gracias, señorita. Cuente Vd. con mi agradecimiento más profundo.

—Oh! si no vale la pena. Ustedes me confunden.

—¿Qué es esto, Federico? Tienes el lado derecho del saco partido en dos,—dijo Susana.

—Si, me enganché en el clavo saliente de una puerta y se me rompió. Ahora me lo voy á cambiar.

—Además me parece que estás pálido. ¿Te has peleado con alguno?

—Es que hé venido muy á prisa y hé subido la escalera sin ascensor. ¿Con quién me había de pelear?

—No diga Vd. que no,—interrumpió Gabriela interviniendo en el asunto con su franqueza acostumbrada.—Yo, estoy segura de

adivinar á quien ha ido Vd. á ver esta mañana.

—Con Vd. no quiero fingir. No tengo derecho á ocultarle nada. Pues sí, hé ido á buscar á Sanchez en su escritorio y le hé dado una lección. Usted comprende que con ciertos tipos no vale la pena de guardar las formas y no sería posible llevarlos tampoco al terreno del honor.

—Ha hecho Vd. perfectamente.

—Muchas gracias. Sería preciso hacer muchos escarmientos como este. Está plagado el país de vividores sin escrúpulos como este, adoradores del éxito, que cometen toda clase de bajezas y humillaciones, que adulan á los que pueden favorecerlos, que doblan el espinazo ante los poderosos para asegurarse la impunidad de sus malas acciones y se muestran soberbios y despreciativos hacia los humildes, hacia los caídos. La dignidad y el caracter tienen escaso valor entre nosotros y hay que rehabilitarlo y relegar al desprecio á los que se enriquecen por medios deshonestos ó se mantienen á flote con procedimientos rastreros, prolongando el reinado de las nulidades y de las medianías.

—Estamos completamente de acuerdo,—dijo Gabriela.

—Yo la rogaría, sin embargo, que de esto de Sanchez no dijiese una palabra á nadie. No deseo envanecerme por cosas tan pequeñas.

—Se lo prometo, ya que Vd. me lo pide.

Y con esto Gabriela saludó á sus amigos, diciendo que la despedida quería darla en la estación del ferrocarril, no obstante las protestas de aquellos que no querían se molestase.

La despedida que se hizo á los viajeros fué más concurrida y expansiva de lo que habría podido imaginarse. Además de la familia de Gabriela y de doña Carmen, que ateniéndose á las instrucciones de su hija no se había dejado ver hasta el último momento, había varias amigas de Susana que acudieron á la partida, unas expontáneamente, como una reacción de sus buenos sentimientos contra los pequeños que habían prevalecido en el primer momento, y otras advertidas por Gabriela que quería sobrepujarse á si misma y dar esta satisfacción á la joven y hasta hace poco extraviada esposa, cuyos celos pasajeros é infundados había adivinado en las miradas frías y reticentes do algunos encuentros anteriores á las dos últimas entrevistas. Había, sobre todo, muchos jóvenes amigos de Federico que olfateaban en él al hombre fu-

turo llamado á desempeñar un papel importante en la política nacional.

En los días siguientes á la partida de nuestros protagonista dió mucho que hablar una repentina enfermedad del Sr. Sanchez, quién al cabo de varios días apareció con la cara deformada y con dos dientes menos, como un boxeador después de una lucha accidentada con un adversario más poderoso. De ello se habló mucho en las reuniones sociales y en el vasto círculo de las relaciones de Sanchez; pero si bien Gabriela guardó el secreto, no sin grandes esfuerzos, pues le era difícil contenerse, atando cabos y ligando el hecho con el incidente ocurrido en la reunión de la señora de Mendez, se convino en una versión que si no respondía completamente á la verdad, mucho se le aproximaba.



Cuatro años después

Como ocurre con todo hombre de mérito cuando encuentra circunstancias y condiciones propicias al desarrollo y aplicación de sus cualidades y aptitudes, sea literato ó artista, político ú hombre de ciencia, Federico se destacó en primera línea á los pocos meses de su llegada á la provincia natal, una vez que hubo estudiado el terreno y trazado su plan de operaciones bajo la guía experta de su padre y las excitaciones de algunos políticos provectos, á quienes cayó en gracia el empuje de aquel joven inexperto, ilustrado y franco que decía verdades temibles en una forma culta, sin herir susceptibilidades, sin ofrecer blanco al ataque y á la réplica. Su palabra cálida y fácil, correcta y persuasiva, se impuso enseguida á la atención de sus comprovincianos, contribuyendo tambien á su éxito lo arrogante de su figura y las flexiones armoniosas de su voz biem timbrada y penetrante. Le costó algun esfuerzo

amoldarse á ciertas intrigas de campanario y á los sistemas electorales en uso en la mayor parte de los estados argentinos, sometidos á las manipulaciones é influencias del gobierno federal, como las ramas de un árbol al tronco que las sostiene, lo que hace que la mayor parte de las repúblicas americanas sean menos liberales y democráticas que algunas monarquías. Pero al fin se rindió á los consejos prácticos de su padre y de otros parientes, pensando, por otra parte, que lo principal era llegar sin incurrir en acciones desdorosas y que después recuperaría su entera independencia.

El hecho es que cuatro años después fué elegido diputado nacional, porque esta es la ventaja de todo régimen democrático: realiza actos de justicia y sinceridad encomiables, á veces inevitables Por muchos que sean los defectos que existen en la interpretación y aplicación de los preceptos que informan ese régimen, basta un cambio de hombres, la elección de un gobernante recto y bien intencionado para que se disfruten todas las ventajas que le son inherentes y se obtengan todos los beneficios que puede dar y que virtualmente hacen que el sistema republicano sea muy superior al monárquico.

Federico Zurbarán figura ahora entre los diputados más populares y más elocuentes, habiendo ya tomado parte en la discusión de proyectos importantísimos y adquirido en seguida gran influencia sobre un grupo de colegas menos hábiles y menos capaces para las luchas parlamentarias.

Su esposa lo ha secundado eficazmente y aleccionada por la experiencia, no ha querido establecerse con lujo en la capital, ni adquirir compromisos sociales á que la incitaban las relaciones antiguas y que en parte le permitía el lauto estipendío que su esposo recibe como legislador. Susana quiere hacer economías para no volver á encontrarse en apuros y para esto no tiene ya que luchar con los consejos de su madre, quien murió á los dos años de su partida, víctima de una pulmonía fulminante pescada una noche de invierno al salir de un teatro. Se dedica en cambio al cuidado de sus hijos, pues al vivaraz Luisito se ha agregado una Elvira encantadora que ya tiene tres años y que su mamá se come á besos diariamente porque es tan graciosa como bonita.

Pero es seguro que más tarde, cuando se vea obligada á ello por los altos cargos que desempeñará su esposo, Susana será la reina

admirada y envidiada de los salones bonaerenses. Porque no hay duda que Zurbarán será pronto ministro y quizás más tarde presidente de la república. Entonces estarán frescos los que viven de la ignorancia y buena fé de los demás, los que explotan, los que engañan, los que son alguna cosa no debiendo ser nada, los que ocupan cargos públicos sin capacidad para desempeñarlos, los que llegan á los altos puestos, no por derecho ni por méritos propios, sino por recomendaciones, por influencias, por parentesco, por intrigas ó combinaciones políticas, por dinero ó por otros medios ilícitos, inmorales, anómalos, inaceptables. Serán barridos como por un vendaval, y las virtudes cívicas serán rehabilitadas, y la palabra patriotismo no podrá estar en boca de todos ni ser pronunciada por cínicos desvergonzados que viven en perpetua contradicción entre sus palabras y sus actos. El caracter, el mérito y la honradez ocuparán el lugar á que tienen derecho en una sociedad vigorosa y bien organizada, en el seno de un gran pueblo. Zurbarán promete ser un reformador implacable de los vicios y de las costumbres sociales y es seguro que con él se elevarán aun más los destinos, ya brillantes y gloriosos, de la República Argentina.

Claro está que perseguirá en primer término la reforma en la educación de la mujer á la que hace responsable de la mayor parte de los males que afligen á la sociedad argentina. Esto constituye desde ahora su principal, casi su única preocupación. Quiere que la mujer argentina sea más enérgica, más laboriosa, menos superficial, menos dada al lujo y á la vanidad. Obtenido esto, lo demás vendrá casi por si solo, produciendo generaciones de jóvenes virtuosos, capaces de renovar las hazañas de los tiempos heróicos y de distinguirse entre los pueblos americanos como la juventud alemana se distingue entre los pueblos de Europa. No esperará para intentar su reforma que se lo lleve á algun ministerio, porque tiene muy adelantado su proyecto y no omitirá medio para obtener su aprobación á la brevedad posible. Entre las medidas que propondrá figura la de obligar á las maestras á dar el ejemplo, presentándose á las clases sencillamente vestidas, con un uniforme parecido al de ciertas colegialas, y la creación de numerosos premios y distinciones para las niñas y las madres que no obstante su buena posición social, sepan abstenerse de las cosas superfluas y vivir con sencillez y modestia.

Si las ideas y los propósitos de Zurbarán llegan á prevalecer, nunca hombre alguno que haya escarmentado en cabeza propia, habrá aprovechado mejor el escarmiento en favor de los demás.



LA BELLA CRIOLLITA

La Bella Criollita

I

Qué pensamientos cruzarán por las mentes de los niños abandonados, de los expósitos, cuando la edad los pone en condiciones de apreciar toda la magnitud de su desgracia, de su desvalimiento?

¿Qué sentimientos predominan en esos seres crecidos al amparo de la caridad pública ó de los auxilios misteriosamente proporcionados por los mismos autores de sus días, frutos del vicio ó de las pasiones irresistibles y desenfrenadas, criaturas infelices que ignoran las dulzuras del hogar y que nun-

ca han sentido sus frentes acariciadas por el aliento vivificador de una madre?

Los novelistas y dramaturgos se han apoderado del tema con fruición y lo han tratado bajo mil aspectos distintos. Se cuentan á centenares y, tal vez, á millares las novelas, dramas y comedias cuyos argumentos giran alrededor de los amores ilícitos, de los niños abandonados por los que les dieron la existencia, de las infinitas situaciones y combinaciones á que se prestan hechos semejantes. Sin embargo la realidad supera á veces las concepciones de la imaginación y presta algo nuevo, algún detalle, alguna nota conmovedora ó interesante que no se ha leido en ninguna novela, ni visto en ninguna escena dramática ó que se ha visto ó leido en forma análoga ó aproximada, pero siempre distinta. Por eso el tema seguirá prestándose á nuevas producciones y revestirá siempre ese carácter novedoso del amor, que tratado bajo todas las formas y por todos los literatos del mundo desde las épocas más remotas, sigue siendo tan joven y tan fresco como en los tiempos de Adam y Eva y sigue dando tema á las elucubraciones de los escritorzuelos

adocenados como á las creaciones admirables de los grandes talentos.

Un filósofo pesimista cree que los expósitos no hacen otra cosa que maldecir á los ignorados autores de sus días, sin perjuicio de invocarlos á veces y anhelar constantemente su aparición. Motivo sobrado habría para ello y de esto podrían tomar nota los que sueñan en la abolición de la familia, en la organización de un mundo distinto del actual en él que las pasiones, los afectos, los sentimientos se someterían á reglas uniformes y se gobernarían como el movimiento de un reloj ó de una máquina de vapor.

Sin embargo suele haber entre los que no han conocido á sus padres y llevan en su frente el estigma del error ó del vicio, almas bondadosas, corazones sensibles que lloran, pero que no desesperan ni maldicen, reflejando quizás cualidades plausibles de los autores de sus días, á quienes el hado adverso les habrá impedido con harto dolor reconocer el fruto de su pasión extraviada y ciega.

Una de esas almas nobles, cándidas, sencillas, acaba de desaparecer en uno de los barrios de la capital, en la calle Corrientes cerca del Mercado de Abasto, donde vivia

humildemente, pero con decoro entre gente pobre que la apreciaba y que ha llorado su muerte como si se tratase de un pariente cercano y querido.

Era una joven de 24 años, alta, bien formada, elegante, de ojos negros y soñadores, de cutis blanco, un tipo criollo por excelencia, de porte aristocrático, como si por ley de herencia, se hubiesen transfundido en ella los rasgos típicos de las personas de alta posición social, á la que sin duda debían pertenecer sus desconocidos padres.

Se llamaba Enriqueta Pusterla, apellido este que había tomado de la honrada familia italiana en cuyo seno había crecido, mientras el nombre lo debía al caballero que recién nacida la entregó á dicha familia, su padre probablemente, ó alguien á quien su padre había encargado que indicase ese nombre, puesto que nadie habría podido sostener con seguridad una versión con preferencia á otra.

Un día en efecto, ó mejor dicho el anochecer de un día del mes de Marzo, según referencias mil veces repetidas por la misma Enriqueta y por los que la habían recibido y educado, se detuvo un coche frente á un conventillo de la calle Alsina cer-

ca de Entre Ríos y un joven que bajó de él, llamó á la puerta y preguntó si vivía allí un ama de cría que se había ofrecido en un diario. Varios chicuelos que aparecieron en seguida le contestaron que si y llamaron á gritos á doña Antonia que salió de su pieza y fué al encuentro del jóven, quién, para librarse de la curiosidad de todos los muchachos que se habían reunido y de las vecinas y vecinos que asomaban en cada puerta, se metió en seguida en la pieza de donde había visto salir á la mujer y la hizo cerrar no obstante el calor que hacía en aquella tarde calmosa de principios de otoño en que el verano se despedía entre reflejos de hoguera.

El jóven era un buen mozo, de estatura regular, de facciones correctas, elegantemente vestido, un poco moreno de cutis, pero estaba pálido, agitado, nervioso, notándose la violencia que le producía aquel acto, aquellas gestiones que estaba practicando.

Hizo breves preguntas, y, convenido el precio de la mensualidad que era poca cosa, porque Antonia que había llegado hacía poco á Buenos Aires no se mostró exigente, dijo el jóven que iba á entregarle una

niña que llamarían Enriqueta y que deseaba fuese bien cuidada.

Aquí doña Antonia no ahorró promesas y exclamaciones capaces de infundir seguridades al más incrédulo, castellanizando algunas palabras de su dialecto veneciano, con lo que su lenguaje asumía un color indefinible.

—Ahora, — agregó el jóven, — le pagaré un año adelantado y le daré algo más para gastos de ropa; después aunque no se presente nadie á pagar á su tiempo, no tenga Vd. cuidado, se le pagará todo más tarde. Solamente, si ustedes cambian de domicilio sírvanse comunicarlo cada vez á las iniciales R. S. en lista de correos. Para que no se equivoquen aqui está consignado en un papelito. No lo pierdan.

Y acompañando las palabras con el ademán, entregó á la mujer un papel y en seguida se puso á contar los billetes hasta una cantidad equivalente á 600 pesos de nuestra moneda para no consignar monedas ya olvidadas que obligarían á entrar en detalles y explicaciones.

Antonia á todo asentía, se deshacía en seguridades y cuando vió tantos billetes juntos en sus manos quedó tan deslumbrada

que la vista se ofuscaba y no sabía lo que se hacía, si bien maquinalmente hundió los billetes en un largo bolsillo, porque había vecinos muy pillos de los que no convenía fiarse, pues si alguno había visto algo sería capaz de robárselo en la pieza mientras iba á despedir á aquel señor hasta la puerta de calle.

—Venga Vd. que le entregaré la niña,— dijo el jóven levantándose y saliendo rápidamente al patio.

Antonia siguió y en un minuto estuvieron al lado del cupé en que se veía una mujer que á un signo del jóven levantó los brazos y á través de la ventanilla entregó la niña ataviada de cualquier modo, sin muchos perifollos, como si todo se hubiese hecho á hurtadillas y con apresuramiento,

Antonia miró con atención, creyendo encontrar á la madre de la criatura; pero no, era una mujer de cierta edad, vestida apenas decentemente, que no era nada simpática y que lo mismo podía ser una partera que una sirvienta.

El joven no volvió á subir al coche. Dijo algunas palabras al cochero que partió fustigando al caballo y él se alejó á pié en dirección opuesta.

Cuando minutos después llegó Francisco Pusterla, el marido de Antonia, veneciano como ella, un honrado albañil, alegre, y simplote, las expansiones no tuvieron límites. Para que los demás no se enterasen, fué preciso cerrar la puerta y aguantar el calor.

—Ni una palabra á nadie sobre el dinero anticipado,—dijo Antonia á su marido;—nos darían algún susto.

Por fortuna, sus dos niños no podían hablar todavía; el niño mayor tenía dos años y la niña apenas seis meses y tomaba el pecho.

Disimuladamente y siempre por temor á los vecinos, aquella noche agregaron un poco de fiambre, unos dulces y un vaso de vino bueno á la comida de costumbre y hasta la recien nacida, causante involuntaria de aquella fiesta, tuvo que darse uno de los pocos atracones que le estaban reservados en su corta y atribulada vida.



II

Que los Pusterla cuidaban á Enriqueta mejor que á sus propios hijos no hay para que decirlo; así que al año ya caminaba, mientras Francisca, la hija de Antonia, no caminada todavía y eso que debía tener seis meses más.

Pero es el caso que pasaron dos, tres, cinco y hasta siete años sin que nadie volviese á preocuparse de Enriqueta ni á enviar un solo centavo para costear sus gastos.

Durante los tres primeros años, es decir durante los dos años que siguieron al primero que había sido lautamente pagado con anticipación, se toleró bastante bien la falta de pago sin variar el trato que se venía dando á la niña; pero en los años siguientes Antonia no podía disimular su impaciencia, su mal humor que muchas veces hacía pagar injustamente á Enriqueta, reprendiendola, castigándola, haciendola trabajar con exceso. Los que conocen un poco la vida de la gente

pobre y las cavilaciones á que da lugar un hecho de la índole del mencionado, sobre todo cuando afecta tan directamente los propios intereses, se explicarán la actitud de Antonia, como se explicarán ese giro peculiar de nuestro espíritu y de nuestros pensamientos que aun á los que reflexionamos y tenemos cultura y dominio sobre nosotros mismos nos induce á extender las causas de un fenómeno á todos los que han contribuido á producirlo, haciendoles pagar culpas que no tienen.

Las riñas eran frecuentes, porque Antonia tenía mal caracter y la pequeña Francisca, que instintivamente había tomado un poco de odio á la intrusa, tal vez por las preferencias de que había sido objeto durante los años anteriores, tenía siempre algún agravio que exponer, alguna queja que producir, pues á cada momento se peleaba con Enriqueta. Sin embargo esta era tan sumisa y obediente que nunca daba motivo al reproche. El buen Francisco la defendía y por esto en más de una ocasión tenía que soportar él también las arremetidas de su terrible esposa.

—Como no estás en casa y no vienes más que á comer y á dormir no vés nada, no sabes nada y no sientes el ruido que arman,

que hace entrar en gana de estirarles el pescuezo.

Otras veces decía:

—Es una gazmoña, una gata muerta que cuando estás tu delante parece una santita, pero que me hace desesperar todo el día, porque se va por las piezas ó se pelea con esta y no hay medio de tenerla quieta.

—No hay para tanto, mujer,—insinuaba á veces el marido.

Y entonces una lluvia de ofensas.

—Eres un *calzonotas*, un Juan Bragas, un inútil.

Como la familia había aumentado y los Pusterla ya tenían tres hijos, una mujer y dos varones, después del cuarto año habían tenido que mudar dos veces de casa en breve tiempo y excusado es decir que habían llovido las cartas á la *poste restante* dando cuenta del cambio de domicilio y haciendo en términos expresivos aúnque vulgares, insinuaciones muy claras sobre los gastos que originaba la niña, las necesidades de la familia, la imposibilidad de esperar más tiempo y otras por el estilo.

Por fin, como habían empezado á comu nicar el caso á algunos compatriotas y á cambiar impresiones con algunos conocidos,

se le ocurrió observar á uno de estos más listo que los demás, porque no averiguaban en el correo si las cartas habían sido retiradas.

Después de discutir el *modus operandi*, como diría un pedante que hace alarde de erudición, ó sea como debía procederse para hacer la averiguación, diremos nosotros, el mismo autor de la indicación se ofreció á ir al correo al día siguiente, examinar detenidamente las listas y hacer á los empleados las preguntas del caso para saber á que atenerse.

Si, las cartas habían sido retiradas. Ni en las listas expuestas, ni en las cartas detenidas y que un empleado examinó dos veces una á una, figuraba una sola dirigida á las iniciales R. S.

No había duda, pues, existían los padres ó alguien, á lo menos, se interesaba por la niña.

Era necesario escribirle una carta más clara y más terminante que las anteriores, pero convenía que estuviese bien pensada y bien escrita.

Entonces se resolvió utilizar los servicios del mismo compatriota que tanto había contribuido con su perspicacia á desvanecer las

incertidumbres. Era un joven de la provincia de Pádua que había hecho los estudios secundarios y que después de haber cumplido su servicio militar en artillería, no encontrando empleo y no queriendo ser más gravoso á la familia, pues su madre vivía de una pequeña pensión y del trabajo de dos de sus hijas, hermanas suyas, se había decidido á emigrar. Al principio se había amoldado á diversas ocupaciones y también había sido vigilante durante un año, si bien no supiese casi hablar español; pero despues había logrado entrar de dependiente en una casa de comercio en la que había llegado á ser uno de los empleados más importantes. Lo habían conocido en la casa de la calle Alsina, en la que durante más de un año había ocupado una pieza junto con un compañero de desdichas.

El joven prometió traer la carta al domingo siguiente, no pudiendo hacerlo antes por estar muy ocupado; y así lo hizo y no es menester decir que la carta fué aprobada en todas sus partes y echada al correo. En ella, según se había convenido con los Pusterla, se pintaban con los colores más crudos las necesidades de la familia y la imposibilidad de seguir manteniendo á la

niña con todo esmero, como lo habían hecho hasta entonces. Esperarían seis meses más, pero si en ese tiempo no recibían fondos no tendrían más remedio que ponerla á servir aun que fuese por la sola comida. Sería una lástima, porque la niña era muy bonita y había empezado á ir al colegio y ya leía que daba gusto.

Después de lo que habían recibido al principio habrían gastado á lo menos en seis años unos tres mil pesos; pero ellos no tenían pretensiones, se contentaban con dos mil y si el señor quería llevarse á la niña, podía llevársela si bien ellos lo sentirían mucho porque la querían. Se agregaba que no extrañase el cambio de la letra, porque no sabiendo escribir bien, habían, aprovechado los ofrecimientos de un compatriota más ilustrado y más capaz que ellos.

Como Antonia estaba impaciente y el joven no volvió á parecer por la casa, fué preciso que el bueno de don Francisco se decidiese á ir al correo al cabo de tres semanas para averiguar si la carta había sido retirada. Pero como esta era una tarea superior á sus fuerzas, porque no era práctico y además era un poco tímido, se fué á buscar al compatriota de Padua y le rogó

tan encarecidamente que este consintió en acompañarlo y mostrarle lo que debía hacer y á donde debía ir para que lo supiera en adelante.

No, la carta no había sido retirada, estaba en lista de correos. El susto fué mayúsculo. Antonia quería proceder en seguida. La niña había sido abandonada, ya no había quien mirase por ella. Era mejor que se la colocase cuanto antes para quitarse gastos.

Pero el marido y el jóven conocido no eran de la misma opinión. La niña era buena, no tenía ninguna culpa y había que tratarla como hija. El jóven agregó que si tuviese con él alguna de sus hermanas la recibiría con mucho gusto. De todos modos había que esperar los seis meses que se habían fijado en la carta. Y se resolvió esperar.

Al cabo de otras tres semanas volvió Francisco al correo acompañado de Antonio, su hijo mayor, que ya sabía leer correctamente. La carta ya no estaba en lista, había sido retirada.

Renacieron las esperanzas.

Por fin un desconocido preguntó un día por el señor Pusterla. La hora parecía cal-

culada, porque era mediodía y Francisco había venido para el almuerzo. Si bien el que preguntaba nada tenía de particular en su aspecto, pues llevaba un uniforme idéntico al de los porteros de los bancos y debía ser, en efecto, un portero, como algo y mucho había trascendido entre los vecinos en lo referente á la espera de los Pusterla, fué objeto de mucha curiosidad. Pero aquel, una vez en presencia de Francisco, se metió en una de las habitaciones, mandó cerrar la puerta y dijo sin preámbulos que le iba á entregar cinco mil pesos de parte de un señor y que tenía que firmarle un recibo que traía ya hecho para evitarle trabajo.

Y en el acto se puso á contar el dinero y lo iba entregando de mil en mil pesos, tarea facil y breve porque eran billetes de cien pesos que Antonia recibía y guardaba, y después presentó el recibo que Francisco firmó sin entretenerse á leerlo.

Aquella fortuna que se presentaba de improviso y se les metía en casa expontáneamente y cuando ya desesperaban de obtenerla, dejó á los conyuges Pusterla confusos y atolondrados á tal punto que después de recibido el dinero no se les ocurrió ningu-

na pregunta, ninguna observación, y todavía se estaban mirando uno á otro con miradas satisfechas, cuando el hombre se dirigió hacia la puerta diciendo:

—Vaya, adios! ¡Y que aprovechen!

Entonces Antonia, saliendo antes que su marido del asombro, exclamó:

—Dígale al señor que la niña es muy buena y crece muy bonita.

—¿Qué me cuenta Vd. de niñas? dijo el ordenanza ó portero, quién, al parecer ignoraba el fin á que estaba destinada la suma que acababa de entregar.

Pero en aquel mismo instante Enriqueta, que desde la entrada del desconocido se había acurrucado en un ángulo, que no había perdido el menor movimiento, que por instinto había comprendido que se trataba de ella, se lanzó con rapidez sobre el hombre y aferrándolo detrás por el saco mientras abría la puerta le dijo llorando, pero con voz resuelta:

—¡Dígale á mi papá que me venga á buscar!

—Quita de aquí, chiquilla,—dijo aquel dándose vuelta y mirando á la niña, al mismo tiempo que le aferraba la manecita para obligarla á soltar el saco.

—¡Sí, sí, que me venga á buscar!—agregó la niña sollozando con desesperación.

—Bueno,—dijo el portero que si no sabía nada no tardó en comprender;—bueno, se lo voy á decir.—Con esto logró que la niña le soltara y salió más que á prisa cerrando la puerta detrás de sí.

Aquella escena inesperada dejó esterrefactos á los Pusterla. Antonia no pudo contener una reprimenda:

—¡Buena figura nos haces hacer! ¿Tanta prisa tienes de marcharte? ¿Así nos pagas los cuidados que te tenemos?

La niña, que temía algo peor, iba retrocediendo hácia un rincón de la pieza; pero el bueno de Don Francisco se había conmovido y mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas bronceadas, se levantó, tomó á la niña por los codos levantándola en peso hasta la altura de sus hombros sin que la niña se asustase ni opusiese resistencia porque conocía su bondad, y besándola en la frente, exclamó: ¡pobrecita!



III

Con la llegada del dinero volvió á mejorar el trato que Antonia daba á la niña. Se la vestía mejor que á Francisca, la hija de los Pusterla, y se evitaba ocuparla en mandados y en los quehaceres de la casa, si bien ella se mostraba expontánea en todo y con frecuencia tomaba la escoba y barría las piezas ó la parte de patio que daba frente á la mismas, ó quitaba el polvo á los muebles sin que nadie se lo mandase.

Esto no evitaba alguna vez las demostraciones de las escasas simpatías que la profesaba Antonia y mucho menos los efectos de la envidia y del rencor de Francisca, tanto más que desde que las dos iban al colegio, que era la célebre escuela Sarmiento de la calle Callao, entre Corrientes y Lavalle, Enriqueta aprendía con rapidez y era objeto de elogios de parte de las maestras, mientras Francisca era un poco dura de mollera y figuraba entre las últimas de su clase, que

era de un grado inferior á la que iba Enriqueta.

La madre y la hija inventaron una serie de chismes destinados á influir sobre el ánimo del padre y de los vecinos para que rebajasen un poco del buen concepto que tenían de la niña; pero nada hacía mella sobre Don Francisco que quería á Enriqueta tanto ó más que á su propia hija, ni los vecinos, en su mayor parte italianos, hacían caso de las habladurías de Antonia, apercibidos ya de que no le tenía buena voluntad á la muchacha, á la *linda criollita*, como ellos la llamaban, que se hacía querer de todo el mundo.

Las cosas anduvieron bien durante tres años. Francisco trabajaba y ganaba buenos jornales, Antonio, el hijo mayor que tenía dos años más que Enriqueta era muy formal y empezaba á ganar algo, la familia había acumulado y tenía en la caja de ahorro de un banco algunos miles de pesos y ya pensaba en comprar una casita para instalarse en ella y vivir un poco más comodamente. Pero unos dolores reumáticos que vinieron á inutilizar las piernas de Don Francisco dispusieron las cosas de otro modo. Durante cerca de un año Francisco no pudo trabajar si no por intermitencias, hubo que

gastar en médicos y medicinas y fué preciso echar mano de los ahorros para sufragar los gastos, no obstante las economías introducidas por Antonia en lo que, según ella, no era necesario, pero, que lo era según un criterio menos económico.

En los primeros meses su mal humor se desahogaba contra Enriqueta como si ella tuviese alguna culpa de lo que pasaba; pero Enriqueta, que ya tenía diez años se mostraba tan bondadosa, tan asidua en el cuidado de don Francisco que la endurecida Antonia hubo de conmoverse y, aúnque sin transigir por completo para no dar su brazo á torcer, tenía que confesar que Enriqueta era docil y obediente y que nadie habría dicho que fuese *una bastarda*, como ella la calificaba en sus intimidades con el marido y con los vecinos de más confianza.

Hasta la *Paquita*, la hija mayor de los Pusterla, había acabado por aficionarse á Enriqueta y no podía vivir un momento sin ella. No hay como la bondad para ejercer atracciones é imponerse á todo el mundo. El hijo mayor era muy retraido y no se metía en nada, pero más de una vez se había mostrado favorable á la niña, apoyando á su padre cuando la defendía.

Cuando Francisco estaba en la cama, Enriqueta no quería moverse y pasaba á su lado todo el tiempo que le dejaban libre el colegio, los mandados y los quehaceres de casa.

—Vete á jugar un poco,—le decía Francisco, compadecido de la edad y de la inacción de la niña.

—No, no; vd. está enfermo. No quiero jugar.

Era preciso que se enojase para obligarla á salir al patio ó á la puerta con Paquita.

Los esposos Pusterla tenían siempre la esperanza de recibir cualquier día una suma considerable de los padres de Enriqueta que les permitiese reponer las pérdidas causadas por la enfermedad. Lo que habían recibido la última vez, según sus cálculos, se había vencido con exceso de modo que correspondía una nueva entrega que, á estar á los antecedentes, tendría que ser importante.

Resolvieron entonces recurrir una vez más al sistema de las cartas. Aún que con alguna dificultad, pues había mejorado de posición, el comprovinciano se prestó á escribir una nueva carta, en la que, á pedido de

doña Antonia que era la que se había movido con ese objeto, pues á su marido le repugnaban las nuevas gestiones, había recargado las tintas de las calamidades y miserias de la familia, sin faltar alguna amenaza velada sobre el destino futuro de Enriqueta, si sus padres no cumplían con su deber y no contribuían pronto en alguna forma á los gastos crecidos que la educación y la edad iban aumentando día á día.

Entretanto Enriqueta, sin saber porque, solía decir en las raras expansiones íntimas que se permitía con Paquita y con alguna compañera del colegio, que pronto iría su padre á buscarla. Los niños necesitan, como las personas mayores, desahogarse con otros de su edad, aúnque sus desahogos sean simples y sin malicia, como corresponde á su escasa penetración y falta de experiencia. Enriqueta, sin embargo, empezaba á darse cuenta de su situación, alguna vez había sorprendido en la boca de vecinas mal educadas la palabra *bastarda*, cuyo significado adivinaba, y tenía momentos de mucha tristeza, afortunadamente fugaces, como todas las impresiones de los niños, parecidas al vuelo instable y cambiante de las mariposas.

Un día en que doña Antonia había salido á hacer compras con la hija mayor, Francisco Pusterla la sorprendió llorando en un rincón de las habitaciones.

—¿Que tienes Enriqueta?

—No lo sé, estoy triste. Mi padre no viene y vds. tienen muchos gastos....

—No te aflijas por esto; aúnque no venga no te faltará nada.

—¡Vd. es bondadoso; pero doña Antonia!....

—No hagas caso de lo que diga.

Enriqueta se enjugó las lágrimas y puso cara sonriente para no aflijir á don Francisco. ¡Cosa curiosa! Los niños y más todavía las niñas, piensan con preferencia en las madres, á ellas se refieren en sus juegos, en sus conversaciones, en la manifestación de sus impresiones: Enriqueta, en cambio, no tenia palabras, ni pensamientos, ni referencias más que para su padre.

¿A que debía atribuirse esta predilección? ¿Tenia acaso el presentimiento de que su madre hubiese muerto? ¿Había impresionado su imaginación el hecho de que en todos los antecedentes y noticias que tenía de su vida, sólo encontraba la presencia del padre, pues ella no dudaba de que lo fuese

él que la primera vez la llevó á la casa de los Pusterla? ¿Se había formado en ella algún sentimiento de cólera, de rencor hacia la que debía ser su madre por no haberse preocupado de ella, por no haber aparecido una sola vez, como lo habia hecho su padre?

Sería dificil establecerlo; pero lo cierto es que esta preferencia persistió en Enriqueta hasta los últimos momentos de su vida.

Transcurrieron dos meses sin que la carta fuese retirada del correo, según las averiguaciones practicadas por Francisco y por su hijo Antonio, quienes se habían hecho prácticos en el asunto y hasta por Antonia, que no fiándose de su marido y de su hijo iba á leer las listas con auxilio de Paquita. En las primeras semanas las alarmas y las conjeturas no tuvieron límites.

Pero un día la carta desapareció de las listas y del correo: había sido retirada.



IV

Transcurrieron dos meses más: por fin un día don Francisco Pusterla recibió una carta en que, por encargo de los padres de Enriqueta, se le pedía que el Domingo siguiente á las 3 de la tarde fuese con la niña á la calle Cangallo mil y tantos y preguntase al portero por don Luis, que era la firma que llevaba también la carta. Tenía algo que comunicarle.

La alegría de Enriqueta fué inmensa; no le cabía duda de que por fin iba á ver á su padre. En realidad la alegría fué general en la casa; sólo don Francisco estaba un poco mustio porque siendo, como era, corto de genio y vergonzoso, no le gustaba la comisión que tenía que desempeñar. Esto dió lugar á que su poco amable mitad le aplicara alguno de sus epítetos acostumbrados, agregando que no se afligiese, porque ella lo acompañaría. Pero la orden era terminante: estaba consignada dos veces en la carta.

Antonia hizo dos ó tres viajes á la tienda de la Ciudad de Londres acompañada de Francisca y Enriqueta para comprar á ésta un abrigo mejor del que tenía, guantes, botines, corbatas y otras indumentas de que carecía, pues había que demostrar que se la trataba bien y que se hacían muchos gastos por ella. Esto lo había conversado y resuelto con Francisco y en esto los dos esposos habían estado perfectamente de acuerdo.

El domingo siguiente se presentó desapacible, lluvioso y frío como suele haberlos en el mes de Junio. Afortunadamente había que caminar muy poco, pues las combinaciones de tranvías venían perfectamente y minutos antes de la hora señalada, Francisco y Enriqueta preguntaban por don Luis á una especie de portero que salió apenas tocaron la campanilla en la casa que indicaba la carta.

—Pasen ustedes, — contestó como si el portero hubiese sido prevenido; y los acompañó hasta el primer piso y les indicó la pieza en que tenían que entrar y encima de la cual se veía un número como en otras que habían visto, de modo que Francisco

comprendió que debía ser un hotel ó una casa amueblada.

El mismo portero abrió la puerta y un señor que estaba sentado como si hubiese recibido un sacudimiento, saltó en pié con la rigidez de un autómata y adelantándose hacia los visitantes con rapidez inusitada, les dió la mano y dijo:

—Buenas tardes. Tomen asiento.

Era un hombre de unos 35 años, alto, de facciones regulares, de ojos negros penetrantes, de aspecto simpático, correctamente vestido, de movimientos y modales que revelaban al hombre educado y acostumbrado á frecuentar la buena sociedad.

Un conocedor experto de las acciones humanas que sabe descifrar el significado de los actos más imperceptibles y las ideas y sentimientos que se agitan detrás de un gesto, de una mirada, de una inflexión del cuerpo, como los sabios descifran con simples indicios los misterios de la naturaleza, habría descubierto que al ver entrar á la niña aquél señor que se había calificado por don Luis tuvo un impulso que reprimió inmediatamente.

Enriqueta había formulado en secreto sus proyectos antes de acudir á la cita, proyec-

tos en que había pensado todavía momentos antes en el tranvía y en la calle; pero todo se desmoronó como un castillo de naipes á la vista de aquel señor tan respetable y fino, que debía pertenecer á una clase distinta de la suya y ante aquel ceremonioso *buenas tardes* y *tomen asiento* que le heló la sangre y la dejó sin aliento.

Sin embargo Don Luis miraba fijamente á Enriqueta y, después de sentarse él también, dijo al cabo de un momento:

—¡Es hermosa la niña! ¿Como estás Enriqueta?

Esta pregunta la reanimó y la hizo recordar sus propósitos y sus presunciones. Primero contestó debilmente y con voz sumisa: ¡*Bien*! Pero de improviso se levantó y se echó en brazos de Don Luis, exclamando:

—¡Usted es mi papá—Y mientras lloraba con sollozos prolongados que salían de lo más hondo de su pequeño corazón, exclamaba:

—¿Por qué me abandona así? ¿Por qué no me lleva á su casa? . . . . ¿Por qué no me viene á ver mi mamá? ¿Vive mi mamá?

Y al decir esto abrazaba y besaba á aquel hombre, como si no dudase de que era su papá y lo hubiese conocido de mucho tiempo. No hay que creer que por haber pensado

lo que estaba haciendo hubiese el menor artificio, ni el menor cálculo en la actitud de Enriqueta. Los niños menores de quince años no son capaces de ficciones de esta índole; sus expansiones son expontáneas y si no pueden serlo no se producen ó resultan de una torpeza risible.

Don Francisco se conmovió ante aquella salida inesperada y tuvo que sacar el pañuelo para enjugarse las lágrimas. Tambien pareció conmoverse Don Luis y hasta hubiérase dicho que lloraba, á juzgar por las posturas que adoptaba para que no se le viesen los ojos de frente; pero después de haber permitido el desahogo de Enriqueta como si lo desease, y después de acariciarla é imprimirle más de un beso en la frente y en las mejillas, trató de apartarla, diciendo:

—No, no, yo no soy tu papá; soy un amigo íntimo de tu papá. Pronto lo verás. Precisamente me ha encargado que venga á entregar estos mil pesos á la buena gente que te ha cuidado y que les diga que te preparen y te hagan buenas ropas porque dentro de dos ó tres meses vendrá á buscarte para que vivas con él para siempre. ¿Ha oído Vd., señor?

Mientras decía esto había sacado varios

billetes de cien pesos del bolsillo del pantalón y los había entregado á Don Francisco, quien atolondrado como estaba, se había limitado á contestar:—Sí señor.

Pero Enriqueta, si bien se apartó y dejó de llorar ante aquella afirmación categórica, exclamó:

—Si Vd. no es mi papá ¿porque no ha venido él? ¿Porqué manda siempre á otro? ¡Dígale que tengo tantos deseos de verle! ¡Que yo soy buena! ¡Que lo querré mucho!

—¡Oh! en cuanto á buena,—dijo por fin casi llorando Don Francisco que estaba deseando decir algo y acechaba una oportunidad para hacerlo,—yo puedo asegurar que es un angel.

—Bueno, bueno,—dijo Don Luis que sufría visiblemente,—se lo diré, y tambien le diré que eres muy bonita.

—¿Y mi mamá? ¿Tengo mamá? Vd. no me ha dicho nada.

—Sí, sí, creo que sí. Ya lo sabrás más tarde. Con que me ha entendido Vd.: le compran lo que le haga falta y la tienen lista para cuando vayan á buscarla. Después se le arreglará la cuenta y se pagará lo que falte de los gastos que Vds. han hecho.

—Sí, señor,—murmuró Don Francisco.

—¡Adios, Enriqueta!—dijo Don Luis tomandole una mano y dándole un beso en la frente.

—¡Adios! contestó Enriqueta besándolo tambien, apesar de haber dicho que no era su padre. Dígale á mi papá que no haga como otras veces, que me olvida y deja pasar años sin venir á buscarme.

—Sí, se lo diré.

Y se fueron.



V

Transcurrieron dos meses, tres, y seis y un año y nadie volvió á preguntar por Enriqueta.

Pero como la cosa se había repetido dos veces, no causó gran alarma, y la misma Enriqueta muy disgustada después de los primeros meses hasta el punto de haber perdido el apetito y enflaquecido, acabó por resignarse, persuadida de que un día ú otro irían á buscarla y que si ello no había sucedido en la fecha señalada era porque se había interpuesto algun obstáculo imprevisto y que irían una vez que desapareciese.

Pero los años pasaban sin que nadie volviese á preguntar por Enriqueta. Concluidas con aprovechamiento las clases elementales, había pasado á la escuela normal y es seguro que algunas profesoras del gran establecimiento de la calle de Córdoba no habrán olvidado á la niña Enriqueta, que llamaba la atención por su belleza y más todavía

por su caracter sumiso, su amabilidad, su modestia y su contracción al estudio. Figuraba siempre entre las primeras de su clase.

Cuando cumplió los 16 años parecía tener veinte por su aspecto imponente, por su estatura y por la redondez de sus formas. Bella como era, no le habían faltado persecuciones de jóvenes y hombres maduros al ir y volver del colegio, pero á todos había impuesto respeto con su porte majestuoso y los rayos iracundos de sus ojos negros y soñadores, de mirada penetrante é irresistible.

Al concluir el tercer curso, poco antes de cumplir los 16 años no quiso continuar los estudios. Aunque intimamente no lo creyese, dijo que nadie iría ya á buscarla, que estaba sola en el mundo y que sería un abuso y una injusticia si continuase siendo gravosa á sus protectores, tanto más que Paquita había dejado de ir al colegio antes que ella para aprender de modista. No quería descansar hasta que ganase lo suficiente para recompensar siquiera en parte los gastos que habían hecho por ella.

Esta vez no quiso escuchar las protestas de don Francisco, ni los ofrecimientos de Antonio, el hijo mayor, quien, con sorpresa de Enriqueta, se oponía también energi-

camente á que ella fuese á trabajar. No hubo más remedio que ceder, tanto más que la joven se había entendido calladamente con Julia, una joven vecina con la cual simpatizaba más que con Paquita, y la había hecho hablar en el taller de ropa blanca donde trabajaba para que la admitiesen.

Antonia nada decía, pues estaba completamente desarmada ante la bondad de la joven y las dotes que revelaba, muy superiores á las de su hija; pero no dejó de quejarse porque Enriqueta había preferido ir á trabajar con Julia antes que con Paquita, si bien reconocía que Julia era también una muchacha honrada y trabajadora, hija de un vasco casado con una mujer argentina.

Antonia, por otra parte, no era la sombra de sí misma. Una inflamación al bajo vientre había acabado con sus bríos y cuando creíase que llegaría á los noventa años, sobreviviendo á todos, murió antes de los cincuenta, entre dolores atroces, después de algunos meses de enfermedad.

Enriqueta que más que ninguno la había aliviado y asistido en sus padecimientos, la lloró amargamente como si hubiese sido su propia madre. Consideró aquella muerte

como de mal augurio, pues habría deseado el reconocimiento de sus padres para demostrarle á Antonia que ella no era una ingrata y á solas, en sus desahogos íntimos, exclamaba:

—¡Cuan desgraciada soy! ¡Cuanto tendré que padecer!

Su vida, en efecto, no era envidiable. Ella que se sentía capaz de ocupar una posición superior, tenía que vivir en la posición más humilde; pudiendo brillar en los salones permanecería ignorada en la vivienda más pobre; debiendo pertenecer á una gran familia no tenía siquiera familia.

Pero confiaba siempre, nutría en secreto la esperanza de que todo podría cambiar de un momento á otro y se resignaba con facilidad á todas las situaciones. Esto era tanto más digno de admiración, por cuanto no tenía para mitigar sus dolores el consuelo de la religión, la resignación estoica de los creyentes. Los Pusterla no la habían llevado nunca á la iglesia, como les sucede á muchas familias de honrados inmigrantes, que absorbidos por el trabajo no tienen tiempo para pensar en la iglesia; y si bien después no le faltaron insinuaciones para que frecuentara los templos é ingresara en ciertas

asociaciones, no las quiso tomar en cuenta, afirmando que no necesitaba ser beata para ser buena y que los Pusterla y otros también eran buenos y tampoco iban á la iglesia y que ya era tarde para que ella pudiera cambiar de hábitos.

Lo cierto es que en la edad en que todo sonríe á la mujer, en la edad de las ilusiones y de los sueños en que la niña solo quisiera hablar de amor, de felicidad, de aventuras, forjarse un porvenir lleno de encantos, aturdirse en el bullicio del baile, aspirar los aromas embriagadores de los salones y de los teatros, ella no hacía más que trabajar y llorar, anhelando siempre una novedad que no llegaba, transcurriendo sus días en un estado permanente de ansiedad, de inquietud, de incertidumbre que agitaba los nervios y abatía el espíritu, quitando el buen humor y la voluntad para todo.

Y tan buena siempre, sin embargo, tan afable con todos, tan resignada al parecer con su suerte. Dos años después de la muerte de Antonia le habían vuelto á don Francisco los dolores reumáticos que lo tenían postrado y le impedían trabajar. Esto ya no importaba tanto porque, el hijo mayor

era laborioso, ganaba un buen jornal y tenía algunos ahorros y todos en la casa ganaban lo suficiente para que el padre no tuviese necesidad de trabajar; pero la enfermedad no dejaba de afligir á Enriqueta, porque quería á don Francisco entrañablemente y la obligaba á permanecer más tiempo en las habitaciones en compañía del hijo mayor, en cuyas miradas había creido apercibir una pasión naciente que no deseaba fomentar de ningún modo. Reconocía que el muchacho era bueno, pero no le gustaba.

Accediendo al pedido de la misma Enriqueta, se había recurrido varias veces al conocido sistema de las cartas, no para pedir dinero, porque ella no quería, sinó para recordar el cumplimiento de la promesa hecha. Todo inútil. Las cartas no fueron retiradas. Enriqueta se perdía en mil conjeturas y suposiciones, sin acertar con las causas de aquel abandono y pareciéndole más que extraño, extraordinario lo que á ella le ocurría. Pero su natural bondadoso la llevaba á pensar que si su padre no había cumplido con su promesa, era porque se lo habían impedido circunstancias imprevistas

é independientes de su voluntad. Pero un día ú otro aparecería.

—¡Y si hubiese muerto!—exclamaba alguna vez con espanto.—No, no puede ser, es un hombre robusto,—agregaba pensando en el señor de la entrevista, pués se había afirmado cada vez más en la opinión de que aquel era verdaderamente su padre.

Asi continuó hasta la edad de 19 años. Entonces sus tribulaciones, ya muy grandes, aumentaron notablemente. Paquita que había mejorado después de la muerte de su madre y que se había vuelto buena compañera de Enriqueta se casó con un maestro de obras y abandonó la casa para ir á vivir con su esposo; y Antonio, el hijo mayor de los Pusterla, que estaba enamorado de Enriqueta y que había aprovechado esa oportunidad para solicitar su mano, deshauciado por ella, había intentado suicidarse con arsénico, siendo arrebatado con trabajo de las garras de la muerte, ocasionando á todos el susto y el disgusto consiguientes.

Esto decidió á Enriqueta á retirarse de la casa y establecerse por su cuenta, tanto más que había tenido que desairar también á don Francisco, quien había intercedido por el hijo, no explicándose porque la jóven

quería permanecer soltera, como ella decía, cuando habría podido ser feliz en la casa y formar una gran familia.

No le faltaron á Enriqueta otros candidatos, porque tenía una figura arrogante, era hermosa y simpática y podemos afirmar que alguno de esos candidatos no le era del todo indiferente y desde luego le gustaba más que el hijo de los Pusterla; pero á todos rechazaba, porque, tal vez, ninguno de ellos había ultrapasado ese limite en que la simpatía se convierte en pasión y á los raciocinios suceden los arrebatos atropelladores é irresistibles.

Algunas compañeras, algunas vecinas que la compadecían de veras y deseaban sinceramente que mejorase de suerte, la excitaban á que se casase y no se explicaban su resistencia, ni el porqué rechazaba «partidos» que si no eran extraordinarios, eran bastante buenos y no merecían ser despreciados; pero ella contestaba invariablemente que no quería casarse, generalmente sin dar razones y cuando se trataba de alguna de sus compañeras más íntimas, agregaba que quería esperar todavía para ver en que paraba aquello de los padres y si su situación llegaba á esclarecerse, porque los mismos que la solicitaban,

a habrían rehusado una vez que supiesen que era una pobre huérfana y si no la rehusaban, más tarde, cuando se les hubiese pasado la ilusión, la habrían echado en cara la palabra fatídica y para ella ofensiva de «bastarda». Y entonces habría sido peor, porque ella no habría tolerado semejante ofensa.

Enriqueta no quería manifestar claramente á nadie la verdadera causa de su actitud, que no era la que queda mencionada, si no la siguiente: sus padres eran ricos; ella esperaba siempre en el reconocimiento y producido este, claro está que habría podido aspirar á un hombre más educado, más fino, más ideal, como ella lo soñaba, que reuniese condiciones que no podía tener ninguno de los que la solicitaban, ninguno de los pretendientes que la rodeaban.

Establecida por su cuenta en dos habitaciones que había alquilado cerca de la casa de los Pusterlas, una interior y otra á la calle, tenía mayores gastos y se veía obligada á trabajar sin descanso para salir de apuros y cubrir todas sus obligaciones; pero, aúnque la calle Corrientes, cerca del mercado de Abasto, no fuese la más apropiada para formarse una clientela de señoras, algunas

de estas la favorecían, no faltando compañeras de la escuela normal bien casadas y en buena posición social, que al enterarse por casualidad, en los encuentros tenidos con Enriqueta, de su situación y de sus padecimientos quisieron ayudarla. Por esto y por su bondad, amabilidad y precisión llegó á tener pronto más trabajo del que podía atender y se vió obligada á tomar oficialas para que la ayudasen. Hacía de todo, vestidos y sombreros, y los vecinos y vecinas de la casa que no eran muchos, porque la casa tenía pocas piezas como Enriqueta había deseado, y también los de los contornos, en su mayor parte italianos y españoles, no tardaron en darse cuenta de las habilidades de la *bella criollita,* como seguían llamándola, y en elogiarla sin reticencias, lo mismo que por su conducta irreprochable.

No solo ganaba lo suficiente para atender á sus gastos, sinó que se empeñaba en entregar de vez en cuando alguna cantidad á Don Francisco, para que se la guardase, decía ella, pero como á la segunda ó tercera entrega, aquel y su hijo se dieron cuenta de que en realidad lo que quería Enriqueta era pagarlos por lo que habían gastado por ella, no quisieron recibir más, y entonces la jo-

ven los obsequiaba de vez en cuando con algún regalo, que revelaba la delicadeza de sus sentimientos.

Pero esta buena suerte no hacía la felicidad de Enriqueta, no destruía la obsesión que la trabajaba, ni disminuía en un ápice la ansiedad, la agitación en que vivía, esperando una sorpresa que nunca llegaba.



VI

Al cumplir la mayor edad, ó sea los 21 años, quiso poner en práctica una idea que hacía tiempo la trabajaba y que había estado barruntando días y meses en su cabeza: era la de escribir ella misma una carta al supuesto autor de sus días, ya que no podía dirigirse á la madre, puesto que ni remotamente había tenido nunca la más leve noticia de su existencia.

Aunque el borrador de la carta le salió de un tirón, como quien dice, la leyó y corrigió varias veces, quedando, por fin, en estos términos:

Querido padre:

Si tras muchas vacilaciones me he decidido á escribirle yo misma para hacer un llamamiento á su bondad y á sus sentimientos que estoy segura son generosos, es porque mis sufrimientos se van haciendo cada día más insoportables y temo que al perder la esperanza de encontrar á los autores de mis días y de ser rehabilitada y poder tener

el nombre que me corresponde en vez de un nombre prestado, pierda también la salud, que ya no es tan buena como años atrás y con ella la vida.

Tengo la convicción de que si Vd. no ha cumplido su palabra de venir á buscarme, como lo prometio la unica vez que tuve el inmenso placer de verlo en una casa de la calle Cangallo, es porque se lo han impedido circunstancias independientes de su voluntad. Yo entonces era muy niña, no sentía las cosas como ahora, y debo pedirle disculpa si me quedé como una estúpida sin saber que hacer en su presencia. Ahora sería otra cosa y creo que Vd. recibiría mejor impresión si me diese la oportunidad de verle y hablarle. Sí, porque la voz de la sangre, la voz del corazón que nunca engaña, me ha infundido la persuasión de que era Vd., es decir mi padre, el que me habló aquel día, acariciándome y tratándome como un padre trata á su hija, por más que Vd. quisiera disimularlo.

Pensándolo después, he reflexionado que solo un padre puede mirar como Vd. me miraba, emplear palabras tan tiernas, acariciar y emocionarse como Vd. se había emocionado.

¿Qué causas le han impedido cumplir su promesa de venir á buscarme? ¿Porque no ha dado más señales de vida, no me ha hecho saber algo, no me ha comunidado siquiera dos palabras que me sirvieran de consuelo en mi desesperación? ¿Porque se ha preocupado de mi durante tanto tiempo para abandonarme después? Si yo no lo hubiese visto, si no hubiese recibido ningun auxilio, habría crecido como una simple trabajadora, sin aspiración de ninguna clase y tal vez estaría sirviendo en alguna casa de familia que me trataría

con consideración, porque habría procurado hacerme querer, y conquistar sus afectos. Tal vez la misma familia á la cual fuí entregada por Vd. y que me ha prestado su nombre, habría acabado por considerarme como hija, no obstante la tacañería de Doña Antonia, la mujer del albañil, que en paz descanse. Cierto estaría más resignada con mi suerte.

¿Porqué no he tenido nunca noticia de mi madre, en la que pienso continuamente, pero de una manera vaga, como se piensa en las cosas queridas que fueron, por no haber tenido nunca el menor indicio, el menor antecedente de su existencia? ¿Me parezco á ella? ¿Es buena? ¿Era instruída? ¿Ha sufrido por tener que abandonarme? ¡Cuantas veces me atormentan estos pensamientos que revuelvo y examino bajo todas las formas en mis muchas noches de insomnio!

Yo le suplico de rodillas que no me tenga por más tiempo en esta situación de ansiedad y de incertidumbre, que me consume y amarga horriblemente los años de mi juventud. ¡Si Vd. supiese cuanto sufro, ahora que puedo medir toda la inmensidad de mi desgracia!

Venga á buscarme. Si Vd. no me puede tener publicamente, no importa, e como Vd. quiera y me bastará saber que no estoy sola en el mundo, que tengo un padre cariñoso, que puedo verle y hablarle. Yo soy buena, aunque esté mal que lo diga yo misma, pero debo hacerlo, porque Vd. no me conoce: yo me resignaré á todo, no le estorbaré en ninguna forma.

Si le fuese materialmente imposible llevarme consigo, venga á lo ménos á verme, á explicarme

las razones que le impiden obrar con la libertad y la generosidad que Vd sin duda desearía. Yo estaré igualmente satisfecha y experimentaré un placer inmenso con sólo oirle referir lo que tanto me interesa saber. Yo vivo sóla, he establecido un taller de modista en la calle Corrientes N.º..., tengo mucho trabajo y no me puedo quejar de mi suerte. No tema que de mis labios salga nunca una palabra, un reproche que pueda disgustarle. Yo sólo deseo prodigarle cariño para que Vd. también me quiera: ¡lo necesito tanto también para mí!

Y si por último no le fuese absolutamente posible venir ó se lo impidiesen razones que yo no alcanzo, escríbame á lo ménos, esplíqueme su situación, quíteme, si quiere, toda esperanza y entonces sabré á que atenerme y acabaré, talvez, por resignarme tomando resoluciones que la incertidumbre del futuro me impide tomar ahora.

Si grande ha sido mi ansiedad hasta ahora, lo será más todavía desde hoy, en que pongo al correo esta carta. Le pido encarecidamente que no lo olvide y que no haga desesperar por más tiempo á su afectísima hija

Enriqueta.

***

Dirigió la carta á las consabidas iniciales *R. S.* en lista de correos y la tiró al buzón. Los primeros días que siguieron á este acto los pasó relativamente tranquilos. Estaba de buen humor, se entretenía á char-

lar con las oficialas, trabajaba con gusto, como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

Dejó transcurrir quince días antes de ir al correo á ver si había habido alguna novedad. La carta figuraba en la lista, no había sido retirada. Volvió después cada quince días, yendo siempre más agitada é impaciente, por más que cada vez se dijera á si misma, como para mostrarse resignada, que era inútil, que perdía el tiempo; pero cada vez que adquiría la certidumbre de que la carta estaba en el correo, se volvía descorazonada, sentía dentro de si misma un vacío inmenso, como si le hubiese ocurrido una desgracia.

Por fin un día, al cabo de más de tres meses, vió que la carta no figuraba en la lista. No se acordó en el primer momento que después de aquel período se borran los nombres é iniciales de las listas y las cartas pasan al archivo. Tuvo palpitaciones, pero al retirarse entre aturdida y satisfecha, se acordó de los informes que le habían dado los Pusterla sobre los trámites que seguían las cartas detenidas en lista de correos. Volvió sobre sus pasos, se dirigió á la oficina respectiva, hizo las averiguaciones

del caso y solicitó la devolución de la carta, previo reconocimiento de la letra y otros detalles que dió para comprobar que era ella misma su autora.

—¡Es inútil!—se decía á si misma al volver á su casa;—hay que perder toda esperanza!

Pero esta certidumbre era para ella como una sentencia de muerte. Al adquirirla, le parecía haber sentido como un estirón en las entrañas, algo así como una cuerda que se rompe.

—Sí,—exclamaba,—se ha roto el hilo que me unía á la vida. Ahora lo mismo me dá morir que vivir.

El estado de agitación en que había vivido durante tres meses le había hecho perder en parte el apetito. Después acabó por perderlo del todo. Empezó á enflaquecer, á consumirse materialmente. Su cutis perdió la frescura que le daba realce, se puso pálida.

Rara vez se quejaba, sin embargo, dirijía el taller como de costumbre, se mostraba sonriente, tenía palabras amables para todos. A las preguntas de los conocidos y de las clientas que notaban su desmejoramiento, contestaba que tenía alguna molestía pa-

sajera, que no era nada, que pronto se curaría.

Pero su debilidad era cada vez mayor y eran visibles los esfuerzos que hacía para tenerse de pié, para no desfallecer.

Una de las oficialas más antiguas que le había cobrado un afecto especial, volvió un día á una hora en que las demás no estaban y la dijo entre sollozos:

—¡Señorita, vd. sufre y está muy enferma y yo sufro también al verla así!

Ante aquel arranque expontáneo de consideración y de afecto, Enriqueta no pudo contenerse, rompió á llorar y echándose en brazos de la oficiala, exclamó:

—Sí, Camila, sufro mucho y estoy enferma. Te doy las gracias por tu bondad que me consuela.

—Pero porque no me tiene á su lado, porque no dice lo que tiene,—agregó la joven llorando á lágrima viva al ver llorar á la señorita.

—Es inutil, Camila; nadie me puede comprender,—dijo Enriqueta serenándose.

—Vd. debería casarse,—exclamó la oficiala creyendo haber encontrado uno de esos argumentos irrefutables que asoman con facilidad y hasta involuntariamente á los lá-

bios de las jóvenes casaderas, pero que Camila había preparado como uno de los consejos que pensaba dar á Enriqueta.—Vd. sabe,— continuó,— que son varios los que la persiguen y la pretenden.

—Lo sé, pero ya habrás notado que alguno se va retirando al ver el estado en que me encuentro. No hacen para mí, Camila. Por otra parte no pienso en casarme. No necesito familia porque la tengo en vosotras, que sois buenas y en la familia Pusterla, que me quiere siempre....

—¡Sí, señorita,—interrumpió Camila,—si supiera vd. cuanto la queremos, como la quieren á vd. los que la conocen!

—Lo sé, lo sé, todos son bondadosos conmigo, especialmente vosotras. No merezco tanto....

—Sí, lo merece,—exclamó Camila sin poder contenerse y en medio de una nueva explosión de sollozos;—vd. merece mucho más... ¡Vd. es un angel!

—Bueno, serénate Camila y no digas nada á las compañeras de esta visita. Yo en cambio te prometo curarme para que no sufras y cuando te necesite, te traeré á mi lado para que me hagas compañía.

Pero la promesa no pudo cumplirse. Des-

pues de más de dos años de lucha, las energías físicas de Enriqueta se agotaron y al fin tuvo que ponerse en la cama. Excusado es decir que entonces redoblaron las atenciones de los que tenían vínculos con ella, de los que la habían tratado con alguna intimidad. Don Francisco y su hijo la visitaban casi diariamente, agobiándola á fuerza de ofrecimientos, instándola para que cerrase el taller y dejase de trabajar, porque ellos la darían siempre lo necesario. Ella agradecía mucho su buena voluntad, pero agregaba que no podía ser, porque el trabajo era todavía su mejor consuelo. El taller poco ó nada sufría con su ausencia, porque las oficialas eran competentes y ella dirigía desde la cama, resolvía las consultas que se la hacían, sirviendo Camila de intermediaria. También venía á verla Paquita, excusándose de no poder hacerlo con más frecuencia por tener que atender á su marido y á un niño de dos años que ya tenía.

Sus clientas, entre las que figuraba alguna señora de la mejor sociedad bonaerense, se interesaban también por su salud y algunas querían pasar á verla y hacerla un poco de compañía y una vez con ella la consolaban con palabras amables y la ha-

cían toda clase de ofrecimientos, incluso el de asistirla ellas mismas, lo que valía más que el dinero.

Asi transcurrieron algunos meses, pero después se agravó y por orden del médico, que después de confiar en la reacción posible de un cuerpo robusto y joven, empezaba á perder toda esperanza, se suspendieron las visitas y á ella se la prohibió todo trabajo. Sólo los parientes, siendo considerados como tales los Pusterla, y una mujer que hacía de enfermera y alguna vez Camila podían entrará verla.

La noticia cundió rápidamente. «La bella criollita» se ha agravado, «la bella criollita» se va á morir. Como era popular en el barrio y su fama de virtud, belleza y bondad había cundido entre muchos vendedores del Mercado de Abasto, la casa no tardó en convertirse en una romería.

Cada uno asomaba al taller y preguntaba:

—¿Como está la señorita?

Comunmente se les contestaba «lo mismo» ó «peor»; pero cuando alguna vez se les contestaba «mejor» por haberse notado, en efecto, una leve mejoría aúnque aparente, era de ver como brillaban de satisfacción los ojos de los que preguntaban por la joven.

Una mañana produjo una explosión de hilaridad un vendedor ambulante de plumeros con quien Enriqueta había hablado varias veces, por el tono vibrante y trágico con que formuló la pregunta, en su jerga peculiar, sabiéndose que más de una vez había requebrado á la señorita, mirándola con ojos tiernos:

—*¿Come sta la bella criollita?*

—Lo mismo:

—*¡Per la madonna, daría la metá del mio sangue per la guarire!*—(Por la Virgen, daria la mitad de mi sangre para curarla).

Enriqueta conocía la gravedad de su estado y hasta presentía su próximo fin; pero en vez de asustarla, la idea de la muerte se le aparecía como la única solución de los enigmas de su existencia, como el único fin posible de sus sufrimientos morales. Y como la resignación era una de sus virtudes peculiares, no era extraño que se mostrase amable y tranquila, quitando importancia á su mal y diciendo que no era nada, que pronto se curaría. Con esto á veces no hacía más que aumentar la aflicción de Camila y de los Pusterla, de los que siempre había alguno en la casa.

Un día, hallándose sola con Antonio, que

la había amado y que la amaba más que nunca no obstante lo ocurrido, á tal punto que era el que más lloraba, el que más sufría por la enfermedad de Enriqueta, ésta le tomó de improviso la mano derecha y extrechándola cuanto le permitía su debilidad, dijo:

—¡Te pido perdón, Antonio!

—¿De qué, Enriqueta?—contestó el joven emocionándose.

—De lo que te he hecho padecer injustamente.... He sido una ingrata contigo.

—No hablemos de eso, Enriqueta,—agregó Antonio á quien se le iba formando un nudo en la garganta.

—¡Deseo que seas feliz!.... ¡Espero que no me guardarás rencor!....

—¡Oh Enriqueta!....—exclamó entre sollozos Antonio, extrechándola convulsivamente la mano,—yo no sé expresarme, porque he estudiado poco y he tenido que trabajar, pero te digo que daría mil vidas si las tuviera para salvar la tuya. No me he podido casar contigo y no me casaré con otra mujer.

—No digas eso, Antonio, no le dés ese disgusto á tu padre que hace tiempo desea que formes tu familia. Has de encontrar

muchas mujeres mejores que yo.... Prométeme que no cumplirás tu palabra, que harás lo posible para dar gusto á tu padre.

—Yo no sé lo que haré, yo no puedo prometer nada. Lo importante es que te cures....

Un leve desmayo hizo perder el conocimiento á Enriqueta y alarmó al joven, quien llamó a Camila y á la enfermera que se hallaban en una pieza contigua y que en parte habían oido la conversación de los dos jóvenes. Tardó en volver en sí más que otras veces en que había sufrido desmayos idénticos; pero acostumbradas ya las dos mujeres y prevenidas por el médico, no dieron demasiada importancia al nuevo ataque.

Luchó algun tiempo más, pero la ciencia no pudo evitar que se acabase por consunción un organismo en que habían hecho presa el dolor y el abatimiento, favorecidos después quizás por la voluntad misma de la paciente, por esa terrible enfermedad que trunca todavía tantas vidas en la flor de la edad. Enriqueta murió cuando acababa de cumplir 24 años. Así se extinguió una niña de rara belleza y de virtud ejemplar, que sin duda había nacido para ser un as-

tro de primera magnitud en los salones bonaerenses.

Su entierro dió lugar en el barrio á una imponente manifestación de duelo, reveladora de las simpatías que la joven había sabido conquistarse. Muchas vendedoras y vendedores del Mercado de Abasto, todas las señoras y señoritas del barrio que habían tratado á la joven y no pocas de las que simplemente la conocían de vista, hasta algunas clientas de la alta sociedad quisieron hacer acto de presencia en el Cementerio del Oeste y demostrar, quien el afecto que profesaba á la joven, quien el pesar que le había producido su prematura muerte. En vez de una joven mujer, huérfana, sin familia, sin recursos, de una simple trabajadora, hubiérase dicho que se trataba de una persona extensamente vinculada, de una señora de la alta sociedad porteña.



VII

El lector tendrá, sin duda, curiosidad de saber quienes fueron los padres de Enriqueta y porque su padre no cumplió la promesa de ir á buscarla, en caso de serlo efectivamente el que asistió á la entrevista de la calle Cangallo.

El autor, impuesto del caso piadoso por un miembro de la familia Pusterla, quien le permitió sacar copia de la carta que Enriqueta había escrito á su padre y que junto con el borrador fué encontrada entre las pocas joyas que la infeliz tenía y quien le dió, además, detalles é informes suficientes para reconstruir la vida de Enriqueta en la forma en que queda expuesta, después de hablar con muchas otras personas que la habían conocido, no ha dejado de hacer lo posible para satisfacer curiosidad tan legítima.

Pero todas las pesquisas han sido infructuosas. Cuando el autor creía tener el hilo de la trama y se predisponía á gritar

¡Eurecka! como Arquimedes, resultó que estaba á punto de incurrir en error, como esos jueces que tergiversando los hechos é interpretando mal ciertas circunstancias, condenan á justos por pecadores.

Después de hacer sus investigaciones, el autor se encuentra en la misma situación del lector y se entretiene en preguntas á las cuales no puede contestar. ¿Murió el padre después de la entrevista con Enriqueta ó le ocurrió alguna desgracia que le impidió en absoluto cumplir la promesa hecha? Esta es la presunción más lógica; pero ¿quién era el padre? y, sobre todo ¿quién era la madre?

Misterio profundo.



Un Drama Marplatense

Un drama marplatense

I

Aquel año no se hablaba de otra cosa en Mar del Plata: cuando la «belle parisienne» se presentaba en la Rambla atraía todas las miradas y arrancaba exclamaciones de admiración en los hombres, de envidia y de celos mal contenidos en algunas mujeres.

—¡Qué hermosa mujer!—¡Qué elegante!—¡Qué perfil estatuario!—¡Qué cuerpo tan perfecto! Uno de los tertulianos del café Bristol, ó del Gran Balneario, dijo que sólo una mujer de París podía reunir un conjunto tan

atrayente y marchar con aquella desenvoltura, y como por algunas palabras pescadas al vuelo se supo en seguida que era francesa, la calificación de «belle parisienne» fué acatada en seguida y se divulgó con rapidez entre los frecuentadores de la Rambla que se conocían y cambiaban impresiones sobre las escasas novedades que ocurrían en el balneario.

La que era objeto de tanta curiosidad, era una joven de unos veinticinco años, alta, de formas delicadas, de talle esbelto como el de una amazona, de pelo castaño claro cuyos bucles abundosos estaban arreglados con arte sobre una frente espaciosa, debajo de la cual brillaban dos ojos celestes con más reflejos que los de las aguas azules que estaban á la vista. La blancura del cutis, las líneas correctas de la nariz y de la boca, no hacían más que completar el conjunto de una manera encantadora. Pero lo que más llamaba la atención en ella, era la arrogancia del porte, eran los movimientos flexuosos y rápidos que unas veces llamaban la atención por lo suaves y elegantes y otras por su brusquedad y dureza. Hubiérasela tomado tan pronto por una reina destronada, por una princesa habituada á

los salones, como por una «écuyere», por una acróbata de circo.

La acompañaba un hombre de poco más de cincuenta años, de barba entrecana, alto, corpulento, robusto, cuya sola presencia, no obstante la edad, bastaba á imponer reflexión á los que hubiesen entrado en deseos de promoverle cuestiones, de suscitar su cólera.

La primera vez que apareció en la Rambla dando el brazo á su acompañante, suscitó entre los parroquianos del café mencionado una inmensa curiosidad y un coro de preguntas y exclamaciones.

—¿Quién es ella?—gritaron varios á un mismo tiempo, entre otros Miguel Cané y Carlos Pellegrini, vivos todavia y amenizando con su vivacidad y buen humor la tertulia diaria de los concurrentes al café.

—¿Y ese gaznápiro? ¿Será su padre, su marido, ó su amante?

Nadie podía contestar, nadie tenía noticias precisas. Y como suele suceder en casos análogos en que la imaginación suple fácilmente á la realidad, no habiendo informes exactos empezaron las inducciones.

—Están alojados en el Victoria.

—Me parece haber visto que iban hacia el Confortable.

—Deben alojarse en el Royal.

—Creo que están en el Grand Hotel.

Este punto quedó dilucidado al día siguiente. Uno de los presentes los había visto entrar en el Grand Hotel y otro los había visto salir del mismo.

Por informes recogidos no se sabe cómo, pero que alguién trajo dos ó tres días después á los tertulianos, quedó también esclarecido el otro punto. El acompañante no era el padre de la joven, sinó el marido. Ocupaban una sola pieza en el hotel y dormían en cama matrimonial. El número de la pieza correspondía en el tablero del hotel al nombre de «M. Dupuis y señora»; pero podia ser muy bien un nombre supuesto.

Sin discrepancia se convino también entre los tertulianos que la joven no era esposa legítima de àquél hombre. Se conocía en las miradas, en el comportamiento, en todo. Debía ser una de las muchas aventureras que pululan hoy día por Buenos Aires, y que más que amor buscan oro y placeres.

—Sin embargo es extraño, — observaba uno,—que entre tantos como los que aqui

estamos y que creemos conocerlo todo, no la hayamos visto alguna vez por las calles de la Capital.

—Debe ser una de las últimas bellezas llegadas al Casino,—agregaba otro.

—Yo juraría haberla visto alguna vez hace dos años en el teatro Folies Bergères de Paris,—exclamaba un tercero.

Este último estaba en lo cierto; pero como no tenía plena seguridad de lo que decía, subsistió la duda, arraigándose únicamente la convicción de que la «belle parisienne» pertenecía á la inmensa falange de las mujeres corrompidas y corruptoras que forman una de las plagas inevitables de las grandes capitales. Nadie, en efecto, podía haber visto antes á la joven como no fuese en Paris, porque apenas hacía un mes que había llegado de Francia. Y como dábase también la rara casualidad de que no hubiese en el balneario quien conociese al acompañante y supiese que un año antes había partido solo para Europa y había vuelto con la joven que hacía pasar por mujer pero que era bien conocida en el circulo de las «demimondaines» de París, y de Lyon, de cuyo último punto había ido al primero tres años antes, se comprende

que todas las dudas no hubiesen quedado desvanecidas ni la avidez de los curiosos completamente satisfecha.

Pero esto, lo mismo que la certidumbre adquirida respecto á la condición social de la joven francesa y del género de mujeres á que pertenecía, constituían más bien un aliciente para estimular el interés que muchos se tomaban por ella, no faltando los que, fiados en su juventud ó en sus riquezas se proponían, para sus adentros, substituir al ya provecto compatriota de Victor Hugo, en los favores de la hermosa joven.

—¿Se ha fijado Vd. en las joyas que lleva?—exclamaba uno;—valen algunos miles de pesos.

—¡Que elegante!—exclamaba otro;—la verdad es que viste bien.

—¿Y en dónde habrá aprendido esa desenvoltura tan peculiar, esos movimientos tan atrayentes que podría envidiarle la mujer más aristocrática?

Estos ó parecidos comentarios suscitaba entre los desocupados del café, situado á la izquierda de la entrada principal de la Rambla, cada vez que pasaba delante de ellos, llevándose tras de sí miradas codiciosas, intencionadas, llenas de lujuria que la acom-

pañaban hasta que se perdía de vista entre la masa de los paseantes.

Y si esto ocurría entre los hombres es fácil imaginar lo que sucedía entre las mujeres.

El primer día que la joven apareció en la Rambla, provocó un movimiento de estupor, de admiración, de sorpresa. No hubo señora ni señoríta que no se fijara en ella y como los primeros impulsos, por no ser fácil reprimirlos, suelen ser espontáneos y sinceros, se convino en seguida en que era bella, elegante, simpática, que llevaba un vestido costoso y joyas más costosas todavía. La mayoría de las opiniones femeninas se inclinó á creer en el primer momento que la joven fuese hija del hombre más que maduro que la acompañaba.

Pero cuando se supo que no había tal cosa y se vió el interés que la recien llegada despertaba en el sexo feo y se oyeron los elogios que se tributaban á su belleza y á su donaire, las cosas cambiaron como cambian de color los objetos que se miran con diferentes cristales, según la expresión del poeta. ¿En qué no encontrarán que criticar las mujeres cuando quieren ensañarse sobre otras mujeres? Ellas no reconocen más perfección

que las de ciertas estatuas que tienen el mérito de no causar envidia, ni despertar ningún sentimiento innoble. La mujer ha solicitado en todos los tiempos la atención de los grandes ingenios y ha sido analizada, desmenuzada bajo todos los aspectos en mil obras inmortales que ilustran la literatura de cada país; pero ningún escritor, por grande que sea, ha reflejado ni podrá reflejar nunca de una manera completa la astucia cruel, la malicia sutil, la fina ironía que las mujeres de alguna instrucción y de cierta clase social aplican á las demás, sobre todo cuando son muchas las que se juntan y se dedican con la mayor indiferencia del mundo á destruir reputaciones ajenas. Por eso se han podido escribir tantas novelas, todas iguales en el fondo, y, sin embargo, todas diferentes en la forma y en el desarrollo de su trama.

—Yo no dudé ni un instante de que debía ser una cualquier cosa, una....

—Además,—interrumpió otra, que seguía con la vista á la joven francesa que marchaba Rambla arriba en dirección á la Avenida Tornquist,—que no me vengan á decir que es graciosa, que camina con aire de princesa. Mire Vd. que saltitos va dando, como si hubiese hecho ejercicio para caminar de

un modo distinto de las demás. Debe ser una «chanteuse» de tres al cuarto, que baila y canta á un mismo tiempo.

—Yo no sé—agregó otra,—en qué se fundan para declararla una belleza. Los ojos tienen lindo color, pero la mirada es dura, los afea; la nariz tendría que ser un poco más chica y la boca un poco más grande.

Puede decirse que no quedó rastro de la hermosura de la joven, y en los días sucesivos fueron aumentando los defectos, á tal punto, que casi era preciso convenir en que no había mujer más horrible en el balneario.

Desde luego, las señoras y señoritas se resistieron á llamarla la «belle parisienne», como lo hacían los hombres; era hacerla demasiado honor. La llamaban «la francesa» á secas. Las que tenían la oportunidad de inferirle algun desaire, lo hacían con gusto. Un día en que fué á sentarse en una hamaca del balneario de Zárate, se levantaron varias señoras y señoritas que allí había y la dejaron sola. La acción fué celebrada como un triunfo, mientras era una falta de educación. Cuando transitaba por la Rambla, no pocas señoras y señoritas de las que se hallaban paseando, la volvían las espaldas ó hacían movimientos bruscos que diesen á entender

cuanto temían su contacto. Las que estaban sentadas se hacían las indiferentes, las distraídas y aparentaban mirar á cuaquier parte menos á ella, cuando en realidad no la quitaban la vista de encima.

Las mujeres son crueles y despiadadas cuando rivalizan con otras de su sexo y aplican la envidia, el despecho, á las que les dan motivo para ello. Las venganzas que se toman son refinadas é implacables.

Una señora que estaba alojada en el Grand Hotel, y cuya mesa en el comedor estaba cerca de la que ocupaba «la francesa», refirió en un grupo, que esta le sonreía y que demostraba deseos de entrar en relación con ella.

—Usted sabrá lo que debe hacer—objetaron dos ó tres á un tiempo; lo que traducido en buen castellano quería decir:

—Cuidado con lo que hace, porque si Vd. habla con ella, la huiremos á Vd. también y le haremos el vacío.

Pero la buena señora no necesitaba semejantes excitaciones. Dijo que ella, la había fulminado con una mirada terrible, obligándola á bajar la cabeza, aunque parecía muy descarada y capaz de atreverse á todo.

—Pero,—agregaba con énfasis,—que no

me venga á mí con zalamerías, porque no he de contestarle, y si insiste la inferiré un desaire.

Y entonces un «¡Bien hecho!» pronunciado en coro, aplaudía estas salidas de tono, que si bajo el aspecto de la escrupulosidad y de la corrección, eran justificables, no venían á ser en el fondo más que una manifestación de los sentimientos más bajos y pueriles de la mujer.

Lo cierto es que la «belle parisienne» había llegado á ser la obsesión del bello sexo, la principal preocupación de la gente de buen tono en el balneario. En la Rambla, debajo de los toldos, en los comedores de los hoteles, en las casas de familia, en las reuniones que motivaban las fiestas nocturnas, recaía á cada instante la conversación sobre «la francesa», sobre el nuevo traje que había estrenado aquélla mañana, sobre la última versión que había circulado á su respecto. En muchas señoras había más prisa que antes para ir á la Rambla á fin de enterarse de las últimas noticias, y saber si se había producido algún incidente, si había ocurrido alguna novedad. Ya no se disfrutaba con la tranquilidad acostumbrada de las frescas brisas

marinas, del espectáculo siempre atrayente del mar y del oleaje. Se hablaba con distracción de cualquier otra cosa, se corregían automáticamente los atrevimientos de las niñas y de los niños descalzos que avanzaban resueltos sobre las franjas de espuma que formaba el agua salada al quebrarse en la arena, celebrando su valentía con gritos y exclamaciones de alegría; pero en realidad se pensaba en la jóven francesa. Distraídamente las miradas se dirigían con frecuencia hacía la entrada principal de la Rambla, de donde podía venir la protagonista aborrecida, y, sin embargo, esperada con ansiedad é inquietud.

Llegaba un caballero ante un grupo de señoras reunidas debajo de un toldo sobre la arena humedecida y reluciente:

—Apuesto á que hablan vds. de la «francesa»—exclamaba al ver que todas habían callado de improviso al verle llegar.

Y en el silencio que todas guardaban, en la sonrisa muda y maliciosa que se dirigían unas á otras hallaba la comprobación de su sospecha.



II

Estando las cosas en estos términos, apareció un nuevo personaje que hizo subir de punto el interés y la curiosidad que la «belle parisienne» despertaba. Era un jóven alto, delgado, de facciones finas que formaba contraste con la corpulencia del acompañante de la «francesa». En su aspecto distinguido y en la desenvoltura de sus modales y movimientos, se descubría en seguida al jóven perteneciente á la mejor sociedad, crecido en un ambiente aristocrático, si bien su cutis prematuramente ajado y sus ojos hundidos no lo hiciesen simpático á la vista, porque dejaban entrever una vida accidentada y viciosa. Era, en efecto, de la familia de los marqueses de Passy de Orleans, á la que estaba arruinando con su afición al juego, á las mujeres y á los festines, amargando la vida de su anciana madre, la marquesa, que vivía con dos hijas en una espléndida mansión

de aquélla ciudad francesa. El jóven había sido amante de la «belle parisienne», la que, pocos meses antes, en vista de la escasez de sus recursos, lo había repudiado para aceptar los ofrecimientos del que ahora hacía pasar por su marido, un fabricante riquísimo, al cual estaba despellejando con habilidad de maestra. Pero esas mujeres extraviadas suelen inspirar pasiones volcánicas y el marqués se había enamorado de ella perdidamente. Fué inútil que la jóven se escondiese después de romper con él y desapareciese de Paris misteriosamente, sin despedirse de nadie. Él le siguió la pista y averiguó que se había embarcado en Marsella para Buenos Aires en compañia de un señor alto y grueso de unos cincuenta años de edad.

Se embarcó él también y al llegar á Buenos Aires le costó mucho trabajo obtener indicios seguros de la pareja que buscaba. No creía que la capital de la República Argentina fuese una ciudad tan grande, tan populosa. Pero á fuerza de preguntar pudo establecer la identidad de la jóven y saber al mismo tiempo que había salido para Mar del Plata junto con el hombre que hacía pasar por marido. Allí, en una locali-

dad pequeña, no podría escaparse, la vería infaliblemente.

Y en efecto, el mismo día de su llegada á Mar del Plata, á eso de las 11 de la mañana, la vió en la Rambla del brazo del fabricante y la encontró más bella, más encantadora que nunca con su traje blanco vaporoso, que hacía resaltar la perfección de las formas, y con su cutis tostado por el sol, que había adquirido reflejos dorados y llenos de gracia. La jóven tuvo un sobresalto al verle, el que disimuló en lo posible, pero que no dejó de llamar la atención del fabricante y de las señoras y señoritas que se hallaban cerca de ella y que la miraban con la intensa curiosidad de costumbre.

Por fortuna, el marqués no se había detenido á saludarla, porque ella lo había contenido con un signo de la cabeza y con una mirada de fuego que quería decir claramente:—No me moleste por ahora.—Pero ¿qué iba á suceder después? El fabricante se había convertido en un Otelo: tenía celos de las sombras. A ella no la dejaba un momento y no podía hablar con su ex-amante á hurtadillas y hacerle promesas para más tarde y pedirle que se volvie-

se á Buenos Aires y la esperase allí; en cambio, si el amante actual se enteraba de lo pasado y de que aquel había venido por ella y la perseguía, sucedería un escándalo ó algo peor.

Meditó un plan y lo llevó á cabo. Se entró al balneario Universal y en vez de sentarse á descansar un poco como otros días, quiso tomar en seguida su baño. Una vez sola en la casilla pidió á la mujer del bañista que le diese disimuladamente un papel y un lápiz y escribió lo siguiente:

«Querido marqués: En nombre de nuestras relaciones pasadas y del afecto que demuestra profesarme, le pido encarecidamente que no me hable, no me persiga ahora, comportándose como si no nos hubiésemos conocido. Dentro de algunos dias estaré en Buenos Aires, alojada en el hotel Royal y allí le escribiré á la «poste restante» y podremos entendernos.—Suya siempre.—Luisa».

Se puso el traje de baño, dobló después varias veces el papel achicándolo, lo tomó en la mano izquierda, se tiró la capa encima, hizo avisar al bañista que la acompañaba y salió para entrar en el agua. Una vez que el bañista la hubo quitado la ca-

pa, le pidió que la acompañara y antes de que el agua le llegase á la rodilla le tomó la mano derecha con la izquierda, en la que sujetaba el papel y le dijo:

—Tome este papelito y póngaselo en un bolsillo lo más arriba posible para que no se moje.

En éste y en los diálogos sucesivos pasamos por alto los esfuerzos que hacía la «francesa» para hacerse comprender, porque era muy poco lo que sabía de español y tenía que intercalar á cada momento palabras francesas, interrumpirse, repetir dos ó más veces la misma cosa y hacerse entender más que todo por los movimientos expresivos de los ojos, de la boca y de la cara.

El bañista tomó el papel y se lo puso en un bolsillo que tenía en su blusa, cerca del cuello.

Y mientras iban avanzando lentamente y la jóven se agachaba y encogía de vez en cuando para bañarse mejor ó daba pequeños saltos para dejar pasar las olas que empezaban á llegar con fuerza, agregó:

—¿Vé usted aquel jóven de chaleco blanco y traje obscuro que está parado allá á

la derecha, al lado de un anciano con traje color ceniza? Mire con disimulo.

—¿Aquél alto con barbita en punta?

—El mismo. Bueno, cuando yo salga del agua y un rato después que yo haya subido á la casilla, me hace el favor de entregarle ese papel que le he dado.

Estaba tan preocupada que no sentía aquella mañana el frío de las aguas, ni se daba cuenta de que la observaban varias mujeres que se estaban bañando un poco más allá, ni hacía caso de las olas que la azotaban y que la habrían derribado más de una vez á no ser los brazos robustos del bañero que la sostenían y levantaban en el momento oportuno. Quiso salir en seguida y mientras se aproximaba á la orilla y se dejaba poner la capa que había ido á buscar el bañero, miraba impaciente y nerviosa, aunque con el dominio de si misma y el disimulo propios de la mujer mundana y muy ducha en las lides del amor, tan pronto al amante antiguo, que estaba de pié en la orilla en una actitud provocadora y terrible, tan pronto á su amante actual que estaba sentado más allá, debajo de un toldo frente al balneario.

El marqués recibió la misiva, pero sa-

biendo con quien tenía que habérselas, se propuso acceder sólo á medias al pedido de la jóven.—A mi no me guardó consideración alguna,—pensaba él,—cuando me plantó en Paris; quiere acabar tranquilamente su «villeggiatura» y después es capaz de eclipsarse, como hace tres meses. O abandona á ese viejo ó provoco un escándalo; si no tengo tanto dinero como él, lo tendré más adelante y. además, soy más jóven. Aquí nadie me conoce y no me importa lo que digan: puedo obrar á mis anchas.

Cuando la «belle parisienne», que se ha dado á conocer bajo el nombre de batalla de Luisa, salió de la casilla y se dirigió hacia la Rambla para volver al hotel, el marqués la siguió á pocos pasos de distancia y notó en seguida la curiosidad de que era objeto de parte de las señoras. los comentarios que suscitaba á su paso.—La verdad es que hay pocas más bonitas y más elegantes.—exclamaba él para sus adentros, apreciando las cosas con el criterio del hombre enamorado.

Antes de salir de la Rambla notó el fabricante la presencia del marqués y recordando que poco antes lo había visto detenerse largo tiempo frente al balneario, mien-

tras Luisa se bañaba y se vestía, no dudó un instante de que era á ella á quien perseguía. Por fortuna, nada había descubierto de la maniobra del papel, porque de lo contrario las cosas se habrían precipitado de una manera lamentable.

Con todo, al entrar al Gran Hotel, se dió vuelta y al verle detenido en la acera de enfrente, lo fulminó con una mirada amenazadora, al mismo tiempo que decía á ella:

—¿Quién es ese mequetrefe que nos sigue hace rato?

—No sé; no lo conozco. Algún impertinente... ó algún estúpido...

—Ahora le voy á dar una lección.—É hizo ademán de volverse para salir.

Pero ella lo aferró rápidamente por un brazo y lo contuvo.

–Quieto aquí. No quiero escándalos.

Durante el almuerzo se mostró preocupada y pensó que era preciso tomar alguna medida, alejarse de allí para evitar un choque. Conocía el caracter de los dos hombres y estaba segura de que las cosas acabarían mal si ella no adoptaba alguna resolución enérgica ó no se imponía en alguna forma á los dos rivales. Lo mejor era volverse á Buenos Aires. Allí el campo era

inmenso y sería más fácil evitar al marqués ó entenderse con él y entretenerlo. Sentía ausentarse tan pronto de Mar del Plata, porque halagaban su vanidad la atención de que era objeto, las miradas de odio y de envidia que la dirigían muchas mujeres, los cuchichos codiciosos que provocaba en los hombres, aquella pequeña revolución moral, que había provocado con su presencia. Mar del Plata se había convertido para ella en un campo de triunfo. Además no estando exenta de buen gusto ni de aficiones románticas, le gustaba aquella playa pintoresca, aquél espectáculo animado de niños que juegan, de señoras que pasean y charlan, de personas de ambos sexos y de todas edades que se bañan á un mismo tiempo, y le parecía «adorable», como solía decir, aquella naturaleza virgen, aquellas tierras y aquellas rocas no transformadas todavía por la mano del hombre, aquel mar de un azul intenso, cuyas aguas no había enturbiado en el transcurso de los siglos la navegación de miles de buques. Pero la aparición del marqués lo había echado á perder todo y si antes le era indiferente, ahora le resultaba casi antipático é irritante aquél jóven empecinado, que habría hecho mejor en ser me-

nos vicioso y en no amargar tanto los últimos años de su anciana madre.

Apenas lo permitió el giro de la conversación, insinuó con tono de indiferencia y con la mayor habilidad posible para que su amante no sospechase que ello tenía alguna relación con el encuentro del marqués, que deseaba regresar cuanto antes á Buenos Aires.

La habilidad no sirvió, porque el hombre no había dejado de sospechar que el jóven que los perseguía no era un desconocido para Luisa; pero disimuló á su vez, porque quería saber lo que había de cierto en aquella aventura, y dijo que no había apuro; que se estaba muy bien y que al día siguiente ó al otro podrían tomar una resolución.

En el paseo que dieron como de costumbre de cinco á siete de la tarde por la Rambla y por la playa hasta más allá del Torreón, dos ó tres veces tropezaron con el marqués, quien los acechaba de lejos y que después, dando rodeos, pasaba al lado de los dos amantes haciendo ver que venía en dirección opuesta. Dos veces los ojos del marqués tropezaron con los de su rival, éstos, encendidos y terribles como los de una hiena,

aquellos irónicos y burlescos, expresando conmiseración y desprecio: pero el aplomo y la impasibilidad de Luisa fueron tales que M. Dupuis no pudo avanzar un solo paso en el descubrimiento de sus sospechas.

Entretanto, aquel mismo día fueron varias y varios los que notaron el desasosiego que la presencia del joven producía en la «belle parisienne», la persecución de que ésta era objeto, y sospecharon algún misterio, alguna intriga ó algún escándalo. La voz corrió y al día siguiente eran muchas las personas que conocían la novedad y que se preparaban á gozar con fruición de las complicaciones que podrían resultar de ella.

Pero al día siguiente sucedieron cosas extraordinarias. El marqués contestó la misiva de Luisa, valiéndose del mismo medio empleado por ésta, ó sea de los encargados del balneario en que la había visto entrar y salir el día anterior. Por la mañana entregó una cartita á la mujer del dueño del balneario para que á su vez la entregase á Luisa cuando estuviese sola en su casilla. En ella le decía que no había venido para dejarse burlar nuevamente, que la amaba más que nunca, que al viejo antipático que la acompañaba había que tirarlo al agua y que debia plan-

tarlo en seguida, para volver á Francia con él. De otro modo lo provocaría y lo despacharía para el otro mundo.

La joven le contestó con algunas lineas en la misma forma del día anterior, ó sea valiéndose del bañero á quién entregó disimuladamente el papel estando en el agua para que lo entregase cuando ella saliese. En él le decía que estaba bien, que no tenía inconveniente en abandonar al viejo, pero no allí, porque habría hecho un papel demasiado denigrante y vergonzoso, sino á su regreso en Buenos Aires. Era un ardid para ganar tiempo.

Pero el bañero no pudo entregar el papel. Al notar que el marqués lo seguía nuevamente y dirigía miradas de fuego á Luisa, M. Dupuis había adquirido la certidumbre que le faltaba, la sangre se le había encendido y á duras penas había logrado contenerse; pero así que la joven entró en la casilla, después del baño, M. Dupuis se levantó de su asiento, bajó la escalerita de madera del balneario y se dirigió con rapidez al lugar donde estaba el marqués, con quien mantuvo el siguiente diálogo:

—Creo que Vd. y yo tenemos alguna cuenta que ajustar.

—Como Vd. quiera.

—Cuanto más pronto mejor. Hoy mismo si Vd. no tiene miedo y quiere arreglarla sin testigos.

—¿Como los protagonistas de la «Cavallería Rusticana»? No tengo inconveniente, pero supongo que no hemos de degollarnos á cuchilladas, como carniceros.

—No hay necesidad. Podemos adquirir pistolas ó emplear nuestros mismos revólveres.

—Está bien, emplearemos nuestros mismos revólveres. ¿A donde nos encontraremos?

—Ciento cincuenta metros más allá de aquella pequeña torre. —Y levantando el brazo derecho le señaló con el índice de la mano el edificio de la torre Pueyrredón ó del Torreón como le llama todo el mundo.

—¿A qué hora?

—A las ocho y media de esta noche.

—¿Cómo? ¿En la obscuridad?

—Sí, en la obscuridad. ¿Parece que Vd. tiene miedo?

—Yo no tengo miedo, pero no sé si debo fiarme.

—Le doy mi palabra de honor de que estaré solo, y que la suerte será unicamente la que decida entre los dos.

—Perfectamente, yo le doy la mía. Pero ¿en qué condiciones nos batiremos?

—Arreglaremos las condiciones sobre el terreno.

—Muy bien, á las ocho y media estaré allí. ¿Cómo haremos para reconocernos y encontrarnos?

—Si no me vé llame Vd. «Racine»: andaré por allí. Yo haré lo mismo si no le veo.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Y se separaron, volviendo el fabricante al balneario y dirigiéndose el marqués hacia el Torreón. Iba á inspeccionar el terreno.

Dos ó tres personas que estaban cerca del lugar donde se encontraron los rivales habían oído algunas palabras de su diálogo, pero como hablaban en frances y con acento rápido y concitado, no habían podido comprender su sentido. El hecho del encuentro, sin embargo, no pasó inadvertido para algunas señoras que no tardaron en difundir la noticia por la Rambla, suscitando la sorpresa y los comentarios que es fácil imaginar.

Cuando la «francesa» salió de la casilla de baños para juntarse con su amante, la

detuvo el bañero para devolverle el papelito diciéndole que no había podido entregarlo, porque al salir ella del agua el joven se había marchado en seguida hacia el Torreón después de hablar un rato con el «señor».

—¿Cuál señor?

—El suyo, el de Vd.

El hombre no se atrevía á precisar mejor, ni á hablar de marido ni de padre, porque hasta él habían llegado rumores contradictorios y no sabía en realidad á que atenerse.

—¿Está Vd. seguro?—insistió ella.—¿No se habrá equivocado?

—No, señora: estoy completamente seguro. Fué el señor el que se dirigió hacia el joven y le habló.

La «francesa» enfiló con rapidez la salida, llamó con tono seco y nervioso á su amante que estaba sentado en una hamaca, al parecer ensimismado, y, seguida por él, bajó la escalerita de madera del balneario,

Cuando estuvieron un poco lejos de la gente sentada debajo de los toldos de lona y llegaron á orillas del agua que se deshacía en espuma y repetía su perpetua canción, ella le aferró con su mano izquierda la muñeca del brazo derecho y deteniéndose, exclamó:

—¿Por qué le has hablado á ese jóven que nos seguía?

—Quién te lo ha dicho?

—Lo he visto yo. Estaba inquieta, temía algo y al llegar á la casilla tuve la idea de salir nuevamente, de asomarme y ví que estábais hablando. No faltó nada para que viniese como estaba en traje de baño, con la capa. He pasado un cuarto de hora terrible, vistiéndome de cualquier modo, sin saber lo que hacía, temiendo alguna desgracia.

Es inútil hacer constar que la «belle parisienne», sabía fingir y también mentir cuando era necesario con una serenidad sorprendente.

—¿Qué le has dicho?—agregó, apretándole el brazo con más fuerza y de una manera convulsiva.

—Algo de lo que debía decirle.

—Pero espero que las cosas no habrán pasado de allí, que no habrá nuevos encuentros, ni escándalo, ni duelo, ni nada.

—Nada de ésto—contestó él.

Siguieron algunos pasos en silencio, mirándose uno á otra de una manera extraña y recelosa. Después él exclamó con la ma-

yor indiferencia, como si se refiriese á otro asunto distinto:

—Puesto que lo deseas, según lo que me dijiste ayer, esta misma noche volveremos á Buenos Aires.

No quiso agregar que aquélla misma mañana el administrador del Grand Hotel, en vista de las quejas, murmuraciones y críticas de otros pasajeros, le había pedido el desalojamiento de las piezas, lo que lo había puesto de muy mal humor.

—Me alegro mucho—contestó Luisa.—Ya empezaba á cansarme de esto.

Menos mal—pensaba Luisa—lo han dejado todo para Buenos Aires. Allí se puede maniobrar y será más fácil desenredar la madeja. Suceda lo que suceda, por otra parte, no me importará gran cosa.

Los dos amantes hablaron poco aquella tarde, como si el incidente de la mañana hubiese levantado un obstáculo entre los dos, haciendo desaparecer la confianza que se tenían, la intimidad con que antes se trataban. Después de dar aviso al hotel de que partirían por la noche, se entretuvieron durante algunas horas en arreglar y preparar los baúles que un carro de la empresa Villalonga se encargó de llevar á la

estación antes de la noche, facturándolos para Buenos Aires. Se hablaban á monosílabos, mirándose de reojo, como abstraídos y dominados por una gran preocupación.

Después del almuerzo él había salido un momento para ir á retener las camas en la oficina del ferrocarril del Sur. Pero hecho esto, en vez de volver al hotel, tomó un coche y se hizo llevar rápidamente más allá del Torreón, debajo del hermoso paseo de la Explanada, á mitad del camino entre éste y la playa de los Ingleses.

Él también quería inspeccionar el terreno donde debía batirse con su rival. Ni el viento nordeste que empezaba á soplar con fuerza y á levantar nubes de tierra á su alrededor, ni la preocupación que lo dominaba le impidieron admirar la grandiosidad del lugar, la belleza imponente del paisaje.

—A la verdad—pensaba—que éste es un escenario digno de una gran tragedia.

Bajó del coche y se puso á examinar detenidamente el camino y las rocas. Miró el edificio del Torreón que se hallaba á unos 200 metros de distancia.

—Si dura este viento—se dijo—no nos sentirán; pero si el viento cesa ó cambia de

dirección nos sentirán perfectamente. Hay que ir un poco más allá, porque aúnque lo probable es que no se mueva nadie, aunque sientan detonaciones, es mejor no dar lugar á que alguien pueda intervenir.

Dió orden al cochero de que lo esperase y siguió caminando. A poca distancia de la costa se veían las barcas de los pescadores con sus velas desplegadas que desfilaban una detrás de otra en dirección á Mar del Plata, huyendo del viento que arreciaba y de la borrasca que probablemente amenazaba. La superficie del mar, de un azul intenso, empezaba á encresparse y á cubrirse de innumerables franjas de espuma. Atraía sus miradas el mar sin límites, pero más todavía la masa obscura de los peñascos que bordeaban el camino pareciéndose á una aglomeración abigarrada de ballenas colosales y que se extendía por largo trecho á varios metros de altura sobre las aguas, formando un dique majestuoso y seguro á las olas que allí se estrellaban furiosamente, pulverizándose, trepándose sobre las rocas, rugiendo de cólera, al verse contenidas y rechazadas y al tener que retirarse como un ejército en derrota.

La pulvíscula de agua y espuma que le-

vantaban las olas al chocar contra los peñascos y que el viento llevaba hacia el camino le humedecía la cara y lo obligaba á apartarse en algunos trechos para no mojarse, porque á veces era más que pulvíscula lo que subía, eran grandes chorros de agua que brotaban y se elevaban de improviso de entre los huecos de las piedras y caían en puntos avanzados que hubiéranse creído completamente seguros del furor de las olas. El nuevo paseo construido más arriba está abrigado del oleaje, pero el antiguo está al borde del agua y de los precipicios. M. Dupuis se detuvo en un recodo, desde el cual casi no se veía el edificio del Torreón, frente á una pequeña gruta que el egoísmo, la ignorancia y el espíritu destructor de los hombres y de las autoridades han hecho desaparecer, cuando debería existir como un encanto más de aquél panorama imponente y variado.

—Aqui está bien—se dijo;—y se fijó en una piedra saliente del camino que le permitiría reconocer el punto, aún en plena obscuridad. La pendiente rápida é irregular que se elevaba á la derecha, impedía toda sorpresa por aquél lado y los edificios de madera de la playa de los Ingleses que

se veían enfrente recostados sobre los primeros peñascos de Cabo Corrientes, estaban bastante lejos para no inspirar el menor recelo.

—Nos batiremos aquí, á quince pasos de distancia, y yo daré la voz de fuego, tanto si le gusta como si no le gusta, porque me corresponde de derecho. Él ha venido á provocarme, á interrumpir la felicidad que disfrutaba con esa hermosa Luisa que adoro y para la que sería capaz de dar diez vidas si las tuviese. No hay duda, se conocen, han tenido algunas relaciones en Francia. Desde ayer ella no es la misma, se muestra inquieta, fría, reservada, llena de misterio. Si me hace cuestión de condiciones le tiro á quemarropa, ó lo degüello como una gallina, pues no quiero fiarme y llevaré el puñal que guardo desde hace años como una curiosidad y que ahora, tal vez, puede servir para algo. Por si acaso lo he sacado ya del baúl sin que ella lo haya notado y lo tengo en el bolsillo.

Y con la mano derecha palpó en dirección á la parte izquierda del saco y sintió, al tacto de los dedos, la dureza del mango del puñal. Miró después hacia los escollos de donde llegaba el eterno monólogo de las

olas, el rugido magestuoso del Océano, que se repite sin tregua á todas las horas del día y de la noche. Los escollos, como ha dicho Victor Hugo, parecen tempestades petrificadas é inspiran el horror de los sepulcros. Una fuerte ráfaga de viento mezclada con gotas de agua lo azotó en pleno rostro y lo obligó á llevarse la mano al sombrero, para que no volase. Fué como un sacudimiento, como un relámpago que ofusca la vista, como si alguién lo hubiese llamado al sentido de la realidad y recordado que había en el mundo alguna persona más en quién debía pensar con más interés que en aquella mujer sin honor, que en edad tan madura le había hecho perder el juicio y hacer toda clase de locuras. Por un momento recordó á su esposa y á sus tres hijos, que lo esperaban ansiosamente en Tolón, ese gran puerto francés del Mediterráneo. Deseaba liquidar pronto aquella aventura y volver á la vida honesta de buen padre y de buen esposo.

—¡Y si me matase!—exclamó casi en alta voz, puesto que nadie podía oirle. —Yo soy más grueso, hago más blanco que él y estoy más expuesto. La verdad es que no he debido tratar á lo serio á ese mequetre-

fe, sino arrancarle en seguida las muelas de un puñetazo y asunto concluído. No voy á permitir más que un tiro cada uno y á quince pasos, á pesar de la obscuridad; y si no le gusta, le propongo que tiremos los revólveres y hagamos una partida de box, á puño limpio. Y si me hace perder la paciencia, lo fulmino ó le abro el vientre.

Avanzó algunos pasos sobre las rocas, y siguió murmurando para si mismo:

—Cualquiera diría que tengo miedo. No, no tengo miedo, y quiero quitarle á ese mozo las ganas de volver á ponérsenos por delante, porque estoy seguro que nos seguiría también á Buenos Aires y se convertiría en mi pesadilla.

Siguió pasando de un peñasco á otro, pues en el punto en que se hallaba era posible avanzar hasta donde el agua es un poco honda, sin recibir salpicaduras, tan unidas están las piedras y tan cubiertos están los huecos que en siglos de lucha han excavado las olas debajo de aquellas.

Cuando no pudo avanzar más miró hacia abajo cerca del lugar en que se hallaba, en un punto lleno de agua, pero sin olaje, por estar casi cerrado por las rocas.

—Si queda herido—pensó—él se arregla-

rá, como me arreglaré yo también si me hiere á mí; pero si muriese, será mejor que lo tire por aquí, en una de estas cavernas. Siempre tardará más tiempo en saberse lo ocurrido y, entretanto, según lo que resulte, podré tomar mis precauciones.

Retrocedió después rápidamente hacia el camino, se fijó bien en la configuración de algunas puntas salientes del cerro y de las rocas, á fin de que le permitieran orientarse por la noche en medio de la obscuridad, se dirigió hacia el coche que se había detenido un poco más arriba y regresó al hotel.

¿Se ha observado la facilidad con que hasta los hombres más serios y sesudos acometen las empresas más descabelladas y más peligrosas, cuando están ofuscados por la pasión ó la cólera? Van á un duelo, á una riña, á una cita, de la cual puede resultar un crimen, á buscar un adversario que se proponen matar, á un hombre ó á una mujer que quieren despachar para el otro mundo, como si fueran á un acto cualquiera de la vida diaria, sin preparación, sin tomar precauciones, sin calcular las graves complicaciones que pueden sobrevenir en su situación personal, alejándolos inmensamente

de aquello mismo que los impulsa á los excesos en que incurren, ó á los crímenes que cometen. A nuestro protagonista, por ejemplo, no se le ocurrió nada mejor para salir después de la comida, que decir á su amante que iba hasta la esquina, para comprar cigarrillos y que volvería en seguida, como si efectivamente hubiese tenido que volver al cabo de cinco minutos y no hubiese podido adquirir los cigarrillos en el hotel ó enviar á un sirviente por ellos. Nada de advertencias para el caso de que no le fuese posible volver á tiempo para el tren ó no pudiese volver en ninguna forma. Claro está que si entrase la reflexión, si en los trances á que se ha aludido se pensase que se puede perder la vida y se adoptasen las disposiciones consiguientes, ó quedar estropeado para siempre, ó deshonrar á la familia con la publicidad del suceso, ó quedar segregado del mundo, yendo á expíar los arrebatos y á calmar los propios ardores en la obscuridad de un calabozo por una larga serie de años, no habría duelos, ni riñas, ni crímenes.

El marqués de Passy, en su inspección ocular al punto indicado por el amante de Luisa, después de admirar aquel pa-

norama de una belleza severa y grandiosa, se fijó en un punto adecuado al lance comprometido, que no era naturalmente el que había elegido el otro, aunque fuese inmediato al mismo. Observó detenidamente una sinuosidad del terreno á la derecha del camino, por el lado de la colina, para que le sirviese de reconocimiento por la noche, avanzó un poco sobre las peñas, recibiendo con satisfacción las gotas de agua salada que el viento le arrojaba á la cara y se retiró despreocupado y tranquilo, sin los temores y los propósitos siniestros que dos horas después agitaron la mente del hombre enamorado que en la edad del juicio lo había perdido completamente bajo el influjo pernicioso de las miradas y ficciones de una mujer sin escrúpulos.

El marqués era un excelente tirador de pistola y de revólver, y no dudaba un momento de que al primer disparo, y no obstante la obscuridad, colocaría una bala en el vientre de aquel hombre alto y grueso, que le había arrebatado el afecto de Luisa á fuerza de dinero y de alhajas, pero que él esperaba recuperar en breve, porque estaba seguro de que ella le amaba y de que una vez librada del viejo se volvería con

él á Francia. Inexperto y confiado, no cruzó siquiera por su imaginación la idea de que su contrincante pudiese jugarle una mala pasada y solo sentía tener que esperar hasta la noche, pués habría sido preferible liquidar el asunto aquella misma tarde, en cualquiera de los innumerables puntos desiertos y adecuados al objeto que rodean á Mar del Plata.

Por rara coincidencia se le ocurrió también á él dar aviso al hotel de que partía por la noche y hacer llevar su baúl á la estación, despachándolo para Buenos Aires, como acostumbran hacerlo todos los viajeros que deben partir por la noche, á fin de no tener molestias con el equipaje en la hora misma de la partida. Pero lo hizo por simple vía de precaución, con el propósito de quedar libre y hacer lo que más le conviniese después del lance, no con la idea de partir verdaderamente ni de alejarse de Luisa, sin previo aviso, como un criminal que huye de las persecuciones de la justicia. También por precaución puso en el rótulo que la empresa del ferrocarril exige sobre cada bulto, el nombre de Juan Finot, que no era el suyo.

III

El marqués fué el primero en dirigirse por la noche á la loma del Torreón, hacia el punto en que debía encontrarse con M. Dupuis. Después de comer pagó la cuenta del hotel, tomó su valija de mano y se dirigió á una tienda de la calle San Martin donde había hecho una compra el día anterior y que no designaremos para no comprometer á su propetario. Pidió por favor que le guardasen la pequeña valija hasta las 9 de la noche, pues pasaría á recogerla antes de ir á la estación. Después, como eran solamente las ocho y le sobraba tiempo para ir á pié, no queriendo, además, tomar coche para no comprometerse, se encaminó pausadamente hacia el Bulevar Marítimo, pasando entre los dos edificios del hotel Bristol, y no tardó en llegar más allá de Punta Piedras, no sin tropezar y estar á punto de caer media docena de veces por las sinuosidades del camino. Se detuvo en un ángulo á la derecha,

por el lado del cerro, más ó menos en el punto que había elegido por la mañana, y se sentó sobre una roca para esperar.

La noche era obscura como la boca de un abismo y soplaba con fuerza el mismo viento nordeste de la tarde, que de cuando en cuando levantaba nubes de tierra y obligaba á entrecerrar los ojos ó á cubrirlos para que no se llenasen de polvo.

Las soledades del agua son lúgubres, y por más que el marqués no tuviese miedo, no dejaba de experimentar cierta inquietud y casi un vivo disgusto, por haber aceptado aquella partida extraña é irregular, cuando podía haber obligado á su rival á batirse en buena ley y en plena luz del día, como hacen los hombres de honor. La noche es para los criminales. A medida que su vista se iba acostumbrando á la sombra, le parecía distinguir las crestas blancas de las olas enfurecidas y levantarse sobre los escollos formas extrañas que tan pronto parecían humanas como extranaturales y fantásticas y que le habrían causado pavor á no saber que ello era debido á los chorros de agua que salían de entre las piedras al chocar con ellas las olas. Sin embargo, aquel espectáculo unido á los ruidos del viento y del mar, que

mantenían diálogos misteriosos, que formaban una especie de charanga infernal compuesta de risas, silbidos, clamores, rugidos y voces innumerables, le puso triste, como si de todo ello se desprendiesen ideas de asesinato y exterminio.

Pero no tardó en llegar M. Dupuis. Después de comer y de dejar listas las valijas de mano que debía llevar á la estación, dijo á la «belle parisienne» que iba á salir un momento á comprar cigarrillos, como lo hemos enunciado más arriba. En cambio se fué á un almacén de la calle San Martin á comprar quince varas y media de cinta blanca y en seguida por la Avenida Marítima se encaminó á pié al lugar convenido. Alto y pesado, había dado no pocos tropezones y lanzado más de un perjurio antes de llegar á la torre Pueyrredón; pero después de pasarla con mucha precaución y sin hacer ruido, pues se veía luz en ella, avanzó cautelosamente, asegurando los pasos, mirando á cada instante á su alrededor, si bien era tal la obscuridad y tan grande la confusión que producían el viento y el olaje, que se detenía con frecuencia como para defenderse de algún ataque traidor que le llevase su rival Por si acaso, él iba avanzando con el revól-

ver en la mano derecha, dispuesto á disparar contra el primero que se le pusiese por delante sin darse á conocer. Dos ó tres veces había pronunciado en tono muy bajo la palabra «Racine», sin que nadie respondiese á ella; pero de improviso, vió á la derecha á dos pasos de distancia un pequeño cuerpo que se hizo en seguida más grande, al mismo tiempo que contestaba:

—Aquí estoy.

M. Dupuis retrocedió asustado y poco faltó para que soltase un tiro. Pero se repuso en seguida y exclamó:

—Está bien, vamos un poco más allá.

Quería llegar al punto que había elegido por la tarde y que no había reconocido todavía. Uno al lado del otro, cada uno con su mano derecha sobre la empuñadura del revólver, mirándose de reojo aunque sin ver otra cosa que el bulto opaco del cuerpo, porque los detalles se esfumaban en medio de la obscuridad, llevándose de cuando en cuando la mano izquierda al sombrero y á los ojos para defenderse del viento, de la tierra y de la pulvíscula acuosa que enviaban las olas al chocar contra las rocas, avanzaron unos cien pasos desde el punto en que se habían encontrado, tropezando

varias veces con los cantos de algunas piedras, hasta que M. Dupuis, reconocido el lugar que había elegido, exclamó:

—Podemos detenernos aquí.



IV

Qué hacía, entretanto, la «belle parisienne» al ver que M. Dupuis no regresaba en seguida como lo había prometido? Sospechó inmediatamente la verdad; que los dos rivales habían quedado en encontrarse á aquella hora en alguna parte; y recordando que por la mañana, después de hablar con su amante, el marqués se había dirigido hacía el Torreón, en seguida pensó:

—Debe ser por aquél lado, en dirección á la playa de los Ingleses.

Ella conocía el camino, pues desde su llegada á Mar del Plata lo había recorrido dos veces en compañía de M. Dupuis.

Con la energía y resolución propias de las mujeres de mundo que suelen tener un valor temerario y que, aunque estén pervertidas, son capaces á veces de acciones generosas, se propuso en el acto evitar el lance. Como estaba ya vestida para ir al

tren, no tuvo más que ponerse el sombrero y salir del hotel. Aunque se le ofrecieron varios cocheros que tenían sus coches frente á la puerta del Grand Hotel y después otros que había frente al Bristol Hotel, creyó más conveniente ir á pié, para que por su parte no hubiera testigos ni delatores si llegase á ocurrir algo ó ya hubiese ocurrido cuando ella encontrase á sus amigos. No había ni un kilómetro hasta el punto á donde quería ir y llegaría en menos de un cuarto de hora. Si no encontraba á nadie, si se hubiese equivocado, antes de media hora estaría de regreso al hotel y sobraba tiempo para ir al tren que no partía hasta las 10 de la noche. Ella no tenía miedo, se había visto en trances peores. Tal vez llamaría la atención una mujer sola en las calles desiertas de la localidad; pero se la tomaría por una señora ó una institutriz que se trasladaba de un chalet á otro. Y después de recorrer la Avenida Maritima en la que encontró dos ó tres personas que no pudieron reconocerla, porque á cada encuentro se llevaba el pañuelo á la nariz y á la boca como para defenderse del viento, se metió en la profundidad de la sombra, avanzando en dirección

á la playa de los Ingleses, llena de inquietud á pesar de su valentía, porque apenas dejó atrás las últimas luces del Bulevar empezó á ver como fantasmas de muerte á su alrededor, á oir ecos de sollozos y lamentaciones, cuchicheos incomprensibles, ruidos extraños que la conmovían y la hacían vacilar hasta el punto de que por un momento pensó en retroceder y abandonar su empresa. Aquella inquietud llena de tumultos la infundía pavor, pareciéndole que la trepidación de los escollos repercutía en su alma y que la tierra se movía bajo sus piés como sacudida por un terremoto.

Los dos hombres se habían detenido y colocado uno enfrente del otro para vigilarse mejor, pues ninguno de los dos quitaba su mano derecha de la empuñadura del revólver que al aproximarse al punto convenido habian puesto en el bolsillo derecho del saco para tenerlo más á mano.

—Tiraremos á quince pasos de distancia —exclamó M. Dupuis.

—¿Cómo á quince pasos? — Preguntó el marqués.—No se vé á tres pasos de distancia y me parece que á quince pasos podríamos estar tirando toda la noche....

—No importa—agregó M. Dupuis con voz

alterada—si el lance no da resultado esta noche, lo continuaremos en Buenos Aires. Estaré á su disposición desde pasado mañana en el Royal Hotel. Esta noche cambiaremos dos balas, una á mi voz de mando y otra á la voz de mando de usted.

—Está bien,—dijo el marqués que creyó notar intenciones siniestras en la voz de M. Dupuis y que se propuso en seguida acceder á todas sus exigencias. No le disgustaba, por otra parte, la idea de arreglar el asunto en Buenos Aires y por el momento salir del paso con un poco de ruido, que no otra cosa podía resultar tirando en la obscuridad á la distancia que exigía su rival. Así que después de un momento de reflexión, agregó:

—Pero ¿como haremos para medir los quince pasos?

—He previsto la dificultad. Aquí traigo una cinta que tiene precisamente esa longitud. Usted toma un extremo y yo guardo el otro;—y al decir esto le alargó con la mano izquierda el cabo de la cinta que el marqués tomó con la mano del mismo lado;—téngala bien firme para que no se le caiga de la mano, porque esto nos haría perder tiempo. Usted retrocede algunos pa-

sos y yo también y cuando la cinta no dé más y se ponga tirante estaremos á la distancia.

—¿En qué señal ha pensado usted para pue podamos hacer fuego simultáneamente?

—Cuando yo grite «Pronto» usted tirará y yo también. No nos moveremos del sitio y si usted no está herido gritará: «Nada» y lo mismo haré yo. Entonces esperaré que usted diga «Pronto» para tirar el segundo tiro. ¡Tomemos la dirección!

Los dos empezaron á retroceder lentamente y con precaución.

La jóven francesa avanzaba cautelosamente, conteniendo la respiración, pero con mayor seguridad y rapidez porque había distinguido la voz de M. Dupuis sin entender, empero, las palabras que había pronunciado. Cuando estuvo á pocos pasos y vió confusamente la sombra alta y corpulenta de M. Dupuis que se destacaba un poco en la obscuridad, sin distinguir todavía ni el brazo derecho tendido, ni el arma que tenía en la mano, ni al marqués que estaba quince varas más allá, también de costado y con el brazo derecho tendido y apuntando, corrió rápidamente y se colocó entre

los dos en el momento mismo en que M. Dupuis acababa de gritar:

—¡Pronto!

Partieron dos tiros y la «belle parisiense» que al llegar al punto en que estaba y sin pensar que corría peligro, había dicho: «!No, no quiero que haya desgracias!»—cayó al suelo fulminada, exclamando:

—¡Oh, que fatalidad!

Los dos hombres soltaron la cinta con la la que había tropezado Luisa en el punto en que se había detenido y se aproximaron con más ansiedad y dolor que si los dos hubiesen sido heridos y tomando cada uno un brazo levantaron á la jóven en peso, creyendo que estaba simplemente herida; pero después de examinarla y comprobar que no se sostenía, que la cabeza se le doblaba y que el cutis de la cara y de las manos estaba frío como el mármol, tuvieron que reconocer que involuntariamente la habían matado. Y no era cuestión de ponerse allí á discutir si era la bala del uno ó del otro ó más bien las dos las que le habían causado la muerte, porque cuando habían expuesto su vida por ella no podían dudar ni un instante de que ninguno de los dos habría querido por nada del mundo

causarla el menor daño. Muy al contrario ante el cadáver de la mujer querida los dos rivales se sintieron inmediatamente desarmados, sin rencor y sin cólera. Ante la muerte los sentimientos se vuelven mejores y cesa la ofuscación de las pasiones. El marqués fué el primero en exclamar:

—¡Está muerta!

—¡Si, está muerta!—repitió M. Dupuis, como alelado. — Es probable que una bala le haya atravesado el corazón.

En efecto, del exámen que habían practicado en la cabeza y en la cara, no habían encontrado señal alguna de herida, pués por casualidad ni siquiera se había hecho nada al caer desplomada al suelo, por haber chocado en una especie de colchón de tierra. La tendieron en el suelo y después de un instante, M. Dupuis exclamó:

—¡Maldito viento! Tiene la culpa de todo. Yo no podía tener los ojos abiertos por la tierra. No veía casi nada.

—Y yo lo mismo agregó el marqués.— El viento es odioso con el ruido que hace y la tierra que levanta. A ella le ha debido pasar lo mismo, porque es seguro que sin el viento habría visto y oído mejor y no habría pasado nada.

—No nos conviene dejarla aquí,—dijo M. Dupuis.—Nos pondrían presos y nos tomarían por asesinos.

—¿Y á dónde podemos llevarla?

—Ya que estamos cerca del mar, es mejor tirarla al agua. Estos sitios la atraían y le gustaban de una manera extraordinaria. Tal vez no se descubra el cadáver en algún tiempo y podremos tomar nuestras medidas.

—Yo creo que se descubrirá mañana mismo y entonces sí, nos tomarían realmente por asesinos, por haber querido ocultar el cadáver. Lo mejor será ir á denunciar lo ocurrido á la policía.

—No nos conviene. Por de pronto, nos pondrían presos y mientras se hacen las indagaciones necesarias y se buscan nuestros antecedentes en el país y en el extranjero, pasarían meses y, tal vez, algún año. Yo tengo mi familia en Francia y quisiera evitar todo escándalo. Aquí cerca he visto entre las rocas un precipicio bastante hondo y lleno de agua. La tiraremos allí y quizás pase mucho tiempo antes de que se descubra. Puesto que tenemos la cinta podemos atarle una piedra sobre el pecho para que el cadáver no flote en el caso de que haya

suficiente profundidad de agua. Así que agárrela usted por los brazos y tenga cuidado de no resbalarse. Yo la tomaré por los piés y en un momento habremos despachado. No hay tiempo que perder. Nos mojaremos un poco, pero no importa.

Al marqués le causaban alguna extrañeza aquellos detalles, y sospechó por un momento si aquel hombre habría preparado el golpe y dispuesto las cosas en la forma en que acababan de ocurrir. No pensaba que el peligro aguza el entendimiento y desarrolla extraordinariamente el instinto de conservación. Aún que lleno de congoja, M. Dupuis había recobrado el dominio de sí mismo y solo anhelaba salir lo mejor posible de aquel drama inesperado. El marqués, sin embargo, rechazó en seguida la sospecha. No podía ser; Luisa no se habría prestado á ello, y su rival no podía saber de antemano la actitud que él, el marqués, habría asumido. No le agradaba la perspectiva de pasar varios meses en la cárcel. El se embarcaría inmediatamente para Francia y por pocos días que se tardase en descubrir el cadáver de Luisa tenía suficiente para que se perdiese su rastro, tanto más que al llegar á Buenos Aires y á

Mar del Plata había adoptado un nombre supuesto.

Así que á la pregunta que le dirigió M. Dupuis para saber lo que decidía, contestó:

—Bien, vamos allá.

Y los dos se inclinaron para levantar aquel cuerpo inerte, que ahora solo pensaban en ocultar, mientras algunas horas antes, cuando respiraba lleno de salud, de vida y belleza querían disputarse á tiros y á cuchilladas sus favores y sus caricias. Sin acordarse de la piedra ni de la cinta, suspendieron el cuerpo de Luisa y marchando á pequeños pasos, de costado ó de frente, según las sinuosidades de los peñascos, oblicuando, afirmando los piés para no resbalar, haciéndose observaciones uno á otro para no caer, sudando, jadeando y, sin embargo, mojados por las gotas finísimas que el viento arrastraba con su fuerza y por los chorros y chubascos que levantaban las olas al chocar con furia contra las rocas, fueron llegando hasta un punto en que ya no era posible avanzar más sin grave peligro de las vidas y sin hundirse en un precipicio. Difícilmente la fantasía de los novelistas más imaginativos habrá concebido una escena más terrorífica é impresionante que la que representaban aque-

llos dos hombres transportando el cadáver de una joven hermosa en aquel lugar en medio de una obscuridad horrible, frente al mar embravecido, sobre las rocas llenas de grietas y aberturas, entre los ruidos del viento y del olaje.

—Aquí está bien,—dijo M. Dupuis.—Procuremos tirarla con toda fuerza para que caiga dentro del agua y no se quede detenida sobre las rocas.

De improviso, mientras los dos, violentándose en lo posible, inclinaban el cadáver hacia el lado opuesto al que debían tirarlo, el marqués resbaló y lanzando un perjuro desesperado, desapareció en el vacío, sin soltar la carga, que arrastró tras de sí. M. Dupuis apenas tuvo tiempo de soltar el cadáver para no hundirse él también en el precipicio.

—¡Hola! ¿Se ha hecho mal? ¿Puede usted subir? ¡Señor! ¡Señor! ¡Monsieur! — repitió varias veces en francés;—pero por más que gritara fuerte, no oyó ninguna contestación. Se tendió boca abajo con todo el cuerpo al borde del precipicio para ver mejor; pero por más que tratase de penetrar á través de la sombra, no veía rastros de los dos cuerpos, no distinguía más que la blancura

movediza de la espuma, que los choques de las aguas renovaban incesantemente.

—No hay duda—pensó—ha chocado con la cabeza contra una piedra y se ha muerto él también ó se ha desmayado y ahora se ahogará. Y lo peor es que aquí no se puede bajar y no le puedo prestar ningún auxilio. ¡Qué fatalidad!

Estuvo más de diez minutos llamando, gritando, esperando, pero inútilmente. Después se retiró, y al llegar al camino echó á andar más que á prisa en dirección al Bulevar Marítimo, haciendo unos pasos tan rápidos y largos, que parecían los de un fantasma, no los de un hombre.

Debajo del primer foco de luz del bulevar miró el reloj; eran las nueve y cuarto. Tenía tiempo para cambiarse de traje antes de ir á la estación. Entró en el hotel por una de sus puertas laterales y dió un rodeo antes de llegar á sus habitaciones para no ser visto sino en la penumbra. Se cambió de traje, hizo cargar las valijas de mano en un coche, gratificó espléndidamente á las camareras y á los mozos, y como aquéllos le encargaran saludos para la señora y leyera en su cara y en la de los demás su extrañeza por no verla, dijo:

—La señora espera en la estación.

Al llegar á la estación dejó sus maletas á cargo del empleado del hotel que lo había acompañado y se dirigió inmediatamente al coche-dormitorio que le había tocado. Allí busco el compartimiento de dos camas que se le había asignado, bajó la persiana de la ventanilla y cerró la puerta. Quería hacer ver que la señora estaba un poco enferma. Este plan lo había meditado mientras el coche iba á la estación.

Se fué á buscar después al empleado del hotel, se hizo llevar las maletas frente á la puerta del compartimiento, y al darle á aquel una espléndida propina, le dijo al despedirlo, teniendo cuidado de que nadie lo oyese:

—La señora está un poco enferma, y se está acostando.

Algo se habló durante dos ó tres días de la desaparición repentina de la «belle parisienne» y hasta circularon versiones espeluznantes de duelo trágico, de asesinato, de suicidio, sin hechos positivos que permitiesen concretar aquellas versiones; pero pronto se pasó á otros asuntos más agradables para el bello sexo, que experimentó un sentimiento de satisfacción y de alivio al

tener noticia de la partida de la jóven francesa, que se había convertido para muchas mujeres en una pesadilla insufrible.

La policía hizo averiguaciones durante algún tiempo, tanto más que el comerciante de la calle San Martin, á que hemos aludido más arriba, entregó al comisario, al cabo de quince días, la valija de mano que le había entregado el marqués y que nadie había ido á retirar. Se telegrafió á Buenos Aires para que se buscase á M. Dupuis, se le tomasen declaraciones y hasta se le impusiese prisión preventiva si aquellas no fuesen satisfactorias y no supiese dar noticia precisa del paradero de su amante; pero se averiguó que se había embarcado para Francia tres días después de su llegada á Buenos Aires. Eso sí, se había embarcado sólo; pero la jóven podía muy bien haberse ocultado en Buenos Aires con el supuesto Finot (el marqués) ó con cualquier otro, si bien no se explicaba lo del abandono de la valija de mano, ni constaba en las oficinas del ferrocarril del Sur que se hubiese utilizado el puesto comprometido para la noche en que debieron ausentarse de Mar del Plata los tres protagonistas de nuestra historia.

Cuando no hay requirimiento de parte, ó excitaciones de la opinión ó publicaciones de los grandes periódicos, la policía y la justicia no obran con actividad y prontitud, no muestran gran interés en el descubrimiento de los crímenes: asi que pronto se abandonaron las diligencias y se archivaron los informes que se habían obtenido.

Lo extraño es que en los días sucesivos á la tragedia no hubiesen aparecido ni se hubiesen descubierto los cadáveres ó siquiera alguna prenda de sus ropas como el sombrero de Luisa ó del marqués, que forzosamente debieron desprenderse de las cabezas; pero otros casos mucho más raros que este registran los anales de las desgracias marítimas, tan horripilantes como innumerables. ¿Quedaron los cadáveres en el punto primitivo, entre las rocas ó fueron arrastrados paulatinamente por las aguas y el olaje mar afuera, para ser pasto de los monstruos marinos? Es más probable que después de una lenta y terrible peregrinación entre los peñascos, contra los que sus huesos se habrán triturado por efecto de los golpes, se hayan enclavado en alguno de los muchos precipicios y cavernas que las aguas han labrado en el transcurso de los siglos, tal vez

uno al lado del otro, tal vez separados pocos metros, soportando el rigor de un destino ingrato, que para ellos ha continuado después de la muerte.

La mar no divulga sus malas acciones. Esconde celosamente sus víctimas para que no amengüen sus atractivos y no se desalienten los que la combaten, ni cese la lucha que mantiene desde el principio del mundo con la tierra y con los que viven en ella.



NDICE

